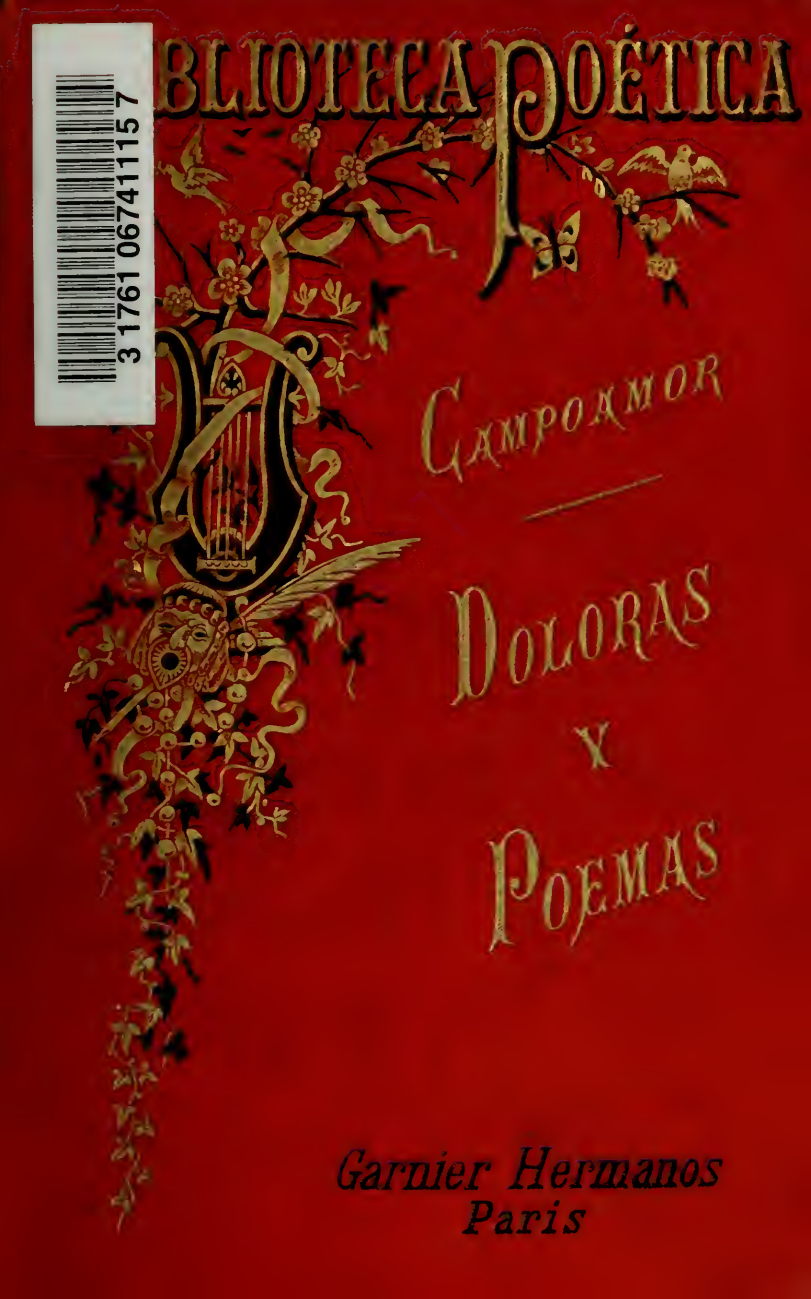
BIBLIOTECA POÉTICA
CAMPOAMOR
DOLORAS
Y
POEMAS
Garnier Hermanos
Paris
3 1761 06741115 7

Rosina Arocena
Setiembre 25 de 189

DOLORAS Y POEMAS

I

EXMO. S. D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

DOLORAS

Y POEMAS

POR

DON RAMÓN DE CAMPOAMOR

De la Academia Española

CON UN PRÓLOGO POR

DON ELÍAS ZEROLO

TOMO I. — DOLORAS

Décimanona edición

PARÍS

LIBRERIA DE GARNIER HERMANOS

6 — CALLE DES SAINTS-PÈRES — 6

1892

PQ
6511
D6
1922
v.1

Es propriedad

LIBRARY
NOV 3 1972
UNIVERSITY OF TORONTO

CAMPOAMOR

De cuantos escritores han enriquecido con sus producciones la literatura española contemporánea, uno de los que más ha ocupado la crítica es el insigne autor de las *Doloras* y de los *Pequeños Poemas*. Algunos volúmenes se podrian hacer con los juicios y análisis de sus obras publicados en revistas y periódicos y al frente de las numerosas ediciones de las mismas.

Bien ha merecido nuestro autor tal cantidad de trabajos críticos, algunos recientes, por más que desde hace ya mucho tiempo sea por todos reconocido el mérito incuestionable de su obra poética y especialmente de sus *Doloras* y *Pequeños Poemas*. Pues aunque él mismo lo dude, creyendo que sus ideas políticas más ó menos conservadoras puedan empecer á las simpatías de una gran parte de los lectores, es lo cierto que todos, blancos y negros, altos y bajos, reconocen y admiran sus privilegiadas dotes: es un poeta profundo y popular á la vez, que ha logrado formar escuela.

Suele dejarse arrebatar el vulgo por unos cuantos

golpes de efecto y algunos pensamientos intencionados ó atrevidos, sobre todo si halagan las ideas generosas que por lo regular constituyen sus aspiraciones, así como aplauden los doctos lo sutil del ingenio y la riqueza de la forma y la delicadeza y originalidad de los pensamientos; pero si ambos, el vulgo y los críticos, coinciden en reconocer por largos años el mérito de un autor, es que el sentimiento y el análisis, el corazón y la cabeza hallan sus producciones humanamente perfectas. Campoamor ha tenido la suerte, para regocijo de las letras patrias, de vivir lo bastante para ver plenamente confirmado este juicio: el más alto galardón á que puede aspirar un escritor.

Pero además del público español, existe al otro lado del Océano el que compone la gran familia hispano-americana, que habla nuestro idioma, que lee — y por cierto más de lo que se cree — nuestros autores más estimados y que, juez imparcial, sabe conceder el premio de honor á los que á él se hacen acreedores. Público que, apartado de nuestras contiendas políticas, nada influyen éstas en sus juicios; aunque no le sean indiferentes, como tampoco á nosotros las suyas, que por algo pertenecemos á la misma familia. Allí unen en un mismo aplauso los nombres esclarecidos de Cánovas del Castillo y Pi y Margall, Menéndez Pelayo y Castelar, Emilia Pardo Bazán y Valera, Pereda y Pérez Gal-

dós, por no citar otros, y allí tiene en fin Campoamor entusiastas admiradores, allí es también popular. Por lo demás, nadie niega seriamente en España el talento al que de veras lo tiene, sean cuales fueren sus ideas políticas ó religiosas. No es éste defecto que tenemos los españoles; el que sí tenemos, y en grado heroico, es el de considerar nuestros hombres inferiores á muchos extranjeros, sin duda porque éstos, por regla general, no olvidan *hacer el artículo* para la exportación, como si se tratase de recomendar una pomada contra la calvicie.

Mas la abundancia de estudios críticos y esta opinión general sobre las obras de Campoamor, ponen en serio apuro al que llega tarde á la liza, sin armas bien templadas, y entra en ella como á la fuerza más que por espontáneo gusto.

Tendríalo y grande el autor de estas líneas si algo nuevo supiese decir del poeta más original de España; no siendo así, ha de limitarse á pasar ligera revista á las críticas más notables que de las obras de Campoamor tenga á mano: hará como un inventario de opiniones ajenas.

Pero antes no estarán demás someras noticias biográficas de nuestro autor.

Nació el Exmo. señor don Ramón de Campoamor y Campoosorio en Navia, provincia de Oviedo, á 24 de setiembre del año 1817.

Joven aún y después de hacer algunos estudios de humanidades, pasó á Madrid en donde emprendió la carrera de medicina, casi á la par que comenzó á dar á conocer su genio poético en algunos salones particulares y en *El Liceo* y otros círculos literarios.

Parece que luego abandonó la Medicina; y la Literatura, la Filosofia y la Politica ocuparon su claro talento. Don Ramón ha estudiado mucho y estudia siempre; es uno de los españoles que más leen y lee y estudia de todo. Hará como unos seis años tuvieron los alumnos de Química de la Escuela de Farmacia de Madrid el honor de verle entre ellos, siguiendo como el más estudioso escolar las lecciones del Profesor; y hay quien dice que pasa largas horas en un laboratorio destilando jugos y haciendo experimentos. Extraña á la verdad ver á nuestro insigne poeta escribiendo una *dolora* mientras destila la retorta; pero no está solo en esto de heterogéneas aficiones. Recordemos al ingeniero Echegaray produciendo, tal vez entre el trazado de un puente y la memoria técnica de una fábrica, esas obras dramáticas que tanto dan que hacer á la crítica por sus maravillosas bellezas y grandes lunares.

En lo que sin duda se ha ocupado y se ocupa más

Campoamor es en los estudios filosóficos. Prueba de esto algunos de sus libros y, puede decirse, todos ellos, que es difícil encontrar trabajo suyo, por ligero que á primera vista parezca, que no se halle informado por tales estudios.

Fruto de sus aficiones políticas fueron, entre otras producciones, los artículos publicados en *El Estado,* en polémica con Castelar sobre la *fórmula del progreso;* artículos reunidos más tarde en un volumen, del cual se ha hecho segunda edición [1].

Ha sido varias veces gobernador de Provincia, director general, consejero de Estado, diputado á Cortes, etc. Milita, como ya se ha indicado, en el partido conservador, según él mismo dice [2] porque el hecho revolucionario le es « insoportable por lo antiestéticamente con que se suele realizar. » No podemos resistir á la tentación de recordar al insigne poeta los siguientes versos de su dolora *Las dos linternas:*

. . . . . .
Y es que en el mundo traidor
Nada hay verdad ni mentira;

1 *Polémicas con la Democracia;* segunda edición aumentada.

2 Prólogo *á los Pequeños Poemas,* edic. de English y Gras, Madrid, 1879. Precioso estudio leído en el Ateneo de Madrid y en el cual el autor desenvuelve los fundamentos de su doctrina literaria.

Todo es según el color
Del cristal con que se mira.

. . . . . .

Un crítico de notable ingenio, que dice muchas verdades aunque á veces lo haga muy en crudo, y cuyos trabajos tanto se leen, dice que nuestro autor es conservador por broma, la broma más pesada de las suyas[1]. Quizá tenga razón el crítico: don Ramón no puede ser conservador de veras; ó por lo menos cuesta trabajo tenerlo por tal después de leer sus *doloras,* y más aún, después de conocerle personalmente. Lo que es indudable es que la disciplina de partido, y cuenta que la del conservador tiene fama de rigurosa, no le impide llamar las cosas por su nombre. Dícese que en cierta ocasión, á alguien que le preguntaba por qué distrito había salido diputado, contestó: por Romero Robledo[2]. Y así era efectivamente.

En 1862 ingresó Campoamor en la Academia Española de la Lengua.

Para que el lector conozca mejor al hombre, trans-

1 *Los poetas en el Ateneo;* por Clarín (D. Leopoldo Alas). Artículos publicados en la hoja literaria del diario *El Día,* abril, 1884.

2 Ministro de la Gobernación entonces y amigo muy querido de don Ramón.

cribiré el magnífico retrato que de él hizo en la *Revista Contemporánea* el malogrado Revilla en uno de sus inimitables bocetos literarios[1]. « Los que por ventura no conozcan personalmente á Campoamor y juzguen al hombre por el poeta, quizá se imaginarán que el autor de las *Doloras* es un personaje fúnebre y desesperado, de luenga barba, romántica melena y mirada fatal, devorado por los pesares, amargado por la duda y sumido en negra melancolía, fruto de agitada y tormentosa existencia. Nada menos exacto. Ese escéptico implacable tiene todo el plácido aspecto de un creyente. Es un hombre de edad madura, más bajo que alto, grueso y bien conservado, de mirada franca y leal, de frente espaciosa y serena, cuya boca no está plegada por el amargo *rictus* del dolor, sino por la más boñachona de las sonrisas; cuya cabeza corona blanca cabellera, que nada tiene de romántica, y cuyo rostro, agraciado y simpático en su conjunto, rodean unas blancas patillas de bolsista, que antes le dan expresión de acaudalado y satisfecho banquero, que de melenudo y tétrico poeta. En ese cuerpo, que casi parece el de un epicúreo, se alberga una alma bondadosa y dulce, un

1 Éste y otros excelentes trabajos se encuentran coleccionados en el libro publicado por el Ateneo de Madrid con el título de *Obras de D. Manuel de la Revilla,* Madrid, 1883.

carácter franco y jovial, un corazón sencillo, cándido, casi infantil, y una poderosa inteligencia. Y esa alma y ese cuerpo viven sin pesares profundos, en medio de todas las satisfacciones del amor propio satisfecho, de los goces de la familia y de los atractivos del *cómfort*. La suerte de ese escéptico pesimista, que de todo reniega, la envidiarían más de cuatro creyentes.»

Revilla agrega, que una de las manías de don Ramón, consiste en enfadarse con todos los que no dan el nombre de doloras á las composiciones en que lo imitan.

Veamos ahora al escritor y sus obras. Citaré á la ligera, antes de tratar de las doloras y pequeños poemas, sus demás producciones.

En prosa ha publicado, además de la ya citada *Polémicas con la Democracia, El Personalismo, Lo Absoluto, La filosofía de las leyes, El Ideísmo;* su discurso de recepción en la Academia de la Lengua, *La Metafísica limpia, fija y da esplendor al lenguaje*, etc., etc.

De obras dramáticas, con las cuales no siempre obtuvo los favores del público, tal vez por su carácter predominantemente subjetivo, pueden citarse *Dies Iræ, Cuerdos y locos, El Palacio de la Verdad, El Honor,* etc.

Obras suyas son también *El drama Universal*,

excelente poema esmaltado de innumerables bellezas, el poema *Colón,* la *Epístola Necrológica* de D. Luis González Bravo, leída en la Academia, y un tomo de *Pensamientos*. De poesías sueltas, epístolas, fábulas y cantares, tiene copiosa colección, que no debe dejar de leer el que quiera admirar el flexible talento del gran humorista.

Pero lo que le coloca sobre todo en primera línea entre los más eximios poetas españoles, lo que constituye sólido pedestal de su gloria, son las doloras y pequeños poemas.

¿Qué es una *dolora?*

El mismo autor la define en carta[1] al conde de Revillagigedo, que dice así:

« Mucho agradezco las lisonjeras expresiones con que califica usted las últimas producciones que he tenido el honor de someter á su buen juicio, y con el mayor placer voy á dar á usted algunas explicaciones sobre la palabra *dolora*.

» Dice usted que no le agrada el término *dolora,* porque como no le halla ninguna etimología, nada

1 Prólogo de la primera edición.

revela á su razón, y que, por consiguiente, no tiene para usted más mérito que el de cualquier otro sonido informe.

» Antes de contestar á esta observación, quiero enterar á usted del género de poesía al cual aplico yo la palabra en cuestión.

» Hace tiempo que deseaba ensayarme en una clase de composiciones en las cuales, así como en una semilla van contenidas todas las partes de un árbol, se reuniesen los principales atributos de la poesía lírica, uniendo la ligereza con el sentimiento y la concisión con la importancia filosófica. Como sucede generalmente, la ejecución no ha correspondido á la belleza del tipo que me había forjado en la mente; pero esto importa poco, pues si yo no he hecho más que formular de un modo imperfecto el pensamiento que acabo de indicar, otro vendrá detrás que más dichosamente reduzca á práctica lo que yo he tenido la desgracia de dejar sólo expuesto en teoría.

» Me dice usted que yo no he trazado ninguna senda *nueva,* pues ya ha habido escritores que en algunas de sus poesías reunieron las cualidades que yo creo indispensables para constituir la *dolora.*

» Efectivamente, algunas de las poesías ya escritas pertenecen por su concepto y por su expresión á esta clase de composiciones; y sin pretender yo haber des-

cubierto ninguna idea perdida en los abismos del pensamiento humano, lo único que me he propuesto al escribir las DOLORAS ha sido reducir á *sistema* un género de poesía en el cual algunos autores sólo se han ensayado inconexa é *incidentalmente*. Creo que la poesía, por muy selecta que se ostente en sus formas exteriores, siempre debe tender á agrandar el catálogo de verdades conocidas; y fundado en esta creencia, he escrito estas DOLORAS, que, aunque sean muy imperfectas, se pueda decir de ellas para que sirva de base para su definición ulterior: — Que deben ser unas composiciones ligeras en su forma, y en las cuales *indispensablemente* tiene siempre que presidir un pensamiento filosófico.

» Ésta es la historia del género de poesía.

» Volvamos ahora á la historia de la palabra.—« ¿ Qué significa *dolora?* » — me pregunta usted en el primer párrafo de su carta. Respuesta: — Significa una composición poética, en la cual *se debe hallar unida la ligereza con el sentimiento, y la concisión con la importancia filosófica.* — « ¿ Y por qué significa eso? » — vuelve usted á preguntar, suponiendo con acierto mi contestación. Respuesta: Porque yo *quiero* que lo signifique.

» Hay un argumento que no tiene réplica, y se lo voy á presentar á usted porque resulta en mi abono. — Ó la *dolora* es un género *nuevo* de poesía, ó no lo es. Si lo es, la palabra que signifique ese género tiene que

ser *nueva* enteramente; y en este caso, poco le debe importar á nadie que la palabra pertenezca al reino animal, vegetal ó mineral, etc.; y si no lo es, tampoco hay nada perdido, pues cualquiera tiene derecho para dar á las *doloras* un segundo bautismo, aplicándolas el nombre del género de poesía conocido al cual crea que pertenecen.

» Después de dicho lo que antecede, me parece superfluo todo cuanto se pudiera añadir sobre este particular.

» Á pesar de todo, no dejaré la pluma sin hacerme cargo del fundamento que usted cree que yo he tenido para introducir esta malaventurada palabra. (Y á propósito, el asunto no merecía que un ingenio como el de usted se ocupase tan detenidamente en una cuestión tan insignificante.) — « Yo bien comprendo, dice usted, que á unas composiciones que, por muy ligeras que sean, por su tendencia filosófica siempre producen en el alma cierta clase de *dolor,* con un fundamento bastante plausible se las pueda llamar *doloras.* » — Ya sabe usted que todos los que hemos respirado en nuestra niñez el purísimo aire de nuestras montañas, en general no sabemos más que decir la verdad, y por lo mismo me perdonará usted que le exprese con franqueza que la razón no me parece demasiado concluyente, aunque, si á usted le gusta, me daré por muy servido con que

esa explicación satisfaga en parte sus escrúpulos literarios.

» Últimamente concluye usted diciendo : — « ¡Es imposible que la historia de esa palabra, aun cuando usted no quiera darme noticia de su verdadera etimología, no tenga su origen en los *misterios de su corazón!* » — Protesto contra la tendencia de esa observación insidiosa, y reclamo el derecho que indisputablemente me asiste para abroquelar mi alma tras el antemural del silencio, poniéndola al abrigo de las inoportunas observaciones que pretende usted hacer con su adorable suspicacia.

» Sin embargo, á pesar de que los secretos de *cierta clase,* hasta procuro yo olvidarlos para no darme razón de ellos *ni á mi mismo,* la venialidad del sentimiento que usted procura sorprender en el fondo de mi corazón, me autoriza para que diga á usted cuatro palabras *al oido* sobre este asunto exclusivamente personal.

» Por consiguiente, hasta la vista. Sólo me resta suplicar á usted por el respeto que me inspira su talento, y por la amistad que sus inequívocas muestras de afecto han despertado en mi corazón, que jamás haga usted á nadie partícipe del secreto que piensa confiarle á usted su amantísimo paisano y verdadero amigo, que le quiere entrañablemente. — CAMPOAMOR. »

Vese pues que la dolora es una *composición en la cual se deben hallar unidas la ligereza con el sentimiento y la concisión con la importancia filosófica.* No puede ser más clara la definición del nuevo género poético. Y, sin embargo, pocos son los críticos que al tratar de la dolora han dejado de definirla; aunque algunos no hayan hecho otra cosa que barajar algunas palabras, para venir á decir, poco más ó menos, lo mismo. Pero bien se comprende tal empeño en estudiar y desentrañar el sentido de dichas composiciones, fijando su verdadero alcance y tendencias: no á humo de pajas se han regocijado con ellas y las han aprendido de memoria dos generaciones.

La dolora, dice don R. de Federico, es una « composición intencional, *género mixto de anacreóntica* y *epigrama,* un juguete, en su maliciosa ingenuidad inquietante para las conciencias tímidas, que con los años ha ido adquiriendo madurez y se presenta hay *con ropón filosófico*[1]. » Y observa el marqués de Molins: « Yo tengo para mí que tales poesías, *sencillas como la anacreóntica, ligeras como el madrigal, picantes como el epigrama,* no están empapadas en el vino de los banquetes como la anacreóntica, ni perfumadas de tomillo y mejo-

1 Prólogo de la sexta edición.

rana como el madrigal, ni salpimentadas de mostaza como el epigrama; pero que conmueven como la oda, describen como el idilio y corrigen como la sátira[1] ». Y escribe Ruiz Aguilera después de analizar las anteriores definiciones : « la dolora es una composición poética en la cual *debe hallarse constantemente unida á un sentimiento melancólico,* más ó menos acerbo, *cierta importancia filosófica*[2] ». Viene luego Laverde Ruiz y dice que « es una composición didáctico-simbólica en verso, en que armonizan el *corte ligero y gracioso del epigrama, y el melancólico sentimiento de la endecha, la exposición rápida y concisa de la balada y la intención moral ó filosófica del apólogo ó de la parábola*[3] ». Y, en fin, Revilla, considerando la dolora como *la forma más adecuada de la lírica en nuestros días,* la define : « una composición poética *de forma épica ó dramática y de fondo lírico que en tono á la vez ligero y melancólico, expresa un pensamiento trascendental*[4] » y en otra parte[5] hace la misma observación : que entre las doloras suele haber

1 Cita de Ruiz Aguilera en el prólogo de la octava edición.
2 Prólogo de la octava edición.
3 Juicio crítico de las Doloras (décima edición).
4 *Obras de D. Manuel de la Revilla,* pág. 68.
5 *Principios generales de Literatura,* Madrid, 1884, pág. 313.

algunas puramente épicas, y otras verdaderamente dramáticas.

Todas estas definiciones coinciden en el fondo; y aunque la del autor parece menos concreta que otras de las citadas, es, sin embargo, la que más satisface. Si como dijo Revilla la dolora es la forma más adecuada de la lírica en nuestros días — afirmación que me parece un tanto absoluta — necesario es que no sea estrecho el molde en que ha de fundirse.

Por lo que respecta á los *pequeños poemas* también es el autor el que nos da más clara definición, diciendo que ha « querido dar forma á unas composiciones que reuniesen todos los géneros poéticos, desde el epigrama y el madrigal, hasta la oda y la epopeya [1]. » Y añade que su procedimiento « que será bueno ó malo, pero que en él es idiosincrásico, ...es hacer de toda poesía un drama, procurando basar este drama sobre una idea trascendental y que pueda universalizarse ». Afirma luego « que es menester poner las ciencias al servicio del arte, agrandando su esfera con esa magnífica irrupción de ideas, de frases y de giros que en forma de literatura prosaica, de filosofía y de

1 Prólogo á *Los Pequeños Poemas,* ya citado, pág. XI.

ciencias naturales, van elevando cada vez más el nivel del espíritu humano. »

Compréndese que si genios menos poéticos que el de Campoamor toman al pie de la letra sus preceptos, han de caer en graves errores y descaminos, arrastrados por la tendencia docente. De esto se halla libre el insigne poeta que, como dijo Revilla « ha sabido dar á la doctrina docente una aplicación recta, y, reconociendo que la poesía no enseña ni puede enseñar, hase cuidado de vestir su pensamiento con formas originales y bellas para que de esta suerte sea atractivo y se difunda y popularice. »

En cuanto á la manera cómo siente y se expresa nuestro poeta, veamos lo que ha dicho la crítica.

El señor Menéndez Rayón, en la *Advertencia* á las eruditas notas con que ha ilustrado las DOLORAS, se expresa así : « Es Campoamor un poeta de mucha variedad, pero poco propenso por carácter á la morbidez y á la blandura; describe con exactitud y concisión, narra con naturalidad y dialoga con energía; pocas veces peca por el argumento cuando no se inclina á la paradoja; en la invención y composición es sobrio, y sus cuadros tienen una terminación feliz y bien graduada, el estilo es á menudo más nervioso que fluido,

severo y cortado más que dulce y rítmico, y sus períodos, concisos en demasía á veces, le quitan riqueza, abundancia y número; pero si los versos no alcanzan siempre todas estas cualidades, sobresalen en cambio por el brío y por la sentencia. »

« El estilo de las doloras, según Ruiz Aguilera, no se confunde con el de ninguno de nuestros poetas. Hablando de ellas uno de sus prefacistas, dice con muchísimo acierto: « El nuevo género se distingue por » una originalidad picante; esta cualidad suele rayar en » lo peligroso; pero en Campoamor tiene aplicación el » canon del derecho marítimo: *el pabellón cubre siempre » la mercancía,* y el pabellón es en nuestro autor el » estilo. » Y es tan propio y peculiar, que quien haya leído algunas doloras con el nombre de Campoamor al pie, leyendo después otras del mismo anónimas, puede asegurarse que no las atribuirá á nadie más que á él. Si Campoamor se hubiese presentado con su libro como un filósofo ceñudo, hipocondriaco y gruñón, el lector más intrépido no hubiera podido pasar de las primeras páginas; tantas y tan grandes son las tesis que en estas composiciones se plantean y desenvuelven; pero es tan pérfidamente seductora su frase, su elegancia en el decir es, en general, de tan buen tono; sorprende de tal modo, ya con la desenfadada causticidad de sus profundos apotegmas, de sus epigramas, de sus agudezas humorísti-

cas, de sus irónicas genialidades, cruelmente amables, ya con rasgos de ternura, casi siempre amarga, á la manera de Heine, que verdaderamente juega con el corazón del lector. El retruécano, el concepto y la antítesis — tres elementos exteriores de su *manera* — que en otro autor serían insoportables, yo los perdonaría en éste por el modo que tiene de usarlos, si mi perdón sirviese para que en lo sucesivo no fuera tan pródigo de ellos. »

« Por lo que á nosotros toca, dice Laverde Ruiz, después de transcribir las opiniones de Menéndez Rayón y de Ruiz Aguilera, no sólo le perdonamos sus paradojas, antítesis, conceptos y retrúecanos, sino que, por regla general, se los aplaudimos, pues contribuyen notablemente á la energía y claridad de su estilo, sin menoscabo de la naturalidad, ni aun de la sencillez, haciendo que las ideas hieran vivamente la imaginación de los lectores y se graben de un modo indeleble en su memoria. Quizá no haya existido un poeta más feliz en el empleo de las mencionadas formas de expresión, lo cual proviene, sin duda, de la exacta correspondencia que las mismas guardan con la índole de su ingenio y con la naturaleza de los argumentos sobre que escribe, tanto que, despojado de ella, nos parecería menos propio y natural su estilo. »

Y Revilla escribe : « El alma y la vida del hombre

individual y hombre colectivo, consideradas bajo los aspectos que más pueden interesar al filósofo, he aquí el único objeto de la inspiración de Campoamor. — Original en sumo grado, pocos poetas le aventajan en ingenio para escoger asuntos, y en fantasía para darles las más peregrinas é inusitadas formas. Esta condición explica uno de sus mayores méritos: el de saber convertir en materia poética los más abstrusos problemas de la ciencia; el de conmover é interesar con asuntos abstractos, dificilmente compatibles con las exigencias del estro poético; el de haber sabido crear una poesía didáctica y trascendental, por todo extremo amena y deleitable. Gracias á él, todos los problemas de la filosofía moderna, todos los sistemas más abstractos, desde el idealismo subjetivo de Kant hasta el idealismo trascendental de Schelling, han podido tener en el arte poético la expresión que les es posible; gracias á él, la poesia ha expresado los más profundos y levantados pensamientos y ha difundido entre las gentes menos cultas las más importantes enseñanzas. »

Y para concluir, pues no acabaría nunca si hubiera de citar á todos los críticos que han tratado de la materia, Clarín, tal vez el campeón más esforzado de los que tiene en España la escuela naturalista ó realista — no me gusta reñir por cuestión de palabras — ha dicho: « Campoamor, un gran poeta, nuestro mejor poeta, es el que

emprende en la lírica, en el género que parece á muchos idealista por naturaleza, el camino de la nueva vida literaria, el que baja á los abismos de la sociedad á conversar, como Cristo con los publicanos, con presidiarios y rameras; y esto sin mengua de los santos fueros de la verdad y sin mengua de las inmaculadas alas de la poesía. » En otra parte escribe, que Campoamor es el único poeta español, del cual se pueda decir que, en cierto sentido, en el de la *sinceridad lírica* y la *penetración psicológica,* se acerca al naturalismo. Referíase el autor de *La Regenta,* muy oportunamente, al poema *Los Buenos y los Sabios,* pero no cabe duda que puede extenderse tal opinión á otras muchas obras de nuestro poeta, sin que por esto pueda calificársele de naturalista; como así mismo puede decirse que es el poeta español que escribe obras más *humanas* sin embargo del idealismo que muchas veces las cubre con amplio ropaje.

Pues bien, este innovador, este revolucionario — en literatura, por supuesto, — que se distingue por la originalidad; este gran poeta, nuestro mejor poeta, fué acusado de plagio hace algunos años; cuando ya hacia muchos que se le consideraba como el poeta original por excelencia. Campoamor se defendió elocuente-

mente y *con mucha originalidad* de tal acusación, y Valera demostró en interesantes y eruditas disquisiciones que si se consideraba á Campoamor como plagiario era preciso tildar con la misma nota á todos los grandes poetas antiguos y modernos.

Algún crítico ha hecho la observación de que Campoamor había abierto este juicio contradictorio, para probar, por comparación con los demás poetas, que él era el escritor más original del mundo.

Tema es éste de los plagios muy socorrido de ciertos críticos; cualquiera se figuraría, al verlos detenidos pacientemente rebuscando la paternidad de cada frase ó pensamiento secundario, que no son literatos sino polizontes. No se debe censurar á un escritor el uso de pensamientos ya expresados por otro si les ha dado forma más bella y expuesto con mayor claridad. ¡Cómo si fuera cosa fácil decir algo nuevo! Á este propósito dice uno de los críticos más estimados, el señor Cañete [1]: «Ni la originalidad ni la verdad son patrimonio exclusivo de ningún ingenio, por grande que sea. Todas las verdades, todos los caracteres, todas las

1 *Escritores españoles é hispano-americanos,* por D. Manuel Cañete. El duque de Rivas. El D.r D. Joaquín de Olmedo: Madrid, 1884 *(Colección de Escritores Castellanos)*, pág. 74-75.

pasiones, hasta la idea de todas las formas expresivas existen más ó menos vagamente en el mundo espiritual y son del dominio de todos los hombres. El que tiene bastante fuerza en sí mismo para descubrirlas y formularlas apropiándose lo que le conviene, *usa de un derecho, tanto más legítimo, cuanta mayor sea la parte de vida propia que comunique á los elementos ajenos de que se apodere...* Lo que importa en esta materia no es saber si se ha tomado algo de otro, sino si se ha tenido la habilidad de asimilárselo... Todos los plagios del mundo juntos serán ineficaces para lograr que pensamientos extraños arraiguen y florezcan en una cabeza estéril. Por el contrario, hasta reproduciendo á veces cosas ajenas se puede llegar á la originalidad, si se les presta el fuego invisible que las reviste de aquel inapreciable matiz signo seguro de belleza.» Lo mismo ha dicho Cánovas del Castillo no sé en donde: *nadie tiene como suyo sino lo que ha dicho como nadie.*

Fáltame espacio para avalorar este trabajo con algunos trozos de las obras de nuestro poeta, que á la vez sirvieran como prueba de las opiniones emitidas. Casi me alegro; así tendrá el lector que ocurrir á la colección inestimable de *Doloras y Poemas:* hágalo, y no le pesará si acaso busca algo más que versos armoniosos.

Por mi parte confieso que tengo grandísima preferencia por las poesías de Campoamor al compararlas con obras análogas; y diré por qué, aunque sea una herejía literaria. Yo casi no puedo leer una composición algo extensa sin que los dedos de plomo del sueño cierren mis párpados; ¡sólo Dios sabe cuánto me cuesta pasar la vista por una larga tirada de versos de los que nada dicen! Y esto me sucede con buenos poetas, con muchos de los mejores — de los malos no hablemos, — clásicos ó románticos, idealistas ó humanos, de la generación actual ó de la anterior y hasta con los del siglo de oro. Y si he de seguir diciendo lo que siento, creo que á muchos les pasa lo mismo con esas listas de adjetivos armoniosos. Con la poesía de Campoamor no me sucede así, porque me dice algo, porque sus versos van llenos de ideas, porque Campoamor, como ha dicho un vate ilustre [1] dando á entender la misión de todo poeta, *no canta como el pájaro en la seva, extraño á cuanto le rodea y siempre lo mismo.* Cuidado que yo no niego la belleza de esa poesía *plateresca* que tanto priva, ni de esa otra que parece catálogos de bazar en verso: es cuestión de gusto y *de gustos no hay nada escrito.*

1 Núñez de Arce.

Si alguna persona, empezada la lectura de este trabajo, ha tenido bastante paciencia para llegar hasta estas últimas líneas, perdone lo tosco del engarce de la obra en gracia de las limpias aguas de las piedras preciosas que en él van engastadas.

E. ZEROLO.

París, setiembre de 1885.

DOLORAS

PRIMERA PARTE

I

COSAS DE LA EDAD

I

Sé que corriendo, Lucía,
Tras criminales antojos,
Has escrito el otro día
Una carta que decía :
— Al espejo de mis ojos. —

» Y aunque mis gustos añejos
Marchiten tus ilusiones,
Te han de hacer ver mis consejos
Que contra tales espejos
Se rompen los corazones.

» ¡Ay! ¡No rindiera, en verdad,
El corazón lastimado
Á dura cautividad,
Si yo volviera á tu edad,
Y lo pasado, pasado!

» Por tus locas vanidades,
¡Que son, oh niña, no miras
Más amargas las verdades,
Cuanto allá en las mocedades
Son más dulces las mentiras!

» ¡Y que es la tez seductora
Con que el semblante se aliña,
Luz que la edad descolora!
Mas ¿no me escuchas, traidora?
(¡Pero, señor, *si es tan niña!...*) » —

II

« Conozco, abuela, en lo helado
De vuestra estéril razón,
Que en el tiempo que ha pasado,
Ó habéis perdido ó gastado
Las llaves del corazón.

» Si amor con fuerzas extrañas
Á un tiempo mata y consuela,

Justo es detestar sus sañas;
Mas no amar, teniendo entrañas,
Eso es imposible, abuela.

» ¿Nunca soléis maldecir
Con desesperado empeño
Al sol que empieza á lucir,
Cuando os viene á interrumpir
La felicidad de un sueño?

» ¿Jamás en vuestros desvelos
Cerráis los ojos con calma
Para ver solas, sin celos,
Imágenes de los cielos
Allá en el fondo del alma?

» ¿Y nunca veis, en mal hora,
Miradas que la pasión
Lance tan desgarradora,
Que os hagan llevar, señora,
Las manos al corazón?

» ¿Y no adoráis las ficciones
Que, pasando, al alma deja
Cierta ilusión de ilusiones?...
Mas ¿no escucháis mis razones?
(¡Pero, señor, *si es tan vieja!...*)» —

III

—No entiendo tu amor, Lucía.
—Ni yo vuestros desengaños.
—Y es porque la suerte impía
Puso entre tu alma y la mía
El yerto mar de los años.

Mas la vejez destructora
Pronto templará tu afán.
—Mas siempre entonces, señora,
Buenos recuerdos serán
Las buenas dichas de ahora.

—¡Triste es el placer gozado!
—Más triste es el no sentido;
Pues yo decir he escuchado
Que siempre el gusto pasado
Suele deleitar perdido.

—Oye á quien bien te aconseja.
—Inútil es vuestra riña.
—Siento tu mal.—No me aqueja.
—(¡Pero, señor, *si es tan niña!...*)
—(¡Pero, señor, *si es tan vieja!...*)

II

GLORIAS DE LA VIDA

¡Al fuego, cartas de adorados seres,
Por quien la sangre derramé viviendo!
Arded á impulsos de esa luz, y ardiendo,
Con vos se extinga *mi fatal pasión*.
¡Ved cuál la gloria de sus dulces rasgos
Se lleva el aire en fútiles despojos!
¡No su partida lamentéis, mis ojos;
Que humo las glorias de la vida son!

¡Al fuego, signos que sin fe trazaron
Falsas mujeres que adoraba ciego!
VICTORIA, OCTAVIA, INÉS... ¡al fuego! ¡al fuego!
¡Maldita sea *mi fatal pasión!*
« ¡Nadie en el mundo como yo te adora! » —
¡Arda á su vez la que tan bien mentía!
¡Ay! ¡quién, tal gloria al poseer, diría
Que humo las glorias de la vida son!

¡Al fuego, enigmas de infernal sentido!
¡Digno sepulcro el desengaño os presta!
¡Cuán bien mi madre me alejaba en ésta
Del torpe error de *mi fatal pasión!*
« ¡Huye — dice — el amor, porque su gloria
Es pacto vil de la ilusión de un día,
Y al fin verás, alma del alma mía,
Que humo las glorias de la vida son! »

III

VENTAJAS DE LA INCONSTANCIA

Después de amarla, olvidala; que el cielo
La inconstancia al amor le dió en consuelo.
(PATRICIO M. DE RAYÓN.)

¡Ay! anoche te escuché
(El que escucha oye su mal),
Cuando á otro hombre, por tu fe,
Le jurabas fe eternal.
¡Imprudente!
Nadie quiere eternamente;
Que pase un mes y otro mes,
Y me lo dirás después.
Aunque nuestro amor fué extraño,
Ya no lloro
Ni mi engaño ni tu engaño;
Pues no ignoro,
Que la inconstancia es el cielo
Que el Señor
Abre al fin para consuelo
Á los mártires de amor.

Después, ¡ingrata! ¿qué hiciste?
¿Fué el ruido de un beso aquél?
Bien te oí cuando dijiste:
— « No hice otro tanto con él. » —
¡Ay, Victoria,
Cuán frágil es tu memoria!
Ruega á Dios que siempre calle
Aquella fuente del valle...
Si me engañas, ya antes, ducho,
Te engañé;
Porque aunque me amabas mucho,
Yo bien sé,
Que la inconstancia es el cielo
Que el Señor
Abre al fin para consuelo
Á los mártires de amor.

Por último, ¡horrible paso!
Dijiste, al partir, de mí:
— « Es un... » — ¡Ah! Mas, por si acaso,
Lo dije yo antes de ti.
Sí, gacela;
Aquí, el que no corre, vuela;
Lo que tú hoy de mí, yo ayer
Dije de ti á otra mujer.
Que los seres en amores
Adiestrados,
Todos son engañadores

Y engañados;
Pues la inconstancia es el cielo
Que el Señor
Abre al fin para consuelo
Á los mártires de amor.

Adiós. Te juro leal,
Por el que nació en Belén,
Que nunca te querré mal,
Si no te quise muy bien.
Conque, adiós.
Navia y julio á veintidós.
Hoy por mí, y por ti mañana.
¡Tal es la doblez humana!
Si te ama algún importuno,
Ó imprudente
Llegases tú á amar alguno,
Ten presente
Que la inconstancia es el cielo
Que el Señor
Abre al fin para consuelo
Á los mártires de amor.

IV

LOS SOLLOZOS

Si á mis sollozos les pregunto adónde
La dura causa está de su aflicción,
De un ¡ay! que ya pasó, la voz responde:
— « De mi antiguo dolor *recuerdos* son. » —

Y alguna vez, cual otras infelice,
Que sollozo postrado en la inacción,
De otro ¡ay! que aun no llegó, la voz me dice:
— « De mi dolor *presentimientos* son. » —

¡Ruda inquietud de la existencia impía!
¿Dónde calma ha de hallar el corazón,
Si hasta sollozos que la *inercia* cría,
Presentimientos ó *memorias* son...?

V

QUIEN VIVE, OLVIDA

Que la dicha, si es colmada,
Si nada turba el contento,
Suele trocarse en tormento;
Porque cansa al corazón
Siempre una misma pasión,
Siempre un mismo sentimiento.

(El conde de Revillagigedo.)

ÉL

¡Cuánto amor, Adela mía,
Aquí un día
Me juraste y te juré!

ADELA

Por cierto que fué en noviembre,
Y en diciembre
Me olvidaste y te olvidé.

ÉL

Allí grabé con pasión
La expresión
De que *vivir es amar.*

ADELA

Bajo expresión tan traidora,
Graba ahora
Que *vivir es olvidar.*

ÉL

Aun por ti mi amor se inflama,
Porque el que ama
Nunca olvida, si ama bien.

ADELA

No hagas de tu amor alarde,
Que, aunque tarde,
Á gran amor gran desdén.

ÉL

Entre estas ramas, ¡ay triste!
Me dijiste:
— « No te olvidaré jamás. » —

ADELA

No acerté, en mi error profundo,
Que en el mundo,
Quien más vive, olvida más.

ÉL

¿Cuándo con locos extremos
Volveremos
Á amar con tan ciego ardor?

ADELA

Nunca, pues ya hemos sabido
Que el olvido
Sigue, cual sombra, al amor.

ÉL

¡Tiempos felices aquellos
En que, bellos,
Vivir era idolatrar!

ADELA

¡Quién entonces (¡pena fiera!)
Nos dijera
Que vivir es olvidar!

VI

LAS DOS ALMAS

—¿Adónde vas, alma mía,
Hacia ese mundo perdido?
—Á ser alma de un nacido
La Omnipotencia me envía.

Y tú, alma mía, ¿qué vuelo
Sigues, ganando la altura?
—Dejo á uno en la sepultura,
Y voy caminando al cielo.

— Puesto que subes, hermana,
Y te hallo al bajar al mundo,
Dime si es... — Un caos profundo,
Que llaman cárcel humana.

Prosigue, y no tan altiva,
Hermana, bajes ahora;

Porque vas, siendo señora,
Á ser del hombre cautiva.

Que en él, con rumbo perdido,
Sigue en loco devaneo,
Cada potencia un deseo,
Y un gusto cada sentido.

Pues de ansia de goces lleno,
Busca el oído armonía,
El paladar ambrosía,
É impúdico el tacto, cieno.

Así sus gustos sin calma
Van los sentidos gozando,
Mientras que á merced, flotando,
Va de los suyos el alma.

Y en rumbos tan desiguales,
Y tan contrarios vaivenes,
Si el alma delira bienes,
Acosan al cuerpo males.

Y amando el cuerpo la tierra,
Y el alma adorando al cielo,
Siempre están, en su desvelo,
Carne y espíritu en guerra.

— Pues si ya, el cielo ganando,
Dejaste cárcel tan fiera,
¿Por qué al aire, compañera,
Vas esas lágrimas dando?

—Porque hay, hermana, en el suelo
Seres que también se adoran,
Y que, al dejarlos, se lloran,
Como al dejar los del cielo.

— Si el cielo que dejo escalas,
Y al mundo voy que tú dejas,
Llevemos, pues, tú mis quejas
Y yo tu llanto, en las alas.

Y al mundo adonde me alejo,
Cuando le muestre tu llanto,
Muestra mis ayes en tanto
Al cielo hermoso que dejo.

Y ya que fatídico arde
De mi cautiverio el día,
Con Dios queda, hermana mía.
— Hermana mía, Él te guarde. —

VII

NO HAY DICHA EN LA TIERRA

De niño, en el vano aliño,
De la juventud soñando,
Pasé la niñez llorando
Con todo el pesar de un niño.
Si empieza el hombre penando
Cuando ni un mal le desvela,
¡Ah!
La dicha que el hombre anhela,
¿Dónde está?

Ya joven, falto de calma,
Busco el placer de la vida,
Y cada ilusión perdida
Me arranca, al partir, el alma.
Si en la estación más florida

No hay mal que al alma no duela,
¡Ah!
La dicha que el hombre anhela,
¿Dónde está?

La paz con ansia importuna,
Busco en la vejez inerte,
Y buscaré en mal tan fuerte
Junto al sepulcro la cuna.
Temo á la muerte, y la muerte
Todos los males consuela.
¡Ah!
La dicha que el hombre anhela,
¿Dónde está?...

VIII

LA VIRTUD DEL EGOÍSMO

Si anoche no estuve, Flora,
Á adorar tu talle hermoso,
Es porque soy *virtuoso,*
Y me da sueño á deshora.
¡Pecadora!
Ya le contaré á tu madre
Que, porque amo mi quietud
Y salud,
Dijiste hoy á mi compadre:
— «*¡Qué egoísta es la virtud!*» —

¿Como he de ir con fe no escasa
Á ver tus ojos serenos,
Si hay cien pasos por lo menos
Desde mi casa á tu casa?
Y ¿qué pasa
Al hallarnos frente á frente?...

¿Qué?... tú mientes sin guarismo;
Yo lo mismo.
El no ir, por consiguiente,
¿Es virtud ó es egoísmo?

Verbi gratia, el otro día,
Al verte de mi amor harta,
Puse un bostezo de á cuarta
Entre un « paloma » y un « mía. »
Es falsía
La de bostezar amando;
Mas si hoy, con más pulcritud
Y quietud,
No he ido á amar bostezando,
¿Fué egoísmo ó fué virtud?

Desde hoy no vuelvo á tu edén
Á tomar, Flora, el sereno:
Si es por *egoísmo,* bueno,
Y si es por *virtud,* también.
Sí, mi bien,
Esto haré por mi salud,
Aunque diga tu cinismo
Que es lo mismo
La gloria de la virtud
Que el triunfo del egoísmo.

IX

PROPÓSITOS VANOS

Nunca te tengas por seguro en esta vida.

(KEMPIS, lib. I, cap. XX.)

— Padre, pequé, y perdonad
Si en mi amorosa contienda,
Se lleva el viento, á mi edad,
Propósitos de la enmienda.

EL CONFESOR

— ¡Siempre es viento
Á esa edad un juramento!
¿Qué pecado es, hija mía?

LA PENITENTA

—El *mismo* del otro día,
Y aunque es el *mismo,* id templando
Vuestro gesto,
Pues dijo ayer, predicando,
Fray Modesto,
Que es inútil la más pura
Contrición,
Si abona nuestra ternura
Flaquezas del corazón.

Ayer, padre, por ejemplo,
Tocó á misa el sacristán,
Y en vez de correr al templo
Corrí á la huerta con Juan.

EL CONFESOR

—¡Triste don,
Correr tras su perdición!...

LA PENITENTA

— Sí, señor, mas don tan vil,
De mil, lo tenemos mil.
No hay niña que á amor no acuda,
Más que á misa;
Que el diantre, á todas, sin duda,

Nos avisa
Que es inútil la más pura
Contrición,
Si abona nuestra ternura
Flaquezas del corazón.

La verdad, tan poco ingrata,
Con Juan estuve en la huerta,
Que, como él mirando mata,
Huí de él como una muerta.

EL CONFESOR

— ¡Dulcemente
Fascina así la serpiente!

LA PENITENTA

— ¡No lo extrañéis, siendo el pecho
De masa tan frágil hecho!
Si voy, cuando muera, al cielo
(Que lo dudo),
Ya contaré que en el suelo
Nunca pudo
Sernos útil la más pura
Contrición,
Si abona nuestra ternura
Flaquezas del corazón.

Y mañana, ¿qué he de hacer,
Padre, al sonar la campana,
Si él me dice hoy, como ayer,
« ¡Vuelve á la huerta mañana! » —

EL CONFESOR

— ¡Ay de vos!
¡Antes Dios y siempre Dios!

LA PENITENTA

— Es cierto, mas entre amantes,
No siempre suele ser antes.
Y, en fin, si de ser cautiva
Me arrepiento,
Ó me absolvéis mientras viva,
Ó presiento
Que es inútil la más pura
Contrición,
Si abona nuestra ternura
Flaquezas del corazón.

X

LA CIENCIA DE LA VIDA

Amargando tu existencia,
De tu corazón en daño,
Ya te enseñará esta ciencia
El libro de la experiencia,
Página del desengaño.
(E. FLORENTINO SANZ.)

Seguid; veremos á qué luz impura
Del porvenir el caos se ilumina.

EL AGORERO

— Mas ¿quién, desengañado, no adivina
De la vida el horóscopo fatal?
Siempre en mi ciencia se predicen bienes.
¡Dios los da al hombre por amor profundo!
Después se augura un mal, porque en el mundo,
Tarde ó temprano es infalible el mal.

— Seguid.

EL AGORERO

— Si á un triste le auguráis su estrella,
Algún placer le auguraréis mintiendo;
Que, aunque nuestro hado es *esperar sufriendo,*
La esperanza, aun sufriendo, es celestial.
Y si su suerte predecís acaso
Á los que mira compasivo el cielo,
Hacedles ver que, en la orfandad del suelo,
Tarde ó temprano es infalible el mal.

— Seguid.

EL AGORERO

— Sabréis mi dolorosa ciencia
Si grabáis en la mente con empeño,
Que es el bien, por ser bien, *sueño de un sueño,*
Que el mal, sólo por serlo, es *inmortal.*
Que nunca falta una ilusión gloriosa
Que alegre una existencia maldecida,
Y que en la paz de la más dulce vida,
Tarde ó temprano es infalible el mal. —

XI

VANIDAD DE LA HERMOSURA

Á OCTAVIA

Ni amor canto, ni hermosura,
Porque ésta es un vano aliño,
Y además,
Aquél una sombra oscura.

OCTAVIA

—¿No es más que sombra el cariño?
—*Nada más.*

Esas flores con que ufana
Tu frente se diviniza,
Ya verás
Cuál son ceniza mañana.

OCTAVIA

— ¿Nada más son que ceniza?
— *Nada más.*

Y en tu contento no escaso,
¿Qué dirás que es un contento,
Qué dirás?

OCTAVIA

— ¿Nada más que viento acaso?
— ¡Nada más, niña, que viento,
Nada más!

En la edad de las pasiones,
Á vueltas de mil enojos,
Hallarás
Aire, sombras é ilusiones:
¡Nada más, luz de mis ojos,
Nada más!... —

XII

VIVIR ES DUDAR

Si vivir no es dudar, prenda querida,
Decidme, en mal tan fuerte,
¿Es el fin de esta vida nuestra muerte,
Ó es la muerte el principio de otra vida?

Porque es nuestra existencia
Turbio fanal de inescrutable esencia;
Pues cual luz mortecina,
Sólo bordes de sombras ilumina.

Siguiendo la esperanza,
Quien la alcanza una vez, frágil la alcanza;
Si el aire sombra hiciera,
Como la sombra de los aires fuera.

Lloramos la partida
De ésta que vuela inconsolable vida,

Y es en la humana suerte
La vida el pensamiento de la muerte.

Nuestros pérfidos cantos
Preludios son de venideros llantos;
Que es del dolor la puerta
La que el gozo al pasar nos deja abierta.

El mayor bien gozado
Jamás es grande hasta que ya es pasado;
Pues sólo en la memoria
Es grande, al parecer, la humana gloria.

Y en tan vil confusión, prenda querida,
Nadie sabe inquirir, en mal tan fuerte,
Si es el fin de esta vida nuestra muerte,
Ó es la muerte el principio de otra vida...

XIII

PODER DE LA BELLEZA

¡Me caso! Yo, que odio eterno
Siempre profesé á este paso,
Como á un paso del infierno,
Ya cándidamente tierno...
¿Podréis creerlo? ¡me caso!

Y pues ya amo á una mujer
(Siento decir que no miento),
Justo es que cante, y lo siento,
De la belleza el poder.

Yo, que amante meritorio
Llevé en España mi ardor
De un jolgorio á otro jolgorio,
Haciendo el don Juan Tenorio
Con doncellas de labor,

Hoy mi indómita cabeza
Á un yugo al fin se somete:

Aquí dió fin el sainete...
¡Oh poder de la belleza!

Yo, que canté á cualquier hora:
« No me da pena maldita
Si tu pecho no me adora;
Que la mancha de una *mora*
Con otra *blanca* se quita, »

Peno por una mujer,
Y (aparte) rabio de celos.
¡Á tanto se extiende, cielos,
De la belleza el poder!

Yo, que amé en la edad florida
Cada *cien* días á *ciento,*
¡Ya hace *un mes* que mi querida
Es aliento de mi vida,
Es la esencia de mi aliento!

Un mes en mí de terneza
Es de treinta años emblema;
Es la vida... es el poema
Del poder de la belleza.

¡Con mi triste casamiento
(Mis ex-amadas, mi ex-gloria),
Ya nos arrebata el viento
Tanto amor que ha sido historia,
Tanta historia que fué cuento!

Mas todo es sueño, á mi ver,
En esta vida traidora;
Sólo es real, á cuartos de hora,
De la belleza el poder.

¡Ya no os daré cantilenas,
Jugando al toma y al daca,
Pelo, anillos ni cadenas,
Ni tantas cosas, tan buenas
Para hacer nidos de urraca!

Y á fe que es necia flaqueza
Quê, ganando mil ventajas,
Sólo estribe en zarandajas
El poder de la belleza.

Pues me caso, Satanás
Haga á mi esposa, ó Dios la haga,
No pedir cuentas de atrás;
Pues *si el que la hace la paga...*
¡Santo Cristo de Candás!

Si expiación llega á haber,
Siendo, cual la muerte, fuerte,
Es horrible, cual la muerte,
De la belleza el poder.

¡Dios! á quien ofendo impío,
Dad á tanto error disculpa;
Perdonad mi desvarío:

¡Por mi culpa, padre mío;
Por mi grandísima culpa!

No os venguéis de quien si empieza
Cantando la palinodia,
Loa en tono de salmodia
El poder de la belleza.

Desde hoy mis glorias de amante
Se concretarán, Dios mío,
Á tener en adelante
Una mujer que me espante
Las moscas en el estío.

No extrañéis que cual placer
El no *ver moscas* os nombre,
Que á tal punto humilla al hombre
De la belleza el poder.

Hoy mi pecho, en conclusión,
Pide perdón y perdona
Á cuantos fueron y son...
Desde Lisboa á Pamplona,
Desde Sevilla á Gijón.

Y hoy, en fin, mi bien empieza,
Ó empieza mi mal acaso:
De cualquier modo, ¡me caso!
¡VICTORIA POR LA BELLEZA!

XIV

TODO SE PIERDE

Rosa, ¿conque perdiste
La flor encantadora
Que la noche te dí de tu partida?
Aunque la cosa es triste...
La flor vaya en buen hora,
Si fué sólo la flor, Rosa, perdida;
Mas esto me convida
(Perdona) á que recuerde
Que en el mundo, mi bien, *todo se pierde.*

Todo se pierde, ¡ay triste!
De tu frente, antes pura,
¡Baja, y verás con lágrimas tus ojos!
Ya indócil se resiste
Al corsé tu cintura;
Sube al cuello después, y... ¡ay, qué despojos!
El ver seco da enojos,

Árbol que fué tan verde.
¡Todo se pierde, sí, todo se pierde!

De este pecho, tuyo antes,
Perdí un día la llave,
Y cuanto en él guardé, perdí con ella;
Ilusiones amantes,
Toda la villa sabe
Que para ti guardaba, Rosa bella.
Mas, ¡cuán tarde mi estrella
Hizo que al fin recuerde
Que *todo* (¿no es verdad?), *todo se pierde!*

¿Qué fué de tu hermosura?
¿Qué fué de mi ternezą?
De a flor que te dí, dime ¿qué ha sido?
Perdióse la flor pura,
Lo mismo que (¡oh tristeza!)
Mi amor y tu hermosura se han perdido.
En el mundo es sabido
Que, sin que uno se acuerde,
¡Todo se pierde! ¡oh Dios! *¡todo se pierde!*

XV

LA COMPASIÓN

— Niña, ¿por qué, desvelada,
Suspiras con tal empeño?
— El por qué, madre, no es nada;
Sólo me siento hostigada
Por las quimeras de un sueño.

— El rostro, niña, sepulta
En la holanda, que el espanto,
Viendo las sombras, se abulta.
— Así derramaré, oculta
Entre sus pliegues, mi llanto.

— Pronto, la noche ahuyentando,
Llamará el alba á la puerta.
— Pues vendrá en vano llamando;
Que si ahora duermo soñando,
Después soñaré despierta.

— ¡Ay, que si el mundo ve ya
De una niña el mal profundo,
Que es amor en decir da!
— Pues sus razones el mundo
Para decirlo tendrá.

—¿Y en qué livianas razones
Estriba el mal que te aqueja?
— En unas tristes canciones
Que, de una lira á los sones,
Alzaba un hombre á mi reja.

Entré afligida en el lecho,
Quedé traspuesta, y entonces
Sonó un ruido á poco trecho,
Que ¡cuál llagaría el pecho,
Cuando ablandaba los bronces!

Desperté á oirle, y la lira
No alegró la soledad;
Y ahora mi pecho suspira,
No sé si porque es mentira,
Ó porque no fué verdad.

— Mas ¿quién alzó las querellas?
— Soñé que era un peregrino.
¡Ay de las tristes doncellas,
Si al proseguir su camino
Puso los ojos en ellas!

— ¿Un peregrino, alma mía,
Cantaba en llanto deshecho ?
— Y soñé que era el que un día
Buscó albergue en nuestro techo
Por la tormenta que hacía.

Nieves y cierzo arrostrando,
Húmedos ya sus despojos,
Vino á la puerta llamando;
Y yo se la abrí, mostrando
La compasión en los ojos.

— ¿De cuándo acá se te alcanza
Recordar tal desacuerdo ?
— Dejadme en mi bienandanza:
¡Bella será una esperanza,
Pero es muy dulce un recuerdo!

Aun me ocupa la memoria,
Cuando la lumbre cercando,
Entre ilusiones de gloria,
Una historia y otra historia
Me fué, amorosas, contando.

Siempre en ellas se moría
Uno que á su ingrato bien
Como á sus ojos quería;
Mas no me contó que había
Hombres ingratos también.

Dióme, con chistes discretos
Conchas, cruces y regalos,
Y mágicos amuletos,
Que por instintos secretos
Daban pavor á los malos.

Y los gustos de la vida
Me ponderaba halagüeño,
En plática tan sentida,
Que, cual si fuese beleño,
Me iba dejando adormida.

Y mi amante pesadumbre
Prosiguió astuto aumentando,
Hasta que el postrer vislumbre
Débil lanzando la lumbre,
Se fué la sombra espesando...

— ¿Por qué entonces de su fuego
Rémora no fué tu calma?
— Creí sus perfidias luego,
Porque acompañó su ruego
Con un suspiro del alma.

— ¿Y fuiste, al rayar el día,
Su ruta, niña, á inquirir?
— En vano fuí, madre mia;
Ya el sol derretido había
La nieve que holló al partir.

Corriendo desalentada
Fuí de lugar en lugar...
—¿Y qué hallaste, desgraciada?
—Al cabo de la jornada
Hallé el placer de llorar.

—¿Cuál genio, en tan triste día,
Á escuchar su frenesí,
Más ciega que él te impelía?
— La *compasión*, madre mía...
— Y... ¿quién la tendrá de ti?

XVI

CORTA ES LA VIDA

Paróse, una voz sentida
Cierto viajero escuchando,
Y vió un ave que, rendida
Al pie de un árbol, pïando
Triste exhalaba la vida.

Y al ver que, al árbol querido
Mirando desde la grama,
Alzaba el postrer gemido
Hacia la flexible rama,
Que era el sostén de su nido:

— « He aquí — dijo en su sorpresa —
La imagen de la fortuna :
Vagando sin ley alguna,
Al fin hallamos la huesa
Al mismo pie de la cuna. » —

Y alejándose al momento,
Por templar su mal no escaso,
Añadió en su pensamiento :
— « ¿Cuánto las separa ? — *¡Un paso!*
— ¿Y qué media entre ambas ? — *¡Viento!* »

XVII

VIRTUD DE LA HIPOCRESÍA

No eres más santo porque te alaben, ni más vil porque te desprecien. Lo que eres, eso eres.
(KEMPIS, lib. II, cap. VI.)

Ya he visto con harta pena
Que ayer, alma de mi alma,
Mandaste colgar, Elena,
De tu balcón una palma.

Y, ó la palma no es el título
De una candidez notoria,
Ó no es cierto aquel capítulo
En que habla de ti la historia.

Pues dicen que hoy imprudente,
Después que la palma vió,

Riéndose maldiciente
Cierto galán exclamó :

— « Mal nuestra honradez se abona
Si nuestras virtudes son
Cual la virtud que pregona
La palma de ese balcón. » —

Bien te hará entender, Elena,
Esta indirecta cruel,
Que ya es pública la escena
Que pasó entre Dios, tú y él.

Pues, al mirarte, embebido,
Dice entre sí el vulgo ruin :
— « Ya hay alientos que han mecido
Las flores de ese jardín. » —

Mas tú niega el hecho, Elena,
Porque en materias de honor,
Antes, el Código ordena,
Ser mártir que confesor.

Aunque á hablar de ti se atrevan,
Siempre será necio intento
Dudar de honras que se llevan
Palabras que lleva el viento.

Da al misterio la verdad;
Que la virtud, en su esencia,
Es *opinión* la mitad,
Y otra mitad *apariencia*.

Palma ostenta, pues es uso;
Que, aunque mentir no es prudente,
Por algo Dios no nos puso
El corazón en la frente.

Nada á confesar te venza,
Que engañar por el honor,
Es en los hombres *vergüenza*,
Y en las mujeres *pudor*.

Y si tu honor duda implica,
No dudes que hay mil que son
Cual la virtud que publica
La palma de tu balcón.

XVIII

EL CONCIERTO DE LAS CAMPANAS

(PARA MÚSICA)

Por un *nacido* allí imploran,
Y aquí por un *muerto* lloran :
Cuando allí tocando están
¡Din don, din dan!
Tocan aquí en bronco son :
¡Din dan, din don!

Allí un *vivo,* y aquí un *muerto.*
Á tan monstruoso concierto,
Labrando mis goces van,
¡Din don, din dan!
Su tumba en mi corazón :
¡Din dan, din don!

¡Ay, cuán falsamente unida
Va con la muerte la vida!
¡Qué inútil es nuestro afán!
¡Din don, din dan!
¡Qué breves las dichas son!
¡Din dan, din don!

XIX

GLORIAS PÓSTUMAS

Á DON NICOMEDES PASTOR DÍAZ, CON MOTIVO DE LA FALSA MUERTE DE UNA AMIGA

Aun el pesar me asesina
De cuando aquí por muy cierto
Se dijo de CAROLINA
Que (¡Dios nos libre!) había muerto.
El que menos,
Con ojos de espanto llenos,
« ¡Cuánto lo siento! », exclamaba..,
Pero ninguno lloraba.
El que se muere, PASTOR,
Ó se ausenta,
Es *cero* que olvida amor
En su cuenta.
Los que esperan fe en muriendo,
¡Cuánto yerran!
Bueno ó malo, á lo que entiendo,
Al que se muere lo entierran.

No hay ser que, al « ¡Dios le perdone! »
Con que hace al muerto un regalo,
Si es su enemigo, no entone
El *Libera nos á malo.*
Cantan esto
Los que no aman, por supuesto;
Porque los que aman muy bien,
Dicen : *Requiescat... Amén.*
Al que ama y no ama, igual pena
Le acomete,
Exceptuando alguna escena
De sainete.
Premio igual dan y reciben
Los que quieren,
Ya olvidando á los que viven,
Ya enterrando á los que mueren

Cuando más, los muy leales
Nos recomiendan á Dios
Con dos misas de á *seis reales;*
Total, *cuartos* ciento dos.
Y aun dos misas
No son del todo precisas,
Pues con una solamente
Cubre un hombre el *expediente...*
¿Para qué, ansiando, vivimos
Entre lloro,
Y adquirimos y adquirimos

Oro y oro...
Si al fin un deudo allegado,
Sin gemir,
Entre un mal lienzo hilvanado
Nos enterrará al morir?

« Con tu ausencia y veinte reales,
Un duro mi pecho gana. »
Así calcula sus males
Nuestra condición humana.
¡Maldición
Sobre tan vil condición!
¿No hay más deudos ni parientes
Que las muelas y los dientes?
¡Ay! di á tu amiga, PASTOR,
Que, si muere,
De nadie gloria ni amor
Nunca espere;
Pues llenando el ataúd
Do le encierran,
Con amor, gloria y virtud,
¡Al que se muere lo entierran!

XX

VIVIR MURIENDO

Vivit, et est vitæ nescius ipsæ suæ.
(OVIDIO.)

Al nacer me recibieron
La vida y la muerte en brazos;
Y al ver tan opuestos lazos,
Con torva faz prorrumpieron :

— « ¿Qué buscas aquí, perdida? »
Dijo á la vida la muerte.
— « ¿Nació para ti, por suerte?
Dijo á la muerte la vida.

— « Dios, á mi eterna morada, »
Responde aquélla, « le envía. »
— « Soy, para entrarle en la mía, »
Dice ésta, « de Dios enviada. »

— « Pues vuelva al seno de Dios,
Y su justicia decida
Si es de la muerte ó la vida, » —
Claman á un tiempo las dos.

Y haciendo, audaz cada una,
Presa en el mísero infante,
Lleno de llanto el semblante
Me levanté de la cuna.

Entre ambas camino incierto,
Dudando mi fantasía
Si antes de nacer, vivía,
Ó si es que, al nacer, he muerto.

Los que en la vida fuí dando
Desde mis pasos primeros,
Cual dados en sus linderos
Los fué la muerte contando.

Camino, y en mal tan fuerte,
La mente desvanecida,
Nombra desvelo á la vida,
Y llama sueño á la muerte.

Ponen, con locos empeños,
Mis sufrimientos á prueba,
Desvelos, si el sol se eleva,
Si se alzan las sombras, sueños.

Y así van el alma mía
Sueño y desvelo asediando,
Uno tras otro pasando,
Como la noche y el día.

Si de la vida, por suerte,
El breve término dejo,
Conmigo doy sin consejo
En el confín de la muerte.

Y á veces tan dulces lazos
Forman la muerte y la vida,
Que una en otra confundida,
Van una de otra en los brazos.

¿Si en mi ataúd, por fortuna,
Daré mi primer vagido,
Ó por fortuna habrá sido
Lecho de muerte mi cuna?

Si he muerto al nacer, por suerte,
¿Á qué me asedia la vida?
Y si ésta aun no está cumplida,
¿Por qué me sigue la muerte?

¿Á dónde, en tan ciego abismo,
Voy tras de ensueños que adoro,
Tanto, que entre ellos ignoro
Si sombra soy de mí mismo?

¡Sacadme ya, Dios clemente,
De un abismo tan horrendo,
Ó eternamente muriendo,
Ó viviendo eternamente!

XXI

NADA DE NADA. — NADA POR NADA

Por cosas de este mundo
Nunca te apures,
Que no hay mal que no acabe,
Ni bien que dure.
(CANTAR.)

— *Nada me importa.* — Al sentimiento extraño,
Ni en el bien gozo, ni en los males peno;
Si ahogo en el « *no importa* » el propio daño,
Sepulto en un « *¡paciencia!* » el daño ajeno.
Esperando mi mal, mi bien engaño;
Paso lo malo en aguardar lo bueno;
Y así, el alma en sí misma sepultada,
Da á habido y por haber — *nada de nada.*

— *Me es todo igual.* — Nada el placer me importa,
Ni al hosco aspecto del dolor me irrito.
Si el mal la senda de mi vida acorta,
Prorrumpo sin rencor : — *Estaba escrito.*

Cuando sus iras mi destino aborta,
— *Buen semblante á mal tiempo,* — me repito;
Y así, cerrando á la pasión la entrada,
Grabé en mi corazón : — *Nada por nada.*

— *Nada me importa.* — Que daré no ignoro.
Sepulcro al bien y al mal en mi indolencia.
Sé que mi amor han de curar, si adoro,
El tiempo, el gusto, otro placer, la ausencia.
La presunta ilusión templa mi lloro;
Amarga mis delirios la experiencia;
Y de afectos en lid tan encontrada,
Es lema de mi fe : — *Nada de nada.*

— *Me es todo igual.* — Como insaciable hiena
Me hiere el desengaño carnicero,
Pero en mi herida, sin placer ni pena,
Sepulcro doy al universo entero.
¡Oh vida inútil, de pesares llena!
¡Oh estéril mundo, donde el bien no espero!
Pues os debo esta fe desesperada,
— *Nada de nada* — os doy; — *nada por nada.*

XXII

VAGUEDAD DEL PLACER

I

— « Al que antes cumpla su anhelo,
Logrando la dicha extrema
De dar á su sien diadema
Hecha de luces del cielo. »

Así una turba ligera
De niños baja diciendo,
Tocadas del Iris viendo
Las aguas de una pradera.

Siguen el monte esquivando,
Y crece su empeño loco,
En tanto que, poco á poco,
Va el Iris su luz menguando.

Y cuando de su ornamento
Creían la sien orlada,
Vieron su luz disipada
Como fantasma en el viento.

— *¿Cómo es?* — desde el monte erguido
Preguntan cuantos los miran;
Y alzan los ojos, suspiran,
Y les responden : — *¡ Ya es ido!* —

— *¡Mentira!* — bajan diciendo
Los que ven clara su lumbre,
Y en tanto ganan la cumbre,
Mustios los otros subiendo.

II

Porque sus lindos reflejos
Son, al tocarlos, ficciones,
Cual son de cerca ilusiones
Las que venturas de lejos.

El Iris, siempre inconstante,
Se va mostrando inseguro,
Á los que bajan, oscuro,
Y á los que suben, brillante.

— *¿Cómo es?* — en ronco alarido
Gritan los antes burlados;
Y los de ahora, extasiados,
Tristes responden : — *¡Ya es ido!!* —

— *¡Mentira!* — dicen bajando
Los que poco antes mintieron;
Y á los de abajo se unieron
Prestos el monte esquivando.

III

Juntos con pueril anhelo
Se agitan con ansia ardiente,
Corriendo de fuente en fuente,
Tras los matices del cielo.

Y todos, dando á cual más
Gusto á su pecho anhelante,
Unos gritan : — *¡Adelante!*
Y los de adelante : — *¡Atrás!* —

Y así, sin orden ni guía,
Aquí y allí discurrieron,
Y ni allí ni aquí le vieron,
Y en todas partes lucía.

Y al verle desvanecido,
Con más vergüenza que enojos,
Vueltos al cielo los ojos,
Exclaman todos : — *¡ Ya es ido!!!* —

IV

Así en eterno cuidado,
Aquí y allí nuestro intento
Corre fugaz por el viento
Tras un placer nunca hallado.

Que el hombre, en su desacuerdo,
Llama, al verle en lontananza,
Si es delante, una esperanza,
Y si es detrás, un recuerdo.

Y aun no marcó en su sentido
El gusto una vana huella,
Cuando, imprecando su estrella,
Suspira y dice : ¡YA ES IDO!

XXIII

ÚLTIMAS ABJURACIONES

¡Voy á morir! Prenda del alma mía,
Éste el centón de mis quimeras es;
Leed, leed, y de la gloria impía
De tanto error abjuraré después.

EL HIJO (*leyendo*)

— « Cuna de rosas, al nacer, hallamos. »

EL PADRE

¡Mentira! Abrojos al nacer nos dan.

EL HIJO

— « Rosas, la vida al comenzar, hollamos. »

EL PADRE

— *¡ Falso ! Los pies por entre abrojos van.*

¡Voy á morir! Las bárbaras memorias
Que el fin amargan de mis horas ved :
¡Cúmulo abyecto de entrañables glorias!
Leed, por Dios, y escarmentad; leed.

EL HIJO

— « Su vida el hombre de ilusiones puebla. »

EL PADRE

— *¡ Ay ! Necio error á la ilusión llamad.*

EL HIJO

— « Huye la edad de la razón cual niebla. »

EL PADRE

— *¡ Horror ! ¡ Pasad, horas sin fin, pasad !*

¡Voy á morir! De nuestra vida escasa,
Pasa en engaños la primer mitad;
La otra mitad en desengaños pasa :
¡Nunca olvidéis esta cruel verdad!

EL HIJO

— « ¡Triste es dejar del mundo la presencia! »

EL PADRE

— *¡Mundo, os doy ledo mi postrer adiós!*

EL HIJO

— « Perece el bienestar con la existencia. »

EL PADRE

— *¡Muerte, del hombre el bienestar sois vos!*

XXIV

QUIEN MÁS PONE, PIERDE MÁS

Es la constancia una estrella
Que á otra luz más densa muere,
Pues quien más con ella quiere,
Menos le quieren con ella.

Este refrán que te canto,
Tiene, amor mío, tal arte,
Que su verdad á probarte
Con una *conseju* voy.

Fué una niña de quince años
El duende de esta *conseja,*
Y aunque la niña ya es vieja,
Aun dice entre angustias hoy :

Que es la constancia una estrella
Que á otra luz más densa muere,
Pues quien más con ella quiere,
Menos le quieren con ella.

Tuvo la niña un amante
Á quien, idólatra, un día,
— Te he de querer — le decía —
Hasta después de morir.

Y si con Dios avenida,
Corta mi aliento la muerte,
Dejaré el cielo por verte. —
Tal dijo, sin advertir

Que es la constancia una estrella
Que á otra luz más densa muere,
Pues quien más con ella quiere,
Menos le quieren con ella.

Murió la niña, y cumpliendo
De su antiguo amor los gustos,
Dejó el país de los justos,
Y al mundo el vuelo tendió;

Y cuando alegre á su amante
Con alas de ángel cubría,

— ¿Ves cuál dejé — le decía —
El cielo por ti? — Mas, ¡oh!

Que es la constancia una estrella
Que á otra luz más densa muere,
Pues quien más con ella quiere,
Menos le quieren con ella.

Durmió el ángel á su lado;
Y, de otra esfera anhelante,
Sus alas cortó el amante
Y en ellas al cielo huyó.

Y al encontrarse la niña
Víctima de un falso trato,
Llorando vió que el ingrato,
Subiendo al cielo cantó :

Es la constancia una estrella
Que á otra luz más densa muere,
Pues quien más con ella quiere,
Menos le quieren con ella.

XXV

ADIÓS PARA SIEMPRE

Á CAROLINA

Porque no infiel juzguéis á mi memoria,
Aunque os digo *por siempre* al huir de vos,
La eternamente lamentable historia
Vais á escuchar de mi primer *adiós.*

« Era una niña, como vos, afable,
Lozana, y pura y celestial cual vos. »
¡Quién, al dejar á un ser tan adorable,
Podrá decirle: *¡Para siempre adiós!*

« Partí... y la fama me contó su muerte. »
¡Guárdeos el cielo de su suerte á vos!
Y al recordar su abominable suerte,
Dejad que os diga: *¡Para siempre adiós!*

Pues siempre, herido de dolor tan fiero,
Desde aquel día, como ahora á vos,
Á cuantos seres con el alma quiero,
¡Adiós, les digo, *para siempre adiós!*

XXVI

BENEFICIOS DE LA AUSENCIA

Agur, Irene; hasta cuándo,
No te lo podré decir;
Por Dios que al verme llorando,
Ganas me dan de reir.
¡Quién creyera,
Flor de mi natal ribera,
Que si lloro á los dos pasos,
Me reiré á los tres escasos!
Esto me recuerda, Irene,
Que algún día
Leí contigo una *Higiene*
Que decía
Que, conforme á la experiencia
De un doctor,
Es un bálsamo la ausencia
Que cura males de amor.

Ya te escribiré, mi bien,
Cuantas penas me atormenten,
Aunque, *á ojos que no ven,*
Corazones que no sienten.
¡Qué infinito
Será tu amor... *por escrito!*
Mas dice santo Tomás
Que *ver y creer*, y no más.
Este refrán no te corra,
Advirtiendo
Que *el tiempo todo la borra,*
Y sabiendo
Que, conforme á la experiencia
De un doctor,
Es un bálsamo la ausencia
Que cura males de amor.

—¡Qué yertas son las francesas! —
Te diré todos los días;
—¡Qué heladas! —si son inglesas,
Y si italianas, —¡qué frías! —
Y entretanto
Mil y mil serán mi encanto.
¡Ay, cubren tanta ficción
Las alas del corazón!
Hermosa Irene, ten calma;
¿Por qué lloras?
No llores, prenda del alma,

Pues no ignoras
Que, conforme á la experiencia
De un doctor,
Es un bálsamo la ausencia
Que cura males de amor.

Parto por fin, ya amanece;
Adiós, alma de los dos;
Ruega á Dios que no tropiece
Por esos mundos de Dios.
Si hoy te adoro
Con la obstinación de un moro,
Tal vez me ablande mañana
El fuego de otra cristiana.
Sí, que aunque este amor es cierto,
¡Ay! presumo
Que el amor de un *ido* ó un *muerto,*
Siempre es humo;
Pues, conforme á la experiencia
De un doctor,
Es un bálsamo la ausencia
Que cura males de amor.

XXVII

EL AMOR INMORTAL

¡Atrás! que ya los altares
Velan las sombras profanas;
Y al vulgo de estos lugares,
Lo llaman á sus hogares
Con su oración las campanas.

¡Atrás! y no en loco tema
Traigas, revuelta en la falda,
Símbolo de tu fe extrema,
Esa florida guirnalda
De tus amores emblema.

Torna, loca, á tu alquería,
Porque si bien lo contemplo,
Es necio, por vida mía,
Dejarme así cada día
Lleno de hierbas el templo.

— He de ver su sepultura,
Pese á sus iras crueles, .
Pues bien nos predica el cura
Que nunca el Dios de la altura
Cierra su casa á los fieles.

— Así te azucen traidores
Alguna vez sus mastines,
Por tus ofrendas de amores,
Los dueños de los jardines
En donde robas las flores.

Y pues que en tal desacierto
Sigues con cordura poca,
Quédate ahí; y ten por cierto
Que gana muy poco un muerto
Con la oración de una loca. —

¡Cuitada, que en su quebranto
No halla en la tierra consuelo,
Lo busca en el cielo santo,
Y sordo también el cielo
Las puertas cierra á su llanto!

Huye, niña, que á esa puerta,
Entre nocturnos reflejos,
Pareces ya de una muerta
La sombra que vaga incierta
Llorando gustos añejos.

Huye, que de amor ajena,
Como á imagen de la muerte,
Llamándote *el alma en pena,*
De horror la comarca llena
Cierra las puertas al verte.

¡Pobre loca, que en su intento,
Sin que de su afán se corra,
Ama con ardor violento
Memorias que el tiempo borra,
Cenizas que lleva el viento!

¡Oh, muy loca es quien no ha oído,
Porque escarnecerla puedan,
Que en este mundo fingido
Sólo pagan con olvido
Á los que van, los que quedan!

XXVIII

BUENAS COSAS MAL DISPUESTAS

EPÍSTOLA Á EMILIA

(SÁTIRA CONTRA EL GÉNERO HUMANO)

Verdadera miseria es vivir en la tierra. Cuanto el hombre quiere ser más espiritual, tanto le será más amarga la vida; porque siente mejor, y ve más claro los defectos de la corrupción humana.

(KEMPIS, lib. I, cap. XXII.)

INTRODUCCIÓN

Del hombre, Emilia, las virtudes canto,
Aunque al hombre al cantar, siempre sin calma,
Cayendo está sobre mi risa el llanto.

Dicen que lleva la moral la palma
Con el físico el alma comparando;
Mas tan ruin como el cuerpo tiene el alma.

Perdonad mi opinión los que llamando
Al hombre la mejor de las conquistas,
Un culto le rendís; ¡culto nefando!

Hablo con vos, ilusos moralistas;
Con vos, factores de virtudes, hablo,
Que en el hombre miráis cosas no vistas.

Vos, alzando un aurífero retablo,
Ponéis al hombre en preeminente nicho,
Siendo digno de altares como el diablo.

Vos, que le amáis por bárbaro capricho,
Sois, su hipócrita instinto disculpando,
Más hipócritas que él : lo dicho, dicho.

Vos, al hombre en vosotros adorando,
Vivís, amantes de vosotros mismos,
La humanidad falaces incensando.

¡Huid, con tan revueltos silogismos,
Á la luz con que alumbro, temerario,
Del corazón los múltiples abismos!

Derrocad por pudor vuestro escenario,
Ó, agitado á mi voz el pueblo, arguyo
Que os romperá en la frente el incensario.

Mas ya de vos, sin ahuyentaros, huyo,
Porque altivo desprecio á los histriones,
Y en santa paz mi introducción concluyo:

Cuando, cual don de sus mejores dones,
Dios hizo al hombre, le adoptó por hijo,
Y en su afán le colmó de bendiciones.

Y en cuanto al hombre su Señor bendijo,
— Si ennobleces con esto tu existencia,
Serás mi ser más predilecto, — dijo.

Y en prueba de inmortal munificencia,
Echó á sus pies con paternal contento
La *fe,* el *amor,* la *gloria,* la *conciencia,*
El *honor,* la *virtud,* el *sentimiento.*

I

EL SENTIMIENTO

¿Qué dirás que hizo el hombre, aun inocente,
Al verse de virtudes opulento?
(No te rías, Emilia.) Lo siguiente:

Al *sentimiento* se acercó al momento,
Y echando al corazón en hora mala,
Se colocó en la *piel* el *sentimiento.*

La aprensión, vive Dios, no fué tan mala,
Porque en su alma el dolor jamás se ceba,
Pues siempre fácil por su piel resbala.

Así el dolor de la más triste nueva,
Si un aire se lo trae, cuando pasa,
Otro aire, cuando pasa, se lo lleva.

Y así el alma, en sentir, es tan escasa,
Cuando antes por la piel el *sentimiento*
Con ímpetus brutales no traspasa.

¡Ay! ¡Por eso se olvidan al momento
El muerto padre, que á llorar provoca,
La ausencia de un amigo, y de otros ciento!

Y así al alma en su fondo nunca toca,
La lumbre de unos ojos que se inflaman,
El regalado aliento de una boca.

Y por eso nunca oye á los que le aman,
Cuando, con voces de dolor gimiendo,
Del corazón contra las puertas llaman.

Y solamente con la *piel* sintiendo,
El hombre vil con corazón vacío
(De golpes y estocadas prescindiendo),
Sólo le afectan el calor y el frío.

¿Lo has oído, bien mío?
¡*Sólo le afectan el* CALOR *y el* FRÍO.

II

LA CONCIENCIA

El hombre, por su infamia ó su inocencia,
Se puso en el *estómago,* y no es broma,
La augusta cualidad de la *conciencia.*

Por su *conciencia* el hambre á veces toma,
Y por eso en el hombre nadie extraña
Que su deber olvide porque coma.

¡El alma enciende en implacable saña
Ver la *conciencia* á la opresión expuesta
De un atracón de trufas y Champaña!

¡En alta voz mi corazón protesta
Contra esta rectitud del hombre fiero,
Puesto que de él la rectitud es ésta!

¿Quién espera en la fe de un caballero,
Si otro contrario regaló su panza
(Hablo siempre en metáfora) primero?

¿Quién verá sin impulsos de venganza
Que un cuarterón de... (cualquier cosa) inclina
De la justicia la inmortal balanza?

¡Mísera humanidad, á quien domina
Ya de una poma la frugal presencia,
Ya el aspecto vulgar de una sardina!

Jamás un noble escucha con paciencia
Que llame á su despensa, algún ricacho,
General tentación de la conciencia.

¿Á qué alma sin doblez no causa empacho
Ver que el hombre, honrosísimas cuestiones
Las reduce á cuestiones de gazpacho?

Decid, ¡oh diplomáticos varones!
Los muchos tratos que hacen y deshacen
Pechugas de perdices y pichones.

El hambre ó el interés deshacen ó hacen
Cuanto ofrece aumentar nuestra opulencia,
Pues como dicen los que pobres nacen:
« El *hambre* es quien regula la *conciencia.* »

Añade á tu experiencia:
Que el hambre es quien regula la conciencia.

III

EL HONOR. — LA VIRTUD

VIRTUD y HONOR, Emilia, y no te asombre,
Puso el hombre en la *lengua,* y por lo mismo
De *honor* y de *virtud* tanto habla el hombre.

De su *virtud* y *honor* el heroísmo
Pondera altivo, hablando y más hablando,
Silogismo añadiendo á silogismo.

Siempre al hombre más vil verásle alzando
Un pedestal donde su honor se ostente,
Las frases con las frases combinando.

Rico ó pobre, el mortal eternamente
Llama á su honra *el amor de sus amores;*
¡Maldito charlatán, y cuánto miente!

Jamás á la *virtud* faltan loores
De las doncellas en la linda boca,
Cráter que el mayo coronó de flores.

Hay tanta lengua que el *honor* evoca,
Que, ya ofuscada mi razón, no explico
Si á risa, á llanto, ó á indignación provoca.

Perpetuamente en expresiones rico,
¡Qué hermoso fuera el hombre si tuviese
Las entrañas tan bellas como el pico!

En general, si hay uno que os confiese
Que es la virtud su solo patrimonio,
Bien podéis exclamar: « ¡Qué pobre es ése! »

Ó buscad de su *honor* un testimonio;
Veréis que por dos cuartos... (y son caras)
Su *honra* y su *virtud* se las vendió al demonio.

Pues como dijo el padre Notas-Claras
(Que era un fraile muy sabio, por más mengua):
— Salvo alguna excepción (que son muy raras),
No hay *honor* ni *virtud* más que en la lengua. —

¿Lo has entendido? ¡Oh mengua!
¡No hay honor ni virtud más que en la lengua!

IV

EL AMOR

¿Qué hizo el hombre, — dirás, Emilia bella,
— Con la llama de Amor? — ¡Ay!! el idiota
La torpe sangre se inflamó con ella.

Y así, de *amor* si el huracán azota,
Por sus entrañas circulando ardiente,
El torpe incendio á los sentidos brota.

Lleva el *amor* su antorcha diligente
Por aldeas, por villas y por plazas,
De nación en nación, de gente en gente.

Diablo es *amor* de angelicales trazas
Que, estirpes con estirpes confundiendo,
Las razas asimila con las razas.

Ora hacia el lecho conyugal corriendo,
De alta estirpe pervierte al tronco honrado
De un ruin árbol el germen ingiriendo.

Ora, en traje modesto disfrazado,
La inocencia sorprende en la cabaña,
De mirtos y de rosas coronado.

Ya con infame ardor montando en saña,
La augusta luz de la imperial diadema
Con niebla eterna el deshonor empaña;

Y en el furor de su ilusión extrema,
Con vil incesto ignominiosamente
El santo hogar donde nacimos quema.

Pasa, gozada una pasión ardiente,
¡Oh fútil brillo de la gloria humana!
Como todos los goces, de repente.

Y hasta los fuegos que tu pecho emana,
Mañana acabarán, Emilia mía;
¡Sí, Emilia mía; acabarán mañana!

El más seguro *amor* que el cielo envía,
Entre el montón de los recuerdos vaga,
Después que pasa un día y otro día.

¡Es triste que el *amor,* que tanto halaga,
Se extinga, no apagándolo, en pavesas,
Ó en cenizas se extinga, si se apaga!

Mas, pese á las promesas más expresas,
Muere el *amor* más tierno confundido
Entre cartas y dijes y promesas.

Y á llegar fácilmente reducido
Al término infalible de la muerte,
En ceniza ó en pavesas convertido,
Fuego es *amor* que en aire se convierte.

Advierte, Emilia, advierte:
¡Fuego es amor que en aire se convierte!

V

LA FE. — LA GLORIA

La bribonada, Emilia, ó la simpleza,
Cometió el hombre de poner FE y GLORIA
Donde está la locura, en la cabeza.

Por eso en nuestra mente transitoria
La *fe,* que muchos con placer veneran,
Es tan fútil cual rápida memoria.

Y aunque se indignen los que en ella esperan,
La *gloria* es sueño; ¡oh! sí, simple embeleso,
Sombra, ilusión, ó lo que ustedes quieran.

¡Á cuánto exceso arrastra, á cuánto exceso,
Ese tropel de imágenes que crea
La propiedad fosfórica del seso!

¡Por la *gloria* el mortal llegar desea
Á la inmortalidad! ¡Nombre rotundo!
¡Buen lugar para el tonto que lo crea!

Por la *fe,* en este piélago profundo,
Mil cosas aguardamos tras la losa;
¡Oh esperanza dulcísima del mundo!

Y sólo por la *gloria,* — AQUÍ REPOSA, —
Grabamos en sonoras expresiones,
— DON FULANO DE TAL, QUE FUÉ TAL COSA. —

Y por más que en tan vagas emociones
Su existencia malgasta con empeño
(Su destino es correr tras de ilusiones),
Gloria y *fe* para el hombre son un sueño.

No lo olvides, mi dueño:
¡Gloria y fe para el hombre son un sueño!

CONCLUSIÓN

Ya que mi atroz prolijidad lamentas,
Voy, Emilia, á decir, por consiguiente,
Lo que es el hombre en resumidas cuentas:

Ahoga el *interés* primeramente
Su *honor* y su *virtud,* su *fe* y su *gloria;*
Y con *frío* y *calor* tan sólo siente.

En fin, porque ya abrumo tu memoria,
De las virtudes lloraré la ausencia,
Pues mi pasión por ellas te es notoria.

¡Fe, sentimiento, amor, honra y conciencia,
Pues se os desprecia, abandonad el suelo,
Ensueños de mi cándida inocencia!

¡Tornad, fuentes del bien, tornad el vuelo,
Para castigo de la humana gente,
Á vuestra patria natural, el cielo!

¡Gloria y virtud! yo os juro tiernamente
Que, al alejaros, desgarráis atroces
El corazón donde os guardé inocente.

¡Huid á mi pesar, huid veloces,
Leves emblemas del orgullo humano,
Sonoros ecos de proscritas voces!

¡Adiós! Y, por dar fin, bésoos la mano,
Pues ya me llena de mortal despecho
La convicción de que predico en vano.

Que á ahogar el hombre sus virtudes hecho,
Sólo le han de afectar, á pesar mío
(Por Dios, que este final desgarra el pecho),
Calor, hambre, interés, amor ó frío...

Apréndelo, bien mío:
¡Calor, hambre, interés, amor ó frío!...

XXIX

¡AY DEL QUE NACE Ó MUERE!

—¡Adiós por siempre, hijo del alma mía! —
Un triste anciano al espirar clamaba;
Y el tierno infante que su sien besaba,
—¡Adiós por siempre! —el infeliz decía.
Vertió el viejo la lágrima postrera,
Y vertió la primera el niño en tanto;
Y confundidas última y primera,
Símbolo fueron de su igual quebranto.
¿Cuál lágrima, decid, en mal tan fuerte,
Del corazón brotó más dolorida?
¿La del que el mal primero halló en la vida,
Ó la de aquel que un bien halló en la muerte?...

XXX

HISTORIA DE UN AMOR

Pero, si alcanza lo que deseaba, siente luego pesadumbre por el remordimiento de la conciencia que siguió á su apetito...

(KEMPIS : Imitación de Cristo, libro I, cap. VI.)

I

DESEO

— Román, tu ciencia es incierta;
Me ha dicho quien bien lo sabe
Que es la pureza una llave
Que abre del cielo la puerta.

— Victoria, por Dios, ahora
De la juventud gocemos,
Porque, después que espiremos,
Lo que ha de pasar se ignora.

— No gozo por no penar.
— Pues es igual, á mi ver,
Gozar para padecer
Que padecer por gozar.

Si Dios nos cierra su gloria,
En el infierno, algún día,
Será inmortal, alma mía,
De este placer la memoria.

Porque un recuerdo tan fuerte,
De tan grande bienandanza,
Traspasa, cual la esperanza,
Los límites de la muerte.

Hoy mis deseos coronas
Del favor más soberano,
Con esta trémula mano
Que en tu embriaguez me abandonas.

Deja que en ansia tan loca
Una mi frente á tu frente,
Porque me ahoga el ambiente
Que no perfuma tu boca.

Pon en tu blando extravío,
Para calmar mis antojos,
Tus ojos junto á mis ojos,
Tu corazón junto al mío.

II

PLACER

Es imposible, Victoria,
Que haya un tormento
Que me haga olvidar la gloria
De este momento.
No; quien dicha tan cumplida
Á ver llegó,
Ni en la eternidad la olvida.
—¡Ay, no! ¡Ay, no!—

Mi ser de tu ser recibe
Mutuos placeres;
Y, pues uno en otro vive,
Nuestros dos seres,
En tan dulce parasismo,
¿No es cierto, di,
Que son partes de un ser mismo
—¡Ay, sí! ¡Ay, sí!—

Si cuestan horas serenas
Penas sin cuento,
Vale un infierno de penas
Este momento.
Di si en tu virtud pasada
Tu alma encontró

Satisfacción más colmada.
—*¡Ay, no! ¡Ay, no!*—

Modera tu ardor, querida,
Por un instante,
Que no hay deleite en la vida
Más adelante...
¡Victoria! —¡Román! —La muerte
Á mí —y á mí
—Hállenos ¡ay! de esta suerte.
—*¡Ay, sí! ¡Ay, sí!*—

III

HASTÍO

¡Pasó! La hiel de un repugnante hastío,
Ya en tu indolencia paladeando vas;
Jamás mi fe te pagará, bien mío,
Ese rubor que devorando estás.
—¿Jamás?
—*¡Jamás!*

¡Pasó! Yo he abierto el insondable abismo
Do tu inocencia sepultando irás:
El placer es verdugo de sí mismo;
Jamás el gusto sin dolor verás.
—¿Jamás?
—*¡Jamás!*

¡Pasó! Por culpa de un fugaz contento
Siendo ludibrio de ti misma estás:
Ya el puñal de un atroz remordimiento
¡Perdón! *jamás* lejos de ti verás.
—¿Jamás?
¡Jamás, paloma sin candor, *jamás!...*

XXXI

PORVENIR DE LAS ALMAS

Á R..., EN LA MUERTE DE SU HIJA.

Si de vuestra hija fué estrella
Dar tan niña el alma á Dios,
¡Ay, feliz mil veces vos!
¡Dichosa mil veces ella!
Pues ya huella
Las celestiales alturas,
No halle en vos nunca lugar
El pesar,
Porque para almas tan puras
Morir es resucitar.

¿Para qué lloráis perdida
Esa prenda de amor tierno,
Si por un lugar *eterno*
Dejó un lugar de *partida?*

Si es la vida
Caos de dudas y penas,
¿Quién la muerte, al que bien quiere,
No prefiere,
Si el que vive, vive apenas,
Y resucita el que muere?

Siempre, llena de consuelo,
Viendo á un ser puro sin vida,
La multitud, de fe henchida,
Prorrumpe: — ¡Ángeles al cielo! —
Ni ¿á qué duelo
Es mostrar, cuando la carga
De la existencia maldita
Dios nos quita,
Si tras de una vida amarga,
Muriendo se resucita?

No dé á vuestra alma afligida
La más leve pesadumbre
Esa negra incertidumbre
Del *más allá* de la vida.
Si es mentida
La fe de ulterior solaz,
Al menos, los que viviendo
Van gimiendo,
En otro mundo de paz
Resucitarán muriendo.

Ya habita, aunque el desconsuelo
Os haga implacable guerra,
Un *triste* menos la tierra,
Y un *dichoso* más el cielo.
De su vuelo
Iréis vos, muriendo, en pos,
Si á Dios dais en implorar
Sin cesar,
Pues para justos cual vos
Morir es resucitar.

XXXII

TODOS SON UNOS

I

Voy á contaros la historia
De una entrañable pasión,
Aunque se haga, á su memoria,
Pedazos mi corazón.

Que hay historias que, aunque pasan,
Por siempre, á nuestro despecho,
Los ojos en llanto arrasan,
Y ayes arrancan del pecho.

Pues siempre entre las pasiones
Hay una á cuyos reveses
Se agostan las ilusiones
Como al estío las mieses.

Cuento la historia querida
De esa pasión desgraciada
Que, aunque amarga nuestra vida,
Sin ella la vida es nada.

Pues tras de ese amor tan tierno,
Siempre queda en la memoria
Todo el dolor del infierno,
Todo el placer de la gloria.

No hay mortal afortunado,
Para quien la triste idea
De un buen querer mal pagado,
Eterno dogal no sea.

Si la mujer con rigores
Paga tan tiernos quereres;
Si es tan cruda en sus amores,
Hombres, *¡lo que son mujeres!*

II

Pues cuento de amor historias,
Copiaré letra por letra
El libro en que sus memorias
Grababa la hermosa Petra.

Después de amar con locura,
Tuvo de morir la suerte;
Que hay males que sólo cura
El bálsamo de la muerte.

Petra, cual dije al principio,
Su historia dejó al mundo hecha,
Y en ella hasta el menor ripio
Es para el alma una flecha.

Pues no hay sensible lectora
Que, al repasar sus anales,
Si á todo llorar no llora,
No exclame: — Aquí de mis males. —

Pues llega en ella á hacer ver,
De su ciencia en testimonio,
Que es un *ángel* la mujer,
Y que es el hombre un *demonio*.

Y después que al hombre injuria
Con frases por el estilo,
De este modo el *ángel-furia*
Coge de su historia el hilo:

— Que no hay fe en hombres contemplo
(Prosigue la hermosa Petra),
— Y son de esto buen ejemplo,
Pablo, Juan, Luis, Diego... — etcetra.

De esta manera injuriando
Sigue nombres tras de nombres,
Y al fin concluye exclamando:
Mujeres, *¡lo que son hombres!*

III

Si á los dos sexos igualo,
Es porque infiero con pena
Que, si es el hombre *algo malo,*
Es la mujer *no muy buena.*

Donde las toman, las dan,
Asienta un refrán de amor;
Y cual dice otro refrán,
Á un pícaro, otro mayor.

Á buena fe, *mala* fe;
Á un *adelante,* un *arredro;*
Quien más mira menos ve;
Tan bueno es Juan como Pedro.

Con cuyos versos, acaso
Probar á los hombres plugo
Que el que es *víctima* en un paso,
En otro paso es *verdugo.*

Por eso sé que, al que falso
Á una mujer asesina,
Le han de servir de cadalso
Las rejas de otra vecina.

Y la que dice — no quiero, —
Cuando *amor* la canto amante,
Sé que amará á otro coplero,
Aunque *epitafios* la cante.

Porque ésta es la ley más triste
Que impone amor justiciero :
« *Cuando quise, no quisiste,*
Y ahora que quieres, no quiero. »

Pues hombre y mujer son seres
Con fe igual y varios nombres,
Hombres, *¡lo que son mujeres!*
Mujeres, *¡lo que son hombres!...*

XXXIII

PROXIMIDAD DEL BIEN

En el tiempo en que el mundo informe estaba,
Creó el Señor, cuando por dicha extrema
El paraíso terrenal formaba,
Un fruto que del mal era el emblema,
Y otro fruto que el bien simbolizaba.

Del miserable Adán al mismo lado
El Señor colocó del bien el fruto;
Pero Adán nunca el bien halló, ofuscado,
Porque es del hombre mísero atributo
Huir del bien, del mal siempre arrastrado.

El fruto que del mal el símbolo era
Puso Dios escondido y muy lejano;
Pero Adán lo encontraba donde quiera,
Abandonando en su falaz quimera,
Por el lejano mal, el bien cercano.

¡Ah! siempre el hombre en su ilusión maldita
Su misma dicha en despreciar se empeña,
Y al seguirla tenaz, tenaz la evita,
Y aunque en su mismo corazón palpita,
¡Lejos, muy lejos, con afán la sueña!...

XXXIV

PLACERES TRISTES

Que te admire no es justo,
Si á bostezar empiezas,
La turba que á admirarte va al teatro.
¿Quién ha de ver con gusto,
Que pertinaz bostezas
Una vez, y otra vez, y tres y cuatro?
¡Ay, prenda que idolatro,
Ahora sé, á pesar mío,
Que es el placer la fuente del hastío!

Si el ver tantos galanes
Tu bostezo provoca,
¿Qué harás cuando estés sola, Rosalia?
No juzgué, voto á Sanes,
Tan inmensa esa boca
Que ha poco me llamaba: « vida mía. »
¡Cuánta razón tenía
Quien dijo sabiamente
Que son los goces del hastío fuente!

En tus ojos serenos
Hoy se ve una zozobra
Que ya la bilis de tu madre exalta.
¿Qué echas de más ó menos?
¿Es tu madre quien sobra?
¿Soy yo (¡quiéralo Dios!) lo que te falta?
¿Por qué el dolor te asalta?
¿Será cierto, bien mío,
Que es el placer la fuente del hastío?

Desde... (ya tú me entiendes),
Yo también, Rosalía,
Con honda pena ¡ay de mí triste! lidio.
¡Cómo en rubor te enciendes!
¡Llora, sí, vida mía,
Después de tanto amor, tanto fastidio!
Lloremos (pese á Ovidio),
Aunque mi amor lo siente,
¡Que son los goces del hastío fuente!

Si el placer que gozamos
Nuestras almas abisma
En un fiero dolor que nos devora,
Tras la virtud corramos,
Pues tan sólo á sí misma
Eternamente la virtud se adora.
¡Oh, mal haya la hora
En que aprendí, bien mío,
Que es el placer la fuente del hastío!

XXXV

LA DICHA ES LA MUERTE

¡Sarcasmo ruin de la suerte
Para el alma dolorida,
No ver hermosa la vida,
Sino al dintel de la muerte!

(E. FLORENTINO SANZ.)

I

— ¡Niño! á quien guarda el maternal cuidado,
Pues que mi pecho tras la dicha va,
Tal vez la dicha encontraré á tu lado.

LA MADRE

— ¡Llorando el niño entre mi seno está:
Id más allá!...

II

— ¡Hermosas! solo, en extranjera tierra,
Prestadle dicha á quien tras ella va,
Pues tantas dichas vuestro amor encierra.

LAS HERMOSAS

— ¡Triste del ser que idolatrando está:
Id más allá!

III

— ¡Magnates! hoy vuestra piedad imploro;
Loco mi pecho tras la dicha va;
Si el oro da la dicha, prestadme oro.

LOS MAGNATES

— ¡Ved que amagándoos el puñal está:
Id más allá!

IV

— ¡Ancianos! presa de infernal batalla
Mi pecho en pos de la ventura va,
¿Ni al borde mismo de la tumba se halla?

LOS ANCIANOS

— ¡Ni al borde mismo de la tumba está:
Id más allá!

FIN DE LA PRIMERA ÉPOCA.

SEGUNDA PARTE

XXXVI

LA OPINIÓN

Á MI QUERIDA PRIMA, JACINTA WHITE DE LLANO,
EN LA MUERTE DE SU HIJA.

¡Pobre Carolina mía!
¡Nunca la podré olvidar!
Ved lo que el mundo decía
Viendo el féretro pasar:

Un clérigo. — Empiece el canto.
El doctor. — ¡Cesó el sufrir!
El padre. — ¡Me ahoga el llanto!
La madre. — ¡Quiero morir!

Un muchacho. — ¡Qué adornada!
Un joven. — ¡Era muy bella!
Una moza. — ¡Desgraciada!
Una vieja. — ¡Feliz ella!

— ¡Duerme en paz! — dicen los buenos.
— ¡Adiós! — dicen los demás.
Un filósofo. — ¡Uno menos!
Un poeta. — ¡Un ángel más!

XXXVII

¡QUIÉN SUPIERA ESCRIBIR!

I

— Escribidme una carta, señor Cura.
— Ya sé para quién es.
— ¿Sabéis quién es, porque una noche oscura
Nos visteis juntos? — Pues.

— Perdonad; mas... — No extraño ese tropiezo.
La noche... la ocasión...
Dadme pluma y papel. Gracias. Empiezo :
Mi querido Ramón :

— ¿Querido?... Pero, en fin, ya lo habéis puesto...
— Si no queréis... — ¡Sí, sí!
— *¡Qué triste estoy!* ¿No es eso? — Por supuesto,
— *¡Qué triste estoy sin ti!*

Una congoja, al empezar me viene...
— ¿Cómo sabéis mi mal?...
— Para un viejo, una niña siempre tiene
El pecho de cristal.

¿Qué es sin ti el mundo? Un valle de amargura.
¿Y contigo? Un edén.
— Haced la letra clara, señor Cura;
Que lo entienda eso bien.

El beso aquel que de marchar á punto
Te dí... — ¿Cómo sabéis?...
— Cuando se va y se viene y se está junto,
Siempre... no os afrentéis.

Y si volver tu afecto no procura,
Tanto me harás sufrir...
— ¿Sufrir y nada más? No, señor Cura,
¡Que me voy á morir!

— ¿Morir? ¿Sabéis que es ofender al cielo...
— Pues, sí, señor, ¡morir!
— Yo no pongo *morir*. — ¡Qué hombre de hielo!
¡Quién supiera escribir!

II

¡ Señor Rector, señor Rector! en vano
Me queréis complacer,
Si no encarnan los signos de la mano
Todo el ser de mi ser.

Escribidle, por Dios, que el alma mía
Ya en mí no quiere estar;
Que la pena no me ahoga cada día.,.
Porque puedo llorar.

Que mis labios, las rosas de su aliento,
No se saben abrir;
Que olvidan de la risa el movimiento
Á fuerza de sentir.

Que mis ojos, que él tiene por tan bellos,
Cargados con mi afán,
Como no tienen quien se mire en ellos,
Cerrados siempre están.

Que es, de cuantos tormentos he sufrido,
La ausencia el más atroz;
Que es un perpetuo sueño de mi oído
El eco de su voz...

Que siendo por su causa, el alma mía
¡Goza tanto en sufrir!...
Dios mío, ¡cuántas cosas le diría
Si supiera escribir!...

III

EPÍLOGO

— Pues señor, ¡bravo amor! Copio y concluyo :
Á don Ramón... En fin,
Que es inútil saber para esto arguyo
Ni el griego ni el latín. —

XXXVIII

AMAR AL VUELO

Á LA NIÑA ASUNCIÓN DE ZARAGOZA Y DEL PINO.

I

Así niña encantadora,
Porque tus gracias no roben
Las huellas que el tiempo deja,
Juega como niña ahora,
Como niña cuando joven,
Como joven cuando vieja.
Por mis muchos desengaños,
Te ruego, Asunción querida,
Que ames mientras tengas vida
Como amas á los seis años.
Justamente, de ese modo;
Amando desamorada;
Así, no queriendo nada,

Esto es, queriéndolo todo;
Anhelante y sin anhelo,
Ya resuelta, ya indecisa,
Pasa de la risa al duelo,
Pasa del duelo á la risa;
Así, de prisa, de prisa;
Todo *al vuelo,* todo *al vuelo.*

II

Sé amorosa y nunca amante;
Lleva á la vejez tu infancia;
Sé constante en la inconstancia,
Ó en la inconstancia constante;
Que en amor creen los más duchos,
Contra los que son más locos,
Que en vez de los pocos muchos,
Valen más los muchos pocos;
Y cuando tu labio bese,
Que formule un beso insápido,
Inerte, estentóreo y rápido...
Pues, así, lo mismo que ese.
Nunca beses como loca,
Besa como una loquilla;
Jamás.... jamás en la boca,
Siempre, siempre en la mejilla;
Ten presente que la abeja,

Queriendo entrañar la herida,
La desventurada deja
Entre la muerte la vida.

III

¡Sí! si lo mismo que hoy eres
La hermosa entre las hermosas,
Ser, mientras vivas, quisieres
Dichosa entre las dichosas,
Tal ha de ser tu divisa:
Amar muy poco y de prisa,
Como hacen las mariposas;
Aunque no importa realmente
Que ames infinitamente,
Si amas infinitas cosas.

IV

Son tan cuerdos mis consejos,
Que me atreveré á jurarte
Por mis ojos que, aunque viejos,
Aun, Asunción, al mirarte,
Aspiran á ser espejos,
Que aplicando estos consejos
Á mi vejez, todavía

Pienso curar, hija mía,
De mi corazón las llagas;
Llagas ¡ay! que no tendría,
Si yo hubiera hecho algún día
Lo que te aconsejo que hagas.

V

Para ver si es verdadero
Lo que un apóstol revela,
— Que lo fijo es pasajero,
Que sólo es real lo que *vuela,* —
Tiende el rostro, hermosa niña,
Como ese cielo sereno,
Ya al cielo, ya á la campiña,
Y verás de una mirada
Que es lo más rico ó más bueno
Lo que vuela ó lo que nada,
Como la espuma en los mares,
En el cielo los fulgores,
El incienso en los altares,
En los árboles las flores,
Los celajes en el viento,
En el viento los sonidos,
La vida en nuestros sentidos,
Y en la vida el pensamiento.

VI

Sigue el plan á que te exhorto,
Amando *al vuelo;* hazte cargo
Que el viaje es largo, ¡muy largo!...
Y el tiempo corto, ¡muy corto!...
Sé ligera, no traidora;
Sopla el fuego que no abrasa;
Quiere, como el que no quiere;
Sea siempre como ahora,
Tu llanto, nube que pasa,
Tu risa, luz que no muere;
Ama mucho, mas de modo
Que estés siempre enamorada
De un cierto todo que es nada,
De un cierto nada que es todo.
Si ríes, olvida el duelo;
Si lloras, pasa á la risa;
Así.., de prisa, de prisa;
Todo *al vuelo,* todo *al vuelo.*

XXXIX

EL BESO

Mucho hace el que mucho ama.
(KEMPIS, lib. I, cap. XV.)

I

Me han contado que al morir
Un hombre de corazón,
Sintió, ó presumió sentir,
En Cádiz repercutir
Un beso dado en Cantón.
¿Que es imposible, Asunción?...
Veinte años hace que dí
El primer beso ¡ay de mí!
De mi primera pasión..,
¡Y todavía, Asunción,
Aquel frío que sentí
Hace arder mi corazón!

II

Desde la ciega atracción,
Beso que da el pedernal,
Subiendo hasta la oración,
Último beso mental,
Es el beso la expansión
De esa chispa celestial
Que inflamó la creación,
Y que en su curso inmortal
Va de crisol en crisol
Su intensa llama á verter
En la atmósfera del ser
Que de un beso encendió el sol.

III

De la cuna al ataúd
Va siendo el beso, á su vez,
Amor en la juventud,
Esperanza en la niñez,
En el adulto *virtud,*
Y *recuerdo* en la vejez.

IV

¿Vas comprendiendo, Asunción,
Que es el beso la expresión

De un idioma universal
Que, en inextinto raudal,
De una en otra encarnación
Y desde una en otra edad,
En la mejilla es *bondad,*
En los ojos *ilusión,*
En la frente *majestad,*
Y entre los labios *pasión?*

V

¿Nunca se despierta en ti
Un recuerdo, como en mí,
De un amante que se fué?...
Si me contestas que sí,
Eso es un beso, Asunción,
Que en alas de no sé qué,
Trae la imaginación.

VI

¡Gloria á esa oscura señal
Del hado en incubación,
Que es el germen inmortal
Del alma en fermentación,
Y á veces trasunto fiel
De todo un mundo moral;
Y si no, dígalo aquél

De entre el cual y bajo el cual
Nació el alma de Platón!

VII

¡Gloria á esa condensación
De toda la eternidad,
Con cuya tierna efusión
Á toda la humanidad
Da la paz, la religión;
Con la cual la caridad
Siembra en el mundo el perdón;
Himno á la perpetuidad,
Cuyo misterioso son,
Sin que lo oiga el corazón,
Suena en la posteridad!

VIII

¿Vas comprendiendo, Asunción?
Mas por si acaso no crees
Que el beso es el conductor
De ese fuego encantador
Con que este mundo que ves
Lo ha animado el Criador...
Prueba á besarme, y después
Un beso verás cómo es

Esa copa del amor
Llena del vital licor
Que en el humano festín,
De una en otra boca, al fin
Llega, de afán en afán,
Á tu boca de carmín
Desde los labios de Adán.

IX

Prueba en mí, por compasión,
Esa clara iniciación
De un oscuro porvenir;
Y entonces, bella Asunción,
Comprenderás si, al morir,
Un hombre de corazón
Habrá podido sentir
En Cádiz repercutir
Un beso dada en Cantón.

XL

LO QUE ES ETERNO

DEDICADA AL CONDE DE SAN LUIS CON MOTIVO DE LA FUNDACIÓN DEL TEATRO ESPAÑOL.

I

LA INTELIGENCIA

Pasan un siglo y cien, el tiempo pasa
Como Escita que mata á la carrera;
Verdugo y creador, en cuanto impera,
Lo humilde encumbra, y lo soberbio arrasa.

La vida el tiempo á cuanto existe tasa,
Mas, siempre inútil, su guadaña fiera
Sobre el grande Platón, era tras era,
Con excusado afán pasa y repasa.

Y es que la idea que en los cielos flota,
Fija cual Dios, como de Dios esencia,
Del tiempo móvil la guadaña embota.

Por eso, al declinar de la existencia,
De entre las ruinas de los mundos brota,
Crisálida inmortal, la inteligencia.

II

LA VIRTUD

Penélope es el tiempo, que hoy se afana
En destejer la vida ayer tejida;
No hay en el mundo edad que un sol no mida,
Ni hay un sol que resista á algún mañana.

Sólo del tiempo en la extensión lejana
Sobrenada de Sócrates la vida;
Que es bella espuma la virtud, salida
Del oceano de la vida humana.

Y es que de la virtud el santo anhelo
Burla del tiempo la eternal victoria,
Sobre cuanto hay mortal alzando el vuelo.

Por eso, como esencia de la gloria,
Va cual perfume embalsamando el cielo
Sagrada eflorescencia de la historia.

III

EL TEATRO

El tiempo, ese Saturno cuya saña
Se goza en devorar sus creaciones,
Jamás en sus sangrientas irrupciones
Tu templo arrasará, gloria de España.

No estirpará del tiempo la guadaña
Ese estadio de heroicas acciones;
No se extingue la voz de los Platones,
Ni el brillo de los Sócrates se empaña.

Cuando tu obra inmortal al mundo asombre,
Mostrando ejemplos de virtud y ciencia,
Glorioso entre ellos sonará tu nombre.

¡Ah! ¡dichoso el que adhiere su existencia
Á la virtud, perpetuo bien del hombre,
Y á la eterna verdad, la inteligencia!

XLI

FUENTE INAGOTABLE

Á MI AMIGO DON TEODORO GUERRERO

I

¡Amé una vez, y dos, inmensamente,
Y tres... y acaso más!
¡Del corazón la inextinguible fuente
No se agota jamás!

¡Magnífico está el baile! ¡Encantadora
Se halla prendida así!
Resumen de la vida en una hora
Es la existencia aquí.

¡Mirad qué hermosa está! ¡Si no la miro
Siquiera en ilusión,
Falta una cosa al aire que respiro!...
¡Otra vez, corazón!

II

Mientras bailamos ¡ay! el tiempo vuela...
Pero ¿qué hemos de hacer?
La vida humana al fin sólo es la tela
De que se hace el placer.

Allí va. ¡No, no va! ¡Mi pensamiento,
De su imagen en pos,
Aquí y allí, en la tierra y en el viento,
La crea, como Dios!

¡Maldito corazón, que nunca cesa
De mudar y querer;
La carne de mi espíritu es hoy esa,
Como otra ha sido ayer!

¡Ira del cielo! Como nunca tierna,
Baila con otro... ¡Oh Dios!
¡La breve vida á veces es eterna!
Ya va un instante... dos...

¡Ni una mirada de su amor merezco!
Van cuatro... seis... ¡Pardiez!
¡Cuando ella no me mira me aborrezco!
Van ocho... nueve... diez...

¡Y once van ya! ¿la eternidad entera
Tarda tanto en pasar?...
¡Oh, cuánto gemiría, si pudiera
Gemir sin respirar!

Vamos como ella, á enloquecer con esa,
Y con ésta también...
— ¡Divino! Concepción. — ¡Bravo! Teresa.
¿Que si vas bien? ¡Muy bien!

No quisiera más días de contento,
Mercedes, por quien soy,
Que de besos te dan de pensamiento,
Cuantos te miran hoy. —

¡Huyamos de ella, huyamos, alma mía!
¿Cómo huir? ¡maldición!
Si exceptuando su amor, todo me hastía?
¡Otra vez, corazón!

III

¡En baile! ¡Vedla como siempre hermosa!
— ¿Que estoy muy triste, Inés?
Tú no entiendes mi pena, eres dichosa.
¿Que es porque no amo? ¡Pues!

Te se ha subido, Inés, con el contento
Al rostro el corazón;
Y eso no es, vive Dios, el sentimiento:
Eso es la sensación.

¡En baile! ¡En baile! — Tu semblante augura
Castidad y salud;
Bien dicen, Asunción, que la hermosura
Es casi una virtud.

¿Quién hoy, responde, tus encantos labra?
¿Dices que es la pasión
Ventura que deshace una palabra?
(¡Cruel! ¡Tiene razón!)

IV

(¡Allí pasa otra vez! Mas no; es mi anhelo
Que se lo forja así...)
— ¿Que en qué pienso, Leonor, mirando al cielo?
¿Qué he de pensar? En ti.

¿Quién besará, mi bien, labios tan bellos?...
Mas perdona, Leonor;
Quise decir: poner el alma en ellos...
¡Bendigo tu pudor!

Cuando te vi, cruzó por mi cabeza
Un pecado venial...
¿Si habrán dicho por ti que es la belleza
Demonio temporal?

Tu pupila, esa entrada de los cielos,
Me llena de embriaguez;
No eres mía, Leonor, y tengo celos.
¿Que es envidia? Tal vez.

— ¡Bella música, á fe! ¡Cuál corresponde
Su acento á mi pasión!...
Esto lo oí con ella no sé dónde...
¡Siempre *ella,* corazón!

¡Qué sufrir! — Luz, no sufras; es el modo
De que sufran por ti;
Una mujer que me lo cuenta todo,
Me lo ha contado así... —

Pasó el baile y la noche. ¡Con el día
Ya vendrá otra embriaguez!...
¿Dónde la muerte está de esta agonía?...
¡Otra vez, corazón! ¡ay! *¡Otra vez!*

XLII

¡MÁS!... ¡MÁS!...

¿Piensas satisfacer tu apetito?
Pues no lo alcanzarás.
(KEMPIS, lib. I, cap. XX.)

I

Brindemos por Salomón,
Que con tan cuerdo saber
Nos pinta la condición
Del alma de la mujer.
Ved, por ejemplo, á Leonor,
Que ya del Rhin á merced,
Ve girar en derredor
Los frescos de la pared,
Y cansada de gozar,
Aunque no harta de sentir,
Llena de pasión quizás,
Y sin quizás, de elixir,

Sentiéndose derrumbar
Á una postrer libación,
¡Oh insaciable corazón!
Aun dice en sueños: ¡Más!... ¡Más!...

II

¡Más! ¡Más! suprema explosión
Del pensar y del sentir,
Misteriosa evocación
De un oscuro porvenir,
Prolífica emanación
Que entre gozar y sufrir,
En eléctrica ascensión
Corre en eterna espiral
De eslabón en eslabón
Una cadena inmortal.
¡Más! divina aspiración
Á otra trasfiguración,
Como así nos lo hacen ver,
En perpetua evolución,
Las gramas con germinar,
Las flores con florecer,
Los frutos con madurar,
Los árboles con crecer;
Y en su anhelo de llegar
Á más alto porvenir,

Cuanto siente, con sentir,
Llega como el hombre á amar;
Y el hombre, supremo ser,
De todo infinito en pos,
Con pensar y con querer
Sube á arcángel, y además
Llega hasta embeberse en Dios.
¡Más! alma mía. ¡Más!... ¡Más!...

III

¡Rhin! El *más,* en conclusión,
Es el anhelo eternal
De toda la creación,
Siendo en fuerza desigual.
En la materia, atracción,
Tendencia en el vegetal,
En lo vital, sensación,
Pensamiento en lo humanal :
Más, como alma, es religión;
Como espacio, inmensidad;
Como cuerpo, corazón;
Como tiempo, eternidad;
Y entre amar y florecer,
Entre pensar y sentir
Á un fin aspira mejor,
Cuanto fué, y es, y ha de ser,

Ya fruto, ya árbol, ya flor.
¡Elixir! ¡*Más* elixir!
¡Brindis!... al *más* de Leonor.

IV

¡*Más* de todo! ¡Venga Rhin!
¡*Más* aire! Abrid el balcón,
Y veremos la extensión
De esa Australia celestial,
Cuyas islas de coral
Las piedras miliarias son,
Con que el principio sin fin
Marca la imaginación
De ese insondable caudal,
De esa eterna sucesión,
Que no tienen fin jamás,
Tiempo y espacio, expresión
Del *más,* del último *más!*...

V

¡Rhin! ¿*Más* en el tiempo qué es?
Contad un día y un mes,
Luego un siglo, después mil;
Siglos de siglos después

Con la cabeza febril
Por siglos multiplicad;
Y después que acumuléis
Á toda una eternidad,
Si no amengua vuestro ardor
Jamás, jamás y jamás,
Aun acumular podéis
Cien eternidades más,
Del postrer jamás al fin...
¡Siempre *más!* ¡Gloria á Leonor,
Rhin, Ganimedes, *más* Rhin!...

VI

¡Rhin, Rhin! como en la evasión
Del tiempo que se nos va,
También se halla en la extensión
Ese eterno más allá.
Sumad un mundo, dos, tres,
Y cuatro, y mil, y un millón
Y mil millones después,
Y hallaréis, en conclusión,
De vuestras sumas al fin,
Del postrer mundo al través,
Siempre otro mundo detrás...
¡Rhin, Ganimedes, *más* Rhin!...
¡Más!... ¡mucho *más!!*...¡mucho *más!!!*...

XLIII

COSAS DEL TIEMPO

Pasan veinte años; vuelve él,
Y al verse, exclaman él y ella:
(—¡Santo Dios! ¿y éste es aquél?...)
(—¡Dios mío! ¿y ésta es aquélla?...)

XLIV

ENGAÑOS DEL ENGAÑO

—¡Cuánto creía en ti, cuánto creía!
—Te juro que, aunque infiel, soy inocente.
—¿No pensabas amarme eternamente?
—Yo lo pensaba así, querida mía.

De mi error en disculpa, este letrero
Sobre mi tumba dejaré grabado:
«Perdónale al infiel que te ha engañado,
Porque á sí mismo se engañó primero.»—

XLV

TODO ESTA EN EL CORAZÓN

La reina que enloquecía
Por don Felipe el Hermoso,
La tumba al ver de su esposo,
—¡Todo está allí!! — se decía.
Sus restos exhumó un día,
Mas nada allí vió; y así,
En vez del — todo está allí, —
Desde tan triste ocasión,
Señalando al corazón,
Decía: — ¡Todo está aquí! —

XLVI

¿QUÉ ES AMOR?

Cual es cada uno en lo interior,
tal juzga lo de fuera.
(KEMPIS, lib. XI, cap. IV.)

Dudando, Enriqueta, tu pura inocencia,
Si amor, que aun no sientes, es dicha ó dolor,
Pretendes que diga mi amarga experiencia,
¡Feliz, pues lo ignoras! ¿qué cosa es amor?

¡Alzad de las tumbas, y al par de la brisa
Cruzad, bellas sombras, dejando el no ser!
La Estuardo, Francisca, Lucrecia, Eloísa,
¡Dementes sublimes! decid ¿qué es querer?

—Querer, un misterio,—comienza la Estuardo,—
Que á dos funde en uno, partiendo uno en dos.
¿Qué son tus amores, amor de Abelardo?
Infierno de dichas y cielo sin Dios.

No amar siendo amada,—prosigue,—*no es vida;*
No ser nunca amante ni amada, es *no ser;*
Querer, el *infierno,* no siendo querida;
Mas, siendo querida, la *gloria* es querer.—

¡Perdona, oh perpetuo pudor de la historia,
Perdona á mi musa, si evoca en tropel
Los nombres que fueron escándalo ó gloria:
Cleopatra, la Cava, Teresa, Raquel!

Dejad los sepulcros, falange divina,
Tomando á mi acento las formas de ser:
Elena, Artemisa, Judith, Mesalina,
¡Honor ó vergüenza! decid ¿qué es querer?

Decidme si es fiebre que el alma envenena,
O sólo un deleite que se une al pudor:
Semíramis, Safo, Ninón, Magdalena,
¡Falsarias eternas! ¿qué cosa es amor!

Teresa la santa, más bien la divina,
—Amor—dice—junta ternura y deber.
—Amar es—replica la vil Mesalina—
Hallar el descanso, cansando el placer.

—Amor pierde—dicen la Cava y Elena—
La fe y patria siempre, los goces jamás.
—Es—dice gimiendo de amor Magdalena—
Gozar mucho, y luego llorar mucho más.—

Y Safo, con fiebre de amor que no espera,
—Morir por quien se ama—prorrumpe—es querer.
—Es cierto,—responde Lucrecia altanera:—
Morir por quien se ama, si se ama el deber.

—Vivir en la mente—prosigue Artemisa—
De aquel que amó mucho, y amó porque sí.
—Vivir siempre en otro,—murmura Eloísa.
Semíramis dice:—Vivir otro en mí.

—¡Hablar con el aire!—de amor satisfecha,
¡Mal haya su boca! prorrumpe Ninón:—
Amores sin crimen, son sueños sin fecha;
Pasión que no afrenta, no es digna pasión.—

¡En fin! ¿halla el que ama la gloria ó el infierno?
¡Aquí las perjuras! ¡Las fieles aquí!
Decidme, en resumen, lo que es ese eterno
Deseo que miente, mintiéndose á sí.

—¡Morir!—dice Safo. Francisca—¡el incesto!—
Teresa,—aquel místico amor del amor!—
Judith y Lucrecia,—¡gozar con lo honesto!—
Cleopatra,—¡la orgía!—Raquel,—¡el pudor!—

¡Silencio! así al mundo volvieron demente;
Aun dudan hoy locas, más locas que ayer,
Si amor da delicias, ó si es solamente
Perder la ventura buscando el placer.

¡Huid! falsas dueñas de todos los dueños
Que el mundo anegaron en llanto por vos,
Que hacéis de la vida ya un sueño de sueños,
Que hacéis de la carne ya un monstruo, ya un dios.

¿Amor en vosotras es todo ó no es nada,
Verdad ó mentira, virtud ó placer?
¡Odiosa falange del mundo adorada,
Pues sois siempre un caos, ¡tornad al no ser!

¡Maldito aquelarre de diosas, que ignora
Si amor cura ó mata, si afrenta ó da honor!
— Ya oíste, Enriqueta; si sabes, ahora
Responde tú misma: ¿qué cosa es amor? —

XLVII

LAS DOS GRANDEZAS

Uno altivo, otro sin ley,
Así dos hablando están:
— Yo soy Alejandro el rey.
— Y yo Diógenes el can.

— Vengo á hacerte más honrada
Tu vida de caracol.
¿Qué quieres de mí? — Yo, nada;
Que no me quites el sol.

— Mi poder... — Es asombroso,
Pero á mí nada me asombra.
— Yo puedo hacerte dichoso.
— Lo sé, no haciéndome sombra.

— Tendrás riquezas sin tasa,
Un palacio y un dosel.

—¿Y para qué quiero casa
Más grande que este tonel?

—Mantos reales gastarás
De oro y seda. — ¡Nada, nada!
¿No ves que me abriga más
Esta capa remendada?

—Ricos manjares devoro.
—Yo con pan duro me allano.
—Bebo el Chipre en copas de oro.
—Yo bebo el agua en la mano.

—Mandaré cuanto tú mandes.
—¡Vanidad de cosas vanas!
¿Y á unas miserias tan grandes
Las llamáis dichas humanas?

—Mi poder á cuantos gimen,
Va con gloria á socorrer.
—¡La gloria! capa del crimen;
Crimen sin capa ¡el poder!

—Toda la tierra iracundo
Tengo postrada ante mí.
—¿Y eres el dueño del mundo,
No siendo dueño de ti?

—Yo sé que, del orbe dueño,
Seré del mundo el dichoso.
—Yo sé que tu último sueño
Será tu primer reposo.

—Yo impongo á mi arbitrio leyes.
—¿Tanto de injusto blasonas?
—Llevo vencidos cien reyes.
—¡Buen bandido de coronas!

—Vivir podré aborrecido,
Mas no moriré olvidado.
—Viviré desconocido,
Mas nunca moriré odiado.

—¡Adiós! pues romper no puedo
De tu cinismo el crisol.
—¡Adiós! ¡Cuán dichoso quedo,
Pues no me quitas el sol! —

Y al partir, con mutuo agravio,
Uno altivo, otro implacable,
—¡Miserable! dice el sabio;
Y el Rey dice: —¡Miserable!

XLVIII

ACHAQUES DE LA VEJEZ

No confíes, ni estribes sobre la caña hueca, porque toda carne es heno y toda su gloria caerá como su flor.

(KEMPIS, lib. XI, cap. VII.)

I

Si no me ataran los pies
La gota, y la que no lo es,
Contigo iría hasta el fin
De ese encantado jardín.
¡Rompamos la marcha, pues!
Ea, á la una, á las dos,
Á las... ¡por vida de Dios!
Tenme, no me caiga, Inés.

II

¡Ah! ¡cómo enciende de amor
De tus ojos el color;
El mismo con que Rafael
Nos pinta la caridad!
Á su dulce claridad,
Cien vueltas á este verjel
Diera de buen grado, Inés;
Mas ¿qué importa ¡maldición!
Que me arrastre el corazón,
Si me flaquean los pies?

III

¡Bien! De nuevo tu beldad
Nueva extensión da á mi ser,
Y de mi primera edad
Ya casi siento el placer;
Inés, ¡qué felicidad
Si ahora á mi voluntad
Igualase mi poder!
Ya dí un paso. ¡Vuelve á mí,
Fuego de mi corazón,
De ese éter universal
Donde en deliquio inmortal
De expansión en expansión

Toda la vida vertí!
Otro paso. ¡Bien! ¡Muy bien!
Como el de Venus, también,
Inés, tu talle español
Arrastra á cuantos lo ven,
Subiendo de sol en sol
Derechos hasta el Edén.
¿Ves? Ya me siento ascender;
Demos la vuelta hasta el fin
De este encantado jardín;
¿Á ver como marcho, á ver?
¿Dices que tiemblo? ¡No... no...
Es que la tierra, cual yo,
Vibra también de placer!
¿Oyes? ¡Cuán bien con su amor
Celebra ese ruiseñor
Nuestro epitalamio actual!...
Pero, por vida de tal,
Que á los tres pasos, Inés,
Del exceso del sentir
Se me van algo los pies...
Y además, al percibir
Cómo me hiela el sudor,
Ya comienzo á presentir
Que ese inocente cantor
Á la entrada del Edén,
En vez de este mutuo amor,
Acaso ¡fatalidad!

Está cantando más bien
Mi unión con la eternidad!

IV

¡Ay, Inés! ¡no puedo más!
Pongamos al viaje fin.
Aquí estoy bien, y además
Siempre está donde tú estás
El oasis del jardín.
¡Gracias, mi esposa! ¡Tú aun crees
Que este corazón senil
No es un árbol sin calor,
Cuando con tan tierno amor
Mi mano coges, Inés,
Con el mismo aire gentil
Con que se coge una flor!
¡Ay! ignora tu bondad,
Como ignoró mi ilusión,
Que es inútil la beldad
Cuando ya en el corazón
Queda sólo la razón,
Flor de la esterilidad!
Sentémonos, pues, aquí,
Á las puertas del Edén;
Y mientras maldigo así
Este cuerpo baladí,
Perdona el error de quien

Se está muriendo por ti.
Muriéndome, Inés, ¡sí! ¡sí!
Por eso creyendo voy
Que evaporado ya soy
Errante espectro de mí.

V

Mas si no alcanzo al honor
De dar dos vueltas ó tres,
No es por falta de valor,
Como tú sabes, Inés;
Tan solamente ¡oh dolor!
Por estos malditos pies,
No puedo entrar, como ves,
En el templo del amor.
Y ya que has llegado á ver
Que para poder entrar
Sólo me falta tener
Los pies que me han de llevar,
Te prometo, hermosa Inés,
Que en cuanto yo tenga pies,
En ti, por ti y para ti
Iré hasta el templo que ves,
Y alguna vez más allá...
¿Dices que ahora? ¡Ay de mí!
La voluntad está aquí;
Mas ¿y los pies? ¡Ahí está!!...

XLIX

SUFRIR ES VIVIR

Á MI QUERIDO AMIGO DON EDUARDO BUSTILLO

Maldiciendo mi dolor,
Á Dios clamé de esta suerte:
—Haced que el tiempo, Señor,
Venga á arrancarme este amor
Que me está dando la muerte.—

Mis súplicas escuchando,
Su interminable camino
De orden de Dios acortando,
Corriendo, ó más bien, volando,
Como siempre el tiempo vino.

Y—voy tu mal á curar—
Dijo; y cuando el bien que adoro

Me fué del pecho á arrancar,
Me entró un afán de llorar
Que aun, de recordarlo, lloro.

Temiendo por mi pasión
Penas sufrí tan extrañas,
Que aprendió mi corazón
Que una misma cosa son
Mis penas y mis entrañas.

Y feliz con mi dolor,
Gritó mi alma arrepentida:
—Decid al tiempo, Señor,
Que no me arranque este amor,
Que es arrancarme la vida.—

L

LOS DOS ESPEJOS

En el cristal de un espejo
Á los cuarenta me vi,
Y hallándome feo y viejo,
De rabia el cristal rompí.

Del alma en la trasparencia
Mi rostro entonces miré,
Y tal me vi en la conciencia,
Que el corazón me rasgué.

Y es que, en perdiendo el mortal
La fe, juventud y amor,
¡Se mira al espejo, y... mal!
¡Se ve en el alma, y... peor!

LI

LA FE Y LA RAZÓN

Á DON NICOMEDES MARTÍN MATEOS

I

La reina de Suecia un día,
Recibiendo gravemente
Lección de filosofía,
Á Descartes le decía
Con gravedad lo siguiente:

—Lleváis, maestro, al exceso
De mi ignorancia la fe:
PIENSO, luego SOY; no es eso:
Pienso, luego *sé que sé.*

Ya veis que empiezo á dudar,
Como vos, para creer.
Pero antes de comenzar,

Decidme : ¿es ser el pensar?
¿Acaso el ser es saber?

No os alteréis; con paciencia
Probaré que vuestra ciencia
Puede resumirse así :
Yo *soy* lo que *es*. Consecuencia :
No hay verdad en la experiencia,
Ni dicha fuera de mí,
Pues que saca la conciencia
Fe, dicha y verdad, de sí.

¿Mi deducción no es probada?
Sin duda, pues la acomodo
Á vuestra tesis sentada :
Yo soy sólo el ser; de modo
Que si es mi conciencia todo,
Todo lo demás es nada.

¡Oh maldito escepticismo!
¿No estáis viendo, hombre inhumano,
Que con atroz ateísmo
Lanza vuestra impía mano
Á Dios y al mundo á un abismo,
Siendo el pensamiento humano
De sus juicios soberano,
Y único juez de sí mismo?

¡Horrible es la ciencia, sí,
Que hasta de la fe el consuelo
Mata, pues juzgando así,
Si existe Dios en el cielo,
Sólo es porque existe en mí!

¡Maestro! vuestra opinión
Que es ilusión confesad,
Y si no es una ilusión,
Mi mente es la autoridad;
La dicha es mi corazón;
Soy lo que *es*; y en conclusión,
Mi verdad es la verdad,
Mi razón es la razón. —

II

Descartes, después de oir
Á su alumna en aquel día,
De tristeza que tenía
Se puso el pobre á morir,
Y así muriendo decía:

— ¡Ay! ¿qué puedo conocer,
Gran Dios, si ignoro yo mismo
Si es igual pensar y ser?
¿Cómo salvaré el abismo

Que hay entre el ser y el saber?
¿Dónde estás, razón que adoro?
¡Valedme, adorada fe!
¿Cuál es la verdad que exploro?
Ya *sé* que *soy* : bien, ¿y qué?
¡Nada! Excepto el *sé que sé*,
Todo lo demás lo ignoro.

¡Noble razón! ¡santa fe!
¿Eternamente estaré
Entre una y otra en suspenso?
No hay duda : pienso que pienso,
Mas lo que pienso no sé.

¿Será verdad que mi ciencia
Va del ateísmo en pos,
Y que, sin fe ni experiencia,
No existe más ley de Dios
Que la ley de la conciencia?

¡Grande es mi error, pese á tal!
Soy porque pienso; ¿y después?
Después ya no hay bien ni mal,
Pues cada hombre entonces es
Centro del mundo moral.

¿Y cómo ha de hallar el alma
En este mundo quietud,

Sin virtud que dé la calma,
Sin fe que dé la virtud?
¡Sacadme, Dios de bondad,
De esta eterna confusión!
¿Mi verdad es la verdad?
¿Mi razón es la razón? —

III

Cuando Descartes murió
Cristina del *sé que sé*
Las consecuencias sacó,
Y á Monaldeschi mató;
Dió á su trono un puntapié;
Su religión abjuró;
Y al fin refugio buscó
En la católica fe.
Tal fué su historia. De suerte
Que, de cuanto hay aburrida,
Yendo hacia la eterna vida
Que no muere con la muerte,
El célebre *sé que sé*
Dió al olvido, y de este modo
Halló la ciencia en la fe,
Última verdad de todo.

Y próxima ya á llegar
Á aquel último momento

En que engañar el pesar
Es nuestro solo contento,
Decía con humildad,
Pidiendo al cielo perdón:

— Recibe, Dios de bondad,
Mi postrera confesión;
Es la fe mi autoridad,
Es el mal mi corazón:
¡No es mi verdad la verdad!
¡No es mi razón la razón!

LII

LAS CREENCIAS

Deja todas las cosas transitorias, busca las eternas. ¿Qué es todo lo temporal sino engañoso?

(KEMPIS, lib. III, cap. I.)

I

Queriendo un rey discutir
Las creencias, llama gente
De Ocaso, Sur, Norte, Oriente,
Tanto que puedo decir
Que está allí el mundo presente.

II

BELLEZA

El Rey su noble cabeza
Cortés inclina hacia el suelo,

Abre la sesión, y empieza :
— Se discute la *Belleza,*
Raro presente del cielo.

— Es lo negro la hermosura, —
Dice uno de negra tez.
Otro blanco : — Es la blancura.
— Lo azul, — un indio murmura;
Y un chino : — la amarillez.

— Sí tal, clama uno. — No tal, —
Gritan otros replicando.
Dice un griego : — Es lo ideal. —
Un francés : — La gracia andando. —
Un inglés : — Lo original. —

Queda el Rey meditabundo,
Siguen los demás sus huellas,
Y piensa : — En creer me fundo
Que si hay en él cosas bellas,
No hay tipo bello en el mundo. —

Pausa. Á tan locos extremos
Calla el concurso. Y después
Dice un sabio : — Según vemos,
La belleza no es lo que es,
Sino que es lo que queremos, —

Fijada así la cuestión,
Pregunta otro sabio : — ¿Qué es

La belleza, en conclusión,
Si lo feo en un lapón
Es lo bello de un inglés? —

Nadie á esto respuesta da.
El gran Rey calla y suspira,
Y dice : — Acabemos ya;
La belleza sólo está
En los ojos de quien mira. —

III

GLORIA

Nueva expectación. Después
Prosigue el Rey : — Discutamos
Si nuestra *Gloria* sólo es
El Gólgotha, en que dejamos
Los primeros treinta y tres.

— De Bruto es la indignación,
— Es de César la grandeza.
— La vanidad en acción.
— Toda la humana simpleza,
Fundida en una ilusión.

— Placer de lo extraordinario.
— Humo que despide luz.
— Luz que despide un osario.

— Dicha de llevar la cruz
Á la cumbre de un calvario.

— ¡Gloria! grandeza pequeña.
— Dolor que canta una trompa.
— Verdad de todo el que sueña.
— Bazar en que el hombre enseña
De su miseria la pompa.

— Espacio que un aire llena.
— Abrir tumbas con la espada.
— Morir viviendo en escena.
— Es un néctar qne envenena,
— Es darlo todo por nada. —

No viendo sino locura
En duda tan espantosa,
Con la más honda amargura,
— ¡La gloria! — el gran Rey murmura, —
¡Poca cosa, poca cosa! —

IV

JUSTICIA

— ¿Qué es justicia, y dónde se halla? —
Dice el Rey. Á nombre tal,
Se alzan grandes y canalla,

Gritando unos : — ¡La metralla! —
Diciendo otros : — ¡El puñal!

— La justicia es el humor.
— Lo justo es la autoridad. —
Los grandes : — Es la bondad. —
Los reyes : — Es el rigor. —
El pueblo : — Es la libertad.

— Es — dicen los escogidos —
Que al bueno el que es malo tema. —
Y exclaman los oprimidos :
— La justicia es este lema :
¡DESDICHADOS LOS VENCIDOS!

Á tan discorde rumor
Dice alto el Rey : — ¡Basta ya! —
Y en voz baja : — Pues, señor,
Todo espectáculo está
Dentro del espectador. —

V

VIRTUD

Sigue el Rey con emoción,
Pero con noble actitud :
— ¿La virtud es ilusión?

¿Es prueba una buena acción
De que hay tipo de *virtud?* —

Y un sabio: — Hay virtud cumplida, —
Responde — si hay quien se atreva
Á obrar siempre como deba;
Mas ¿puede haber en la vida
Juicio que esté á toda prueba? —

De este sabio á la opinión
Se adhiere otro sabio más:
— ¿Qué es virtud, en conclusión,
Si hay puntos donde jamás
Resiste nuestra razón?

— La virtud — dice un pagano —
Es el placer que va unido
Al bello ideal humano.
— La virtud — dice un cristiano —
Es el deseo vencido. —

Y exclama la juventud:
— La virtud no es la fortuna. —
Á lo cual la multitud
Dice: — Mas, sin duda alguna,
La fortuna es la virtud. —

Y un hombre que irracional
Toma por ciencia el desdén,

Dice : — Regla general :
Dudad cuando os hablen bien;
Creed cuando os hablen mal.

— Es tristeza. — Es el contento.
— Es sufrir. — Es la salud. —
Y un epicúreo opulento
Prorrumpe : — ¡Virtud! ¡virtud!
Cuestión de temperamento. —

Á este axioma el Rey. — No hay tal, —
Á replicar se apresura;
— La virtud es inmortal;
Si el mundo es un cenagal,
Buscadla siempre en la altura. —

VI

RELIGIÓN

Una tras otra ilusión
Mirando desvanecidas,
— Veamos la *Religión,* —
Dijo el gran Rey, ya caídas
Las alas del corazón.

Uno : — Es fe. — Y otro : — Es conciencia.
— Es lo eterno. — Es el no ser.
— Es fuerza. — Es benevolencia.

— Es de Confucio la ciencia.
— Es de Mahoma el placer.

— ¡Silencio! — el gran Rey profiere,
La religión viendo hollada; —
Creer sólo en lo que agrada,
Es todo lo que se quiere,
Y lo que es todo no es nada.

¡Inútilmente traidora,
Dardos la impiedad te lanza,
Religión, que el mundo adora,
Fuente de nuestra esperanza,
De esta virtud que no llora!

¡Nunca el alma racional
Podrá creer que eres un sueño,
Bálsamo de todo mal,
Luz á través de la cual
Todo en el mundo es pequeño! —

VII

Calló, y á una cortesía
Que hizo al pueblo el Rey de pie,
Todo el concurso aquel día,
Creyendo lo que creía,
Por donde vino se fué.

LIII

AMOR Y GLORIA

¡Sobre arena y sobre viento
Lo ha fundado el cielo todo!
Lo mismo el mundo del lodo,
Que el mundo del sentimiento.
De amor y gloria el cimiento
Sólo aire y arena son.
¡Torres con que la ilusión
Mundo y corazones llena,
Las del mundo sois arena,
Y aire las del corazón!

LIV

NUNCA OLVIDA QUIEN BIEN AMA

Ya que este mundo abandono,
Antes de dar cuenta á Dios,
Aquí para entre los dos,
Mi confesión te diré:
—Con toda el alma perdono
Hasta á los que siempre he odiado;
¡Á ti, que tanto te he amado,
Nunca te perdonaré!

LV

TODO ES UNO Y LO MISMO

(Axioma de Schelling.)

Á MI AMIGO EL MARQUÈS DE MOLÍNS

PRIMERA PARTE

Á LO IDEAL POR LO REAL

I

Juan amaba tanto á Luisa,
Como á Luis quería Juana;
Y aunque me exponga á la risa
De la multitud liviana,
Diré que su simpatía
Rayaba en tales extremos,
Cual la que tener podemos,

Tú á tu esposa, y yo á la mía.
Sí, Marqués, no os cause espanto
El que ponga frente á frente
Su encanto con nuestro encanto;
Pues podéis creer firmemente
Que, aunque no se amasen tanto,
Se amaban inmensamente.

II

Mas la muerte, esa tirana
Que siempre el mal improvisa,
Llevándose á Juan y á Juana,
Solos dejó á Luis y á Luisa.

III

Llorando la mala suerte
De los dos que se murieron,
Los vivos casi estuvieron
Á las puertas de la muerte.
¡Siempre á nuestra vida humana
Es otra vida precisa!
Así Luis quedó sin Juana,
Como al perder á Juan Luisa,
Sin que nadie amenguar pueda
Las lágrimas ¡ay! que llora,

Como se queda el que queda,
Cuando al que se va se adora.

IV

Desde entonces, poco á poco,
Tan loca ella como él loco,
Por cuantos sitios frecuentan,
Marchan con pasos inciertos,
¡Tan tristes! ¡tan pensativos!...
Que parece que alimentan
Las almas de los dos muertos
Los cuerpos de los dos vivos.
Y al verlos tan sólo atentos
Á su ventura ilusoria,
Sombras de dos pensamientos
Que alumbran desde la gloria,
Llama la gente liviana,
Sirviendo al vulgo de risa,
— La *loca* por Juan — á Luisa,
Y á Luis — el *loco* por Juana. —

V

¡Luisa feliz, que en un duelo
Toda su delicia encierra,
Cual ángel que por la tierra

Cruza de paso hacia el cielo!
Sueña, sueña, ángel hermoso,
En tu dicha malograda;
Porque la dicha soñada
¡Es un sueño tan dichoso!...
¡Dichoso Luis! Sus tormentos,
En su ensueño delicioso,
Trueca en bellas ilusiones;
Lo que es horrible, en hermoso;
La realidad, en visiones;
Días de angustia, en momentos...
¡Una y mil veces dichoso
Aquel que sus sensaciones
Transfigura en pensamientos!

SEGUNDA PARTE

Á LO REAL POR LO IDEAL

I

Rogar con cierto misterio
En un cierto cementerio
Una sombra se divisa;
Es que por Juan reza Luisa.
Otra sombra que hay cercana,

Es Luis que ruega por Juana.
Se lamentan los dos vivos
Por sus muertos respectivos
Con corazón tan ardiente,
Que al mirarse frente á frente,
Dicen la una y el uno:
— ¡Qué importuna! — ¡Qué importuno!
Y Luis huyendo de Luisa,
Y Luisa de Luis huyendo,
Se marchan, casi corriendo,
Y corren, casi de prisa.

II

En el mismo cementerio,
Y con el mismo misterio,
Se hallan los dos otro día,
Y mientras Luisa exclamaba:
— Cuando mi amante vivía,
Le hallaba donde le hallaba,
Y hoy, que en la tumba me espera,
Su sombra está donde quiera, —
Lanzando quejas amantes,
Dice Luis del mismo modo:
— Si todo estaba en ti antes,
Ahora tú estás en todo. —
Y esta vez menos esquivos,
Ó de agradarse más ciertos,

Después de orar por los muertos,
Se hablaron algo los vivos.

III

Desde entonces los amantes
Dijeron, siempre con fuego,
Una larga oración antes,
Y un corto diálogo luego;
Mas consignar bien importa
Que, después de algunos días,
Se fueron haciendo cargo
Que la oración ya era corta,
Y el diálogo era ya largo.

IV

Saliendo del cementerio,
Mas ya sin ningún misterio,
Se miraron otro día,
Diciendo, ¡quién lo creería!
— ¡Es buen mozo! — ¡Pues es bella!
— ¡Pero aquél! — ¡Ay! ¡Pero aquélla!...
Y ella de amor suspirando,
Y Luis aun de amores loco,
Ya no corren, van marchando;
Pero marchan poco á poco.

V

Así el buen mozo y la bella,
Al promediar la semana,
¡Oh fidelidad humana!
— ¡Se parece á Juan? — dice ella;
Y él dice : — ¡Parece Juana! —
(¡Pobres Juana y Juan!) Dicho esto,
Uno con otro se junta,
Haciéndolo él, por supuesto,
En honor de la difunta;
Y ella admitiéndole al lado,
Con temor aun no fingido,
Pues si el vivo era ya amado,
Aun el muerto era querido.

VI

Mas era tal la insistencia
De su enamorada mente
En dar á su amor presente
De su muerto amor la esencia,
Que su alma, siempre indecisa,
Piensa que mira realmente
En Luis, de Juan la presencia;
La sombra de Juana, en Luisa;
Y es que nuestro sentimiento,

Por arte de encantamiento,
Haciendo cuerpo la idea,
Y lo ya muerto existente,
Transfigura eternamente
Lo que ama en lo que desea.

VII

En conclusión; cuando se aman
Con un amor verdadero,
Así mutuamente exclaman;
— ¡Como á él y por él te quiero!
— ¡Te amo como á ella y por ella! —
Y así el buen mozo y la bella,
Fingiendo vivo lo muerto,
Y haciendo falso lo cierto,
Que eran los muertos creían,
Creyendo lo que querían;
Y desde entonces, el duelo
Trocando todos en risa,
Luisa á Luis, y Luis á Luisa,
Después de aquella semana
Se prestan mutuo consuelo;
Creyendo que Juan y Juana
Harán lo mismo en el cielo.

LVI

EL SEXTO SENTIDO

I

Viendo en el mundo el Señor
Desorden por donde quiera,
Quiso darle un director
Y dijo de esta manera :

— Cinco sentidos dí al hombre,
Y no me entiende jamás.
Daré á un ser que al mundo asombre
Un sexto sentido más.

Quiero hacer al mundo don
De un hombre de alma gigante,
Grande cual la religión,
Como la gloria brillante.

Fe y saber broten sus labios
Cual brota el verano flores,

Más docto que los más sabios,
Más bueno que los mejores.

De la humana criatura
Cese el eclipse moral.
¡Salve á mi mejor hechura! —
Dijo, y nació Blas Pascal.

II

Al ver pasar su existencia,
Ya meditando, ya orando,
Con mucha fe y más paciencia,
Dice un hombre meditando:

— ¡Oh Dios! Cuanto más comprendo,
Menos soy yo comprendido;
¡Qué cilicio es tan horrendo,
El don de un sexto sentido!

Si bestia al hombre llamé,
Los ángeles murmuraron;
Cuando ángel le apellidé,
Las bestias me calumniaron.

Mi talento y su talento
No están de acuerdo jamás.
Ó quítame el pensamiento,
Ó dáselo á los demás.

Hallo sus deseos locos,
Sus pensamientos informes,
Sus remordimientos pocos,
Sus sensaciones deformes.

Con lo porvenir sostienen
De lo presente el afán;
¡Porvenir! ¡sombras que vienen!
¡Presente! ¡sombras que van!

Da fe el hombre á su provecho,
Y cree sólo en su interés;
Y el que ve el mundo al derecho,
Dice que lo ve al revés.

¡Señor! ya á tan hondo anhelo
Mi corazón se rindió
Enfermo de mal del cielo. —
Dijo Pascal, y enfermó.

III

Entre oración y oración,
Entre llorar y gemir,
Á un hombre un santo varón
Le ayuda así á bien morir:

¡Cuántos afanes perdidos
En crear tan noble hechura!

Para los cinco sentidos,
El tener seis es locura.

De gozar, el mundo ahito,
Fijo sólo en lo presente,
Ni sospecha lo infinito,
Ni la eternidad presiente.

¡Qué condición tan menguada!
Mezcla el hombre de alma y lodo,
Para lo infinito es nada,
Si para la nada es todo.

De orgullo y de envidia llenos,
Cual siempre, dejan atrás,
Los muchos que saben menos,
Al uno que sabe más.

Para el mundo, que sin fe
Presume mucho y ve poco,
Es necio el que menos ve,
Y el que ve más es un loco.

¡Pascal! pues con santo anhelo
Te mata del cielo el mal,
Vuélvete á tu patria el cielo!... —
Dijo, y murió Blas Pascal.

LVII

LOS DOS PECADORES

Tú pecas porque me adoras,
Y yo peco por gozar;
Y en tan diverso pecar,
Yo río cuando tú lloras.
¡Maldigo mis dulces horas,
Y bendigo tu tormento!
Podrá tu remordimiento
Llevarte á un dichoso estado:
¡Yo sí que soy desdichado,
Que peco y no me arrepiento!

LVIII

MUERTOS QUE VIVEN

Á MI HERMANO POLÍTICO DON JOSÉ MARÍA VALDÉS, EN LA MUERTE DE SU HIJA GUILLERMINA

Con tierna melancolía
Van á una niña á enterrar,
Y el padre, al verla pasar,
Dice llorando : — ¡Hija mía!
¡La pierdo cuando aun vivía
Con la fe de la ilusión!... —
Mas se templó su aflicción
Mirando al cortejo, y viendo
Tantos que, sin fe viviendo
Llevan muerto el corazón.

LIX

LAS DOS LINTERNAS

Á DON GUMERSINDO LAVERDE RUIZ

I

De Diógenes compré un día
La linterna á un mercader.
Distan la suya y la mía
Cuanto hay de ser á no ser.

Blanca la mía parece;
La suya parece negra;
La de él todo lo entristece;
La mía todo lo alegra.

Y es que en el mundo traidor
Nada hay verdad ni mentira:
Todo es según el color
Del cristal con que se mira.

II

— Con mi linterna — él decía —
No hallo un hombre entre los seres. —
¡Y yo, que hallo con la mía
Hombres hasta en las mujeres!

Él llamó, siempre implacable,
Fe y virtud teniendo en poco,
Á Alejandro, un miserable,
Y al gran Sócrates, un loco.

Y yo ¡crédulo! entretanto,
Cuando mi linterna empleo,
Miro aquí, y encuentro un *santo;*
Miro allá, y un *mártir* veo.

¡Sí! mientras la multitud
Sacrifica con paciencia
La dicha por la virtud,
Y por la fe la existencia,

Para él virtud fué simpleza;
El más puro amor, escoria;
Vana ilusión la grandeza,
Y una necedad la gloria.

¡Diógenes! mientras tu celo
Sólo encuentra sin fortuna,
En Esparta algún *chicuelo,*
Y hombres en parte ninguna,

Yo te juro por mi nombre
Que, con sufrir el nacer,
Es un héroe cualquier hombre,
Y un ángel toda mujer.

III

Como al revés contemplamos
Yo y él las obras de Dios,
Diógenes ó yo engañamos.
¿Cuál mentirá de los dos?

¿Quién es, en pintar, más fiel,
Las obras que Dios crió?
El cinismo dirá que él,
La virtud dirá que yo.

Y es que en el mundo traidor
Nada hay verdad ni mentira:
Todo es según el color
Del cristal con que se mira.

LX

EL MAYOR CASTIGO

Cuando de Virgilio en pos
Fué el Dante al infierno á dar,
Su conciencia, hija de Dios,
Dejó á la puerta al entrar.

Después que á salir volvió,
Su conciencia el Dante hallando,
Con ella otra vez cargó,
Mas dijo así suspirando :

— Del infierno, en lo profundo,
No vi tan atroz sentencia
Como es la de ir por el mundo
Cargado con la conciencia. —

LXI

USICAS QUE PASAN

Todas las cosas pasan, y tú con ellas.
(KEMPIS, lib. XI, cap. I.)

MI QUERIDO AMIGO DON FACUNDO GOÑI.

I

¡Música! — ¡Qué aliento dan,
Y qué esperanzas sin fin,
El *re-tin-tín* del clarín,
Del tambor el *ra-ta-plán!*
¡Ya aproximándose van!
¡Tambor y clarín resuenen!
¡Cuál la esperanza entretienen!
¡Cómo el corazón abrasan!
Estas músicas que pasan,
¡Oué alegres son cuando vienen!

II

¡Música! — ¡Conforme avanza
Ya el tambor ó ya el clarín,
Causa aliento el *re-tin-tín,*
Da el *ra-ta-plán* esperanza!
¡Se aleja... y ya en lontananza,
Más bien que gozoso afán,
Tristeza sus ecos dan!
¡No hay bien seguro en el mundo!
¡Qué lúgubres son, Facundo,
Las músicas que se van!

III

¡Ay! ¡Ni al principio ni al fin,
Nos dan á algunos ardor
El *ra-ta-plán* del tambor,
Del clarín el *re-tin-tín!*
¡Tu esplín, Facundo, y mi esplín...
Para músicas están!
¡Poco nuestro antiguo afán
Las músicas entretienen,
Ni cuando alegres se vienen,
Ni cuando tristes se van!

LXII

EL CAFÉ

Á MI AMIGO DON ENRIQUE SAAVEDRA, MARQUÉS DE AUÑÓN.

I

¡Café! — Tal es la cuestión :
¿Hizo Cabanís tan mal
Al decir que es la razón
Fruto de una digestión
De la masa cerebral?
Sin ir más lejos, Marqués,
¿Cómo me podrás negar
Que el rico café que ves,
Ó es cosa que piensa, ó es
Materia que hace pensar?
¡Gloria á ese vital licor,
Epíritu material;
Ó. si os parece mejor,

Materia espiritüal;
Incomprensible hacedor
De una dicha artificial;
Secreto elaborador
De un frenesí racional!
¡Yo no extrañaré, pardiez,
Que su semilla al probar
Las aves alguna vez,
En deliciosa embriaguez,
Hablen en vez de cantar!

¡Otra taza! y ¡otra! — Á fe
Que asegura con razón,
No sé quién ni sé por qué,
Ni recuerdo en qué centón,
Que en cada grano el café
Lleva un sabio en embrión...
Yo quiero ser sabio... ¿oís?
Dadme sabiamente, pues,
Una taza, y dos, y tres...
¡Marqués! ¡querido Marqués!
¿Tendrá razón Cabanís?

II

¡Café! ¡y más café! — ¡Ven, tú,
Á dar á mi sangre ardor,

Del sueño infalible *bu;*
Maná que oxida el dolor;
Bálsamo á cuya virtud
Mi prematura vejez
Siempre recobra otra vez
La alegría y la salud!

Admiraos y escuchad:
Por descubrir del café
Él solo la propiedad,
Sin duda tan sabio fué
El diablo en la antigüedad.
¿Decís que no? — Pues yo sé
De un sapientísimo autor
Que dice y prueba que fué
De Numa el legislador
La ninfa Egeria, el café;
Y añade, poco después,
Que fué este noble licor
De Sócrates, sabio autor,
El genio, diablo ó lo que es.
De modo, caro Marqués,
Que con este talismán
Han vuelto el mundo al revés,
Del uno al otro confín,
Sócrates, Numa y Satán,
Y cuantos brujos, en fin,
Han sido, son y serán.

Esto es lo cierto. Y si no,
¿Quién como el café marcó
De la fortuna el vaivén,
Y á Napoleón arrastró
Hoy al mal, mañana al bien?
¿Que quién tal cosa creyó? —
Todos, y á más creo yo
Que ya feliz, ya infeliz,
Acaso una gota más
Le dió el triunfo de Austerliz,
Y una de menos quizás
Le hizo huir en Waterló.
Y aun pienso otra cosa, y es
Que obedeciendo, Marqués,
Á la rara propiedad
De un café de calidad,
Gaje de algún holandés,
Corriendo en la inmensidad
Benito Espinosa, en pos
De una infinita verdad,
Lanzó esta inmensa impiedad:
— Dios es todo, y todo es Dios. —
¿Tengo ó no tengo razón?
Pues antes de concluir,
Todavía vais á oir
La más extraña opinión
Que muchas veces á herir
Viene mi imaginación:

Y es que llego á presumir,
¿Si será el café ese ser
Que en una edad y otra edad
Siempre aspira á comprender
La mísera humanidad?
¿No es cierto, Padre Voltaire?
Marqués de Auñón, ¿no es verdad?

III

¡Café! ¡café! y ¡más café!
Ahitadme de ese elixir,
Pasto de almas sin el cual
Fuera el humano existir
Casi un sueño vegetal,
Pues en eléctrico ardor,
En el ser más baladí
Hace del afecto amor,
Y del amor frenesí...
¡Ah! ¡que caiga sobre ti
Del orbe la bendición,
Del alma sabroso pan,
Borrachera de ilusión,
Á cuya mágica acción
Es un Etna el corazón,
Es la cabeza un volcán!
¿Y quién no honrará el poder,

Marqués de Auñón, de un licor
Que hasta hace alegre el dolor,
Que hace más vivo el placer,
Que da al brazo más vigor,
Á la mente inmensidad,
Á los ojos claridad,
Al corazón más amor,
Y alas á los mismos pies...
Tanto, que, como tú ves,
No echo á volar por un tris?...
¡Marqués! ¡querido Marqués!
¿Tendrá razón Cabanís?

LXIII

DRAMAS DESCONOCIDOS

— —

Cuando el pueblo á Otelo vió
Que, matando á la que adora,
Dice: — Muera la traidora,
Que el alma me asesinó, —
Tu rostro el color perdió
Llorando el fin de la bella;
Yo de él pensando en la estrella,
Dije mirándote: — ¡Infiel!
¡Si no te mato como él,
Me asesinaste como ella¡ —

LXIV

LA METEMPSICOSIS

I

Hallé una historia, lector,
En un viejo pergamino,
Donde prueba un sabio autor
¡Ay! que el variar de destino
Sólo es variar de dolor.

II

FLOR

— Flor, primero abandonada
Entre unas hierbas broté,
Envidiosa y no envidiada,
Sin ver sol me marchité,
Llorando y sin ser llorada.

BRUTO

— Á bravo alazán subí,
Y de victoria en victoria,
Tras mil riesgos, conseguí
Para mi dueño la gloria,
Y la muerte para mí.

PÁJARO

— Ave después, hasta el llanto
Dios me condenó á expresar
Con las dulzuras del canto :
Canté, sí, mas canté tanto,
Que al fin me mató el cantar.

MUJER

— Mujer, y hermosa, nací;
Amante, no tuve fe;
Esposa, burlada fuí;
Lo que me amó aborrecí,
Y me burló lo que amé.

SABIO

— Hombre al fin, ciencia y verdad
Buscando en lid malograda,
Fué desde mi tierna edad,

Mi objeto la inmensidad,
Y mi término la nada.

DICTADOR

— En mí, cuando César fuí,
Su honor la gloria fundó.
Siempre — vine, vi y vencí; —
Adopté un hijo, ¡ay de mí!
Creció; le amé y me mató.

HOMBRE

— La escala transmigradora
De mis cien formas y modos
Vuelvo ya á bajar; y ahora
Un hombre soy, que, cual todos,
Vive, espera, sufre y llora. —

III

Después de saber, lector,
La historia del pergamino,
¿Qué importa ser hombre ó flor
¡Ay! si el variar de destino
Sólo es variar de dolor?

LXV

LAS DOS TUMBAS

¡Cuán honda, oh cielos, será,
Dije, mi tumba mirando,
Que va tragando, tragando,
Cuanto nació y nacerá!

Y huyendo del vil rincón
Donde al fin seré arrojado,
Los ojos metí espantado
Dentro de mi corazón.

Mas cuando dentro miré,
Mis ojos en él no hallaron
¡Ni un ser de los que me amaron,
Ni un ser de los que yo amé!

Si no hallo aquí una ilusión,
Y allí sólo hallo el vacío,
¿Cuál es más hondo, Dios mío,
Mi tumba, ó mi corazón?...

LXVI

LA COMEDIA DEL SABER

Á MI AMIGO DON TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ.

I

(Asunto, lo que es verdad.
Gradas de curiosos llenas.
Lugar de la acción, Atenas.
Época, en la antigüedad.)

(Gran pausa. — Escena primera.
Como el que se duerme andando,
Sale HERÁCLITO *llorando,*
Y dice de esta manera :)

— ¡Ay! mi ciencia es bien menguada,
Pues nada en el mundo sé;
Si sé que hay Dios, es porque
DE NADA NO SE HACE NADA.

Respeto la autoridad,
Que es de los inicuos valla...
— ¡Falso! — *(grita la canalla),*
(Los nobles dicen:) — ¡Verdad!

HERÁCLITO : — Yo imagino
Que es la autoridad de un rey
Poder que la humana ley
Saca del poder divino.

No hay más dicha que el deber:
Todo aquel que hombre se llama
Dará por honra la fama,
Y el poder por el saber.

Dad á los buenos honores,
Y castigo á los demás...
(Aquí le silban los más,
Y le aplauden los mejores.)

Nuestra vida debe ser
Por nuestras faltas llorar,
Meditar y meditar,
Creer y siempre creer.

(Rumores. — Después quietud.)
HERÁCLITO : — En conclusión,
La justa moderación
Da saber, paz y virtud.

II

(Gime Heráclito, *y á poco*
Sale Demócrito *y mira,*
Y al ver que el otro suspira,
Se echa á reir como un loco.)

(Segundo acto. — El pueblo está
Casi cortés, de callado.)
Heráclito : — ¡Desgraciado!
Demócrito : — ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

Heráclito : — Es duelo todo.
Demócrito : — Todo es juego.
Heráclito : — El alma es fuego.
Demócrito : — El alma es lodo.

(Calla Heráclito *y murmura :)*
— ¡Todo en la vida es miseria!
(Y Demócrito :) — ¡Es materia
Todo en el mundo, y locura!

Materia sin albedrío
Son Dios, el hombre y el bruto;
El átomo es lo absoluto;
Lo único real el vacío.

Filósofos, que en el mundo
Buscáis lo cierto, ¡apartad!
Si existe, está la verdad
Dentro de un pozo profundo.

Es del alma universal
Parte nuestra alma también...
(Muchos, casi todos :) — ¡Bien!
(Y pocos, muy pocos :) — ¡Mal!

DEMÓCRITO : — Un torbellino
De átomos en movimiento
Son Dios, la vida, el contento,
La justicia y el destino.

Cuanto existe en derredor,
De lo que existía se hace;
Y hasta el hombre crece y nace
Cual nace y crece una flor.

Y así, lo que ha de existir
Nacerá de lo existente.
¡Pueblo! goza en lo presente,
Y olvida lo porvenir.

(Risa.—Aplauso general.)
DEMÓCRITO : — En conclusión,

El alma es la sensación :
El placer es la moral. —

— Vivir, es creer y pensar
(Dice HERÁCLITO *gimiendo.)*
(Y DEMÓCRITO *riendo :)*
— ¡Vivir!... sentir y gozar. —

(Llanto y risa. — El cielo, en tanto,
Sigue su curso imparcial,
Pues hasta el fin, le es igual
Nuestra risa ó nuestro llanto.

Y uno y otro concluyendo,
Queda un bando y otro bando,
Con HERÁCLITO *llorando,*
Con DEMÓCRITO *riendo.*

Y así, pensando en pensar
Si ha de llorar ó reir,
Ve el hombre su vida huir
Entre reir y llorar.)

III

(Ruido. — Dudas. — Desencanto.
Sale en el acto tercero

SÓCRATES, *cual dice Homero,*
Riéndose bajo el llanto.)

SÓCRATES : — Sin ton ni son
Riñe aquí un loco á otro loco;
¿No veis que entre mucho y poco
Está la moderación?

La fe del uno es menguada;
Grande es del otro la fe;
Yo sólo una cosa sé,
Y es que SÉ QUE NO SÉ NADA.

CONÓCETE, debe ser
De nuestra ciencia el abismo;
Quien se conozca á sí mismo
Sabrá cuanto hay que saber.

Para la ciencia, rehacias
Las plebes... *(El pueblo todo*
Lo silba aquí de tal modo,
Que SÓCRATES *dice:)* — ¡Gracias!

Siempre el pueblo soberano
Revela al hombre imparcial
La presencia universal
De un universal tirano.

(Nueva silba. — Sensación.)
SÓCRATES: — De mi alma rey,
Sólo obedezco á la ley
Que Dios puso en mi razón.

(Ruge la chusma indignada.)
SÓCRATES: — Y de tal modo,
Que el hombre es centro de todo,
Y todo ante el hombre es nada.

Sólo hay un Dios... *(Gran rumor
Entre la vil multitud.)*
SÓCRATES: — Dios de virtud,
Del bien y lo bello autor.

Á un Dios sólo, fe tributa
Un corazón como el mío...
(Y el pueblo grita:) — Á ese impío,
¡La cicuta! ¡la cicuta!

*(Y mientras del pueblo el celo
Lo arrastra á tan mala suerte,*
SÓCRATES *dice:)* — ¡La muerte!
¡Última bondad del cielo! —

*(Y así, no alegando excusa,
No salva esta vida ruin,
Que, cual la hiel, le da fin
Un vaso de Siracusa.*

¿Quién mejor su juicio emplea?
¿El sabio ó el pueblo homicida?
Si el sabio, ¡gloria á la vida!
Si el pueblo, ¡maldita sea!)

IV

(Acto cuarto. — Se alborota
La plebe á Diógenes *viendo*
Taza y linterna trayendo,
La alforja y la capa rota.

Al empezar iracundo
Diógenes *silba á los tres,*
Como le silba después
Á Diógenes *todo el mundo.)*

Diógenes. — Pruebo que es vana
Toda regla de razón,
En este sueño en acción
Que llamamos vida humana,

Si á preguntaros me atrevo
¿De quién antes se origina,
El huevo de la gallina,
Ó la gallina del huevo? —

(Todos tres su menosprecio
Le hacen á Diógenes *ver,*
Y éste hace á los tres saber
Su desprecio hacia el desprecio.)

Diógenes : — Nada hay formal;
Esta vida es una gresca
Tragi-cómico-burlesca,
Jocoso-sentimental.

No hay ninguna cosa cierta,
Más que son vuestras locuras
Escenas de criaturas
Junto á una tumba entreabierta.

El pensar, creer y sentir,
No es sentir, creer ni pensar;
Eso se debe llamar
Nacer, crecer y morir.

Si aplico aquí mi linterna,
Ni con un hombre tropiezo.
¡La vida! eterno bostezo,
Si no es una falta eterna.

¡Mundo! esfuerzos sin deber;
Virtudes sin religión;
Puntos de honor sin razón,
Y crímenes sin placer.

(Los unos prorrumpen:) — ¡Fuera!
(Los otros exclaman:) — ¡Bravo!
(Y todos gritan al cabo,
Éstos:) — ¡Viva! — *(Aquellos:)* — ¡Muera! —

(Yo al ver á todos, me río,
Pues llorar no puedo ya:
¡Dónde el depósito está
De las lágrimas, Dios mío!)

V

(El pueblo á la conclusión
Muestra, al partir tristemente,
Aire de duda en la frente,
Y angustia en el corazón.)

(Dice éste al irse:) — ¡Á pensar!
(Y aquél murmura:) — ¡Á sentir!
(Uno:) — ¡Á reir! ¡Á reir!
(Y otro:) — ¡Á llorar! ¡Á llorar!

(Resumen: — *¿Qué es el vivir?*
— SENTIR, *uno. Otro:* — CREER.
Éste: — CREER Y SABER.
Y aquél: — NI CREER NI SENTIR.

¿Qué es el mundo? — Lo que vemos. —
¿Y el saber? — Lo que se ignora. —
Y ¿qué es Dios? — Lo que se adora. —
¿Y virtud? — Lo que queremos. —

Y aunque más el pueblo alcanza
Con su VIRTUD-ARMONÍA,
Con su FE-SABIDURÍA
Y con su DIOS-ESPERANZA,

Los sabios al escuchar,
Ignora el pueblo qué hacer,
Si ha de dudar ó creer
Si ha de reir ó llorar.)

FIN DE LA SEGUNDA ÉPOCA

TERCERA PARTE

LXVII

LA VERDAD Y LAS MENTIRAS

Á FERNANDO ÁLVAREZ Y GUIJARRO.

Cuando por todo consuelo,
Un sacerdote, al nacer,
Nos dice en nombre del cielo:
— Polvo es, y polvo ha de ser, —

Dicen, en coro armonioso,
El pecho de gozo lleno,
La nodriza: — Será hermoso; —
Y la madre: — ¡Será bueno! —

Y luego, allá en lontananza,
Gritan en acorde son:
— ¡Será feliz! — la esperanza;
Y — ¡será rey! — la ambición.

Y yendo el tiempo y viniendo,
Aquí, lo mismo que allá,
La religión va diciendo:
— ¡Polvo es, y polvo será! —

Con vanidad y codicia,
Dicen, sin reir jamás:
— ¡Será un Creso! — la avaricia;
Y el orgullo: — ¡Será más! —

Y exclaman con fiero acento
De todo saber en pos:
— ¡Será Homero! — el sentimiento;
Y la razón: — ¡Será Dios! —

Y en tanto la religión,
Al morir, como al nacer,
Repite: — No hay remisión;
¡Polvo es, y polvo ha de ser! —

LXVIII

LA AMBICIÓN

Á un monte una vez subí,
Y de cansado me eché;
Mas luego que lo bajé,
De confiado caí.

¡Déjame, ambición, aquí
Hasta morir descansando!
¿Qué ganaré ambicionando,
Si cuanto más suba, entiendo
Que me he de cansar subiendo,
Y me he de caer bajando?

LXIX

LOS GRANDES HOMBRES

De Yuste en el santüario,
Carlos Quinto, Emperador,
Valientemente al calvario
Subiendo de su dolor,

Ver su entierro determina,
Cual resuelto capitán,
Doblado como la encina
Rota por el huracán.

Ya en el ataúd metido
Como en lecho sepulcral,
Cayó cual león herido
Que lleva el dardo mortal.

Y al tiempo en que se cayó,
Mirándole de hito en hito
Una vieja murmuró:
— ¡Qué feo y qué viejecito! —

Y cuando la multitud
Cree que el grande Emperador
Está, más que en su ataúd,
Sepultado en su dolor,

Él, frunciendo el entrecejo,
Y fijo en tan vana idea,
Dice : — ¿ Qué soy feo y viejo ?
¡ Ella sí que es vieja y fea ! —

¿ Qué le importará al cuitado
Más bello ó más joven ser,
Si esas cosas ya han pasado
Para nunca más volver ?

Del *Dies iræ* el rumor
Ya consternaba el ambiente,
Y aun dice el Emperador :
— ¡ Habrá vieja impertinente ! —

Mientras el canto bosqueja
Todo el horror de aquel día,
Al Rey la voz de la vieja
El corazón le roía.

Y es cosa particular,
No pueda un varón tan fuerte
Una burla despreciar,
Él, que desprecia la muerte.

Don Carlos siente iracundo
El corazón hecho trizas,
Y el canto prosigue : — ¡El mundo
Se convertirá en cenizas! —

La vieja, del funeral
Oye entretanto el solfeo,
Como diciendo : — Sí tal,
Muy viejecito y muy feo, —

Y airado su Majestad
Sigue ; — ¡Bruja del infierno! —
Y el canto : — ¡Por tu bondad
Líbrame del fuego eterno! —

Calla el coro; alza el semblante
Pálido el Emperador,
Surgiendo allí semejante
Á la estatua del dolor;

Y cuando el monje imperial
Vuelve á su celda apartada,
Mostrando algo de fatal
En su frente devastada,

Por todo su ser refleja
Santa humildad, puro amor;
Tan sólo miró á la vieja
Con humos de Emperador,

LXX

LOS RELOJES DEL REY CARLOS

Carlos Quinto, el esforzado,
Se encuentra asaz divertido
De cien relojes rodeado,
Cuando va, en Yuste olvidado,
Hacia el reino del olvido.

Los ve delante y detrás
Con ojos de encanto llenos,
Y los hace ir á compás,
Ni minuto más ni menos,
Ni instante menos ni más.

Si un reloj se adelantaba,
El imperial relojero
Con avidez lo paraba,
Y al retrasarlo exclamaba :
— Más despacio, ¡majadero! —

Si otro se atrasa un instante,
Va, lo coge, lo revisa,
Y aligerando el volante,
Grita : — ¡Adelante, adelante,
Majadero, más aprisa! —

Y entrando un día, — ¿Qué tal? —
Le preguntó el confesor.
Y el relojero imperial
Dijo : — Yo ando bien, señor;
Pero mis relojes mal.

— Recibid mi parabién, —
Siguió el noble confidente;
— Mas yo creo que también,
Si ellos andan malamente,
Vos, señor, no andáis muy bien.

¿No fuera una ocupación
Más digna, unir con paciencia
Otros relojes, que son,
El primero el corazón,
Y el segundo la conciencia? —

Dudó el Rey cortos momentos,
Mas pudo al fin responder :
— ¡Sí! más ó menos sangrientos,
Sólo son remordimientos
Todas mis dichas de ayer.

Yo, que agoto la paciencia
En tan necia ocupación,
Nunca pensé en mi existencia
En poner el corazón
De acuerdo con la conciencia. —

Y cuando esto profería,
Con su *tic-tac* lastimero,
Cada reloj que allí había
Parece que le decía :
— ¡Majadero! ¡Majadero!...

— ¡Necio! — prosiguió, — al deber
Debí unir mi sentimiento,
Después, si no antes, de ver
Que es una carga el poder,
La gloria un remordimiento. —

Y los relojes sin duelo
Tirando de diez en diez,
Tuvo por fin el consuelo
De ponerlos contra el suelo
De acuerdo una sola vez.

Y añadió : — Tenéis razón :
Empleando mi paciencia
En más santa ocupación,
Desde hoy pondré el corazón
De acuerdo con la conciencia. —

LXXI

LO QUE HACE EL TIEMPO

Á BLANCA ROSA DE OSMA.

Con mis coplas, Blanca Rosa,
Tal vez te cause cuidados,
Por cantar
Con la voz ya temblorosa,
Y los ojos ya cansados
De llorar.

Hoy para ti sólo hay glorias,
Y danzas y flores bellas;
Mas después,
Se alzarán tristes memorias,
Hasta de las mismas huellas
De tus pies.

En tus fiestas seductoras,
¿No oyes del alma en lo interno
Un rumor,
Que lúgubre á todas horas,
Nos dice que no es eterno
Nuestro amor?

¡Cuánto á creer se resiste
Una verdad tan odiosa
Tu bondad!
Y esto ¡fuera menos triste,
Si no fuera, Blanca Rosa,
Tan verdad!

Te aseguro, como amigo,
Que es muy raro, y no te extrañe,
Amar bien,
Siento decir lo que digo;
Pero, ¿quieres que te engañe
Yo también?

Pasa un viento arrebatado,
Viene amor, y á dos en uno
Funde Dios;
Sopla el desamor helado,
Y vuelve á hacer, importuno,
De uno, dos.

Que amor, de egoísmo lleno,
Á su gusto se acomoda
Bien y mal;
En él hasta herir es bueno,
Se ama ó no ama, aquí esta toda
Su moral.

¡Oh! ¡qué bien cumple el amante,
Cuando aun tiene la inocencia,
Su deber!
Y ¡cómo, más adelante,
Aviene con su conciencia
Su placer!

¿Y es culpable el que, sediento,
Buscando va en nuevos lazos
Otro amor?
¡Sí! culpable como el viento
Que, al pasar, hace pedazos
Una flor.

¿Verdad que es abominable
Que el corazón vagabundo
Mude así,
Sin ser por ello culpable,
Porque esto pasa en el mundo
Porque sí?

Se ama una vez sin medida,
Y aun se vuelve amar sin tino
Más de dos.
¡Cuán versátil es la vida!
¡Cuán vano es nuestro destino,
Santo Dios!

Él lleve tu labio ayuno
Á algún manantial querido
De placer,
Donde dichosa, ninguno
Te enseñe nunca el olvido
Del deber.

Siémpre el destino inconstante
Nos da cual vil usurero
Su favor:
Da amor primero y no amante;
Después mucho amante, pero
Poco amor.

Tranquila á veces reposa,
Y otras se marcha volando
Nuestra fe.
Y esto pasa, Blanca Rosa,
Sin saber cómo, ni cuándo,
Ni por qué.

Nunca es estable el deseo,
Ni he visto jamás terneza
Siempre igual,
Y ¿á qué negarlo? No creo
Ni del bien en la fijeza,
Ni del mal.

Este ir y venir sin tasa,
Y este moverse impaciente,
Pasa así,
Porque así ha pasado y pasa,
Porque sí, y ¡ay! solamente
Porque sí.

¡Cuán inútil es que huyamos
De los fáciles amores
Con horror,
Si cuanto más las pisamos,
Más nos embriagan las flores
Con su olor!

El cielo sin duda envía
La lucha á la tormentosa
Juventud;
Pues, ¿qué mérito tendría
Sin esfuerzos, Blanca Rosa,
La virtud?

¡Ay! un alma inteligente,
Siempre en nuestra alma divisa
Una flor,
Que se abre infaliblemente
Al soplo de alguna brisa
De otro amor.

Mas dirás : — ¿Y en qué consiste
Que todo á mudar convida? —
¡Ay de mí!
En que la vida es muy triste...
Pero aunque triste, la vida
Es así.

Y si no es amor el vaso
Donde el sobrante se vierte
Del dolor,
Pregunto yo : — ¿Es digno acaso
De ocuparnos vida y muerte
Tal amor? —

Nunca sepas, Blanca Rosa,
Que es la dicha una locura,
Cual yo sé;
Si quieres ser venturosa,
Ten mucha fe en la ventura,
Mucha fe.

Si eres feliz algún día;
¡Guay, que el recuerdo tirano
De otro amor
No se filtre en tu alegría,
Cual se desliza un gusano
Roedor!

Tú eres de las almas buenas,
Cuyos honrados amores
Siempre son
Los que bendicen sus penas,
Penas que se abren en flores
De pasión,

Con tus visiones hermosas,
Nunca de tu alma el abismo
Llenarás,
Pues la fuerza de las cosas
Puede más que Hércules mismo,
¡Mucho más!...

Si huye una vez la ventura,
Nadie después ve las flores
Renacer
Que cubren la sepultura
De los recuerdos traidores
Del ayer.

¿Y quién es el responsable
De hacer tragar sin medida
Tanta hiel?
¡La vida! ¡esa es la culpable!
La vida, sólo es la vida
Nuestra infiel.

La vida, que desalada,
De un vértigo del infierno
Corre en pos:
Ella corre hacia la nada;
¿Quieres ir hacia lo eterno?
Ve hacia Dios.

¡Sí! corre hacia Dios, y Él haga
Que tengas siempre una vieja
Juventud.
La tumba todo lo traga,
Sólo de tragarse deja
La virtud.

LXXII

FIN Y MORAL DE LA ILÍADA

Después que Troya fué, severa Esparta,
Muerto su Rey, de liviandades harta,
Á Rodas sin piedad desterró á Elena,
Donde la ahorcó celosa Polixena.
Pero antes que el honor del sexo bello
Como un cisne al morir doblase el cuello,
La dijo así el verdugo : — ¿ Por ventura,
Quieres más que la dicha tu hermosura ?
La Reina, que tu mal tanto desea,
Te dejará vivir si te haces fea;
Ponte estas hierbas sobre el rostro, hermosa,
Y siendo horrible, vivirás dichosa.
¿No vale más ser fea afortunada,
Que hermosa, y por hermosa desdichada? —
Calló el verdugo y suspiró ; mas ella,
Prefiriendo el no ser á no ser bella,

Cogió el dogal y se lo ató de suerte,
Que, á su belleza fiel, se dió la muerte;
Y más que vivir fea y venturosa,
Prefirió ser ahorcada, siendo hermosa.

LXXIII

LA CIENCIA NUEVA DE VICO

I

Á un cierto maestro vi
En cierto pueblo explicar
Á varios niños, á mí,
Y al sacristán del lugar;

Y recuerdo, aunque era un chico,
Que comenzó de esta suerte :
— Ved : ciencia nueva de Vico;
Nacimiento, vida y muerte.

Círculo de toda historia,
Renacer tras de acabar :
Fabula, entusiasmo, gloria,
La muerte, y vuelta á empezar.

Así, ya unida, ya rota,
Sigue esta rueda fatal,
Sin que se turbe una nota
Del concierto universal.

Allá el Egipto entreveo;
Vida, gloria, senectud,
Reyes — Pastores — Proteo. —
Cambises; la esclavitud.

¡Cielo de dichas y penas!
Llega la Grecia. ¡Atención!
Los Argos — Esparta — Atenas. —
Filipo; la humillación.

Mudando nombres y nombres,
En rápido movimiento
Rodando van pueblos y hombres
Cual hojas que arrastra el viento,

¡Fenicia! Ved á Sidón,
La reina antigua del mar.
Cartago — Pigmaleón. —
Nabuco, y vuelta á empezar.

Dioses — Héroes — Invenciones.
Así, abyectas ó gloriosas,
Van, como veis, las naciones,
Los hombres, pueblos y cosas.

¡Roma¡ Tras su edad divina,
Por César llega á Tiberio.
Numa — Catón — Mesalina, —
Reyes — República — Imperio.

Pasan así en raudo giro,
Y en perpetua evolución,
Alejandro, como Ciro,
Como César, Napoleón. —

II

Y al ver que de nuevo empieza
Su incesante torbellino,
Poniéndonos la cabeza
Cual la rueda de un molino,

— Ó vuestro Vico es un tonto,
Ó yo no sé qué pensar, —
Dijo al maestro de pronto
El sacristán del lugar,

— No es gran mérito el zurcir
La historia de esa manera;
Nacer, crecer y morir;
Eso lo sabe cualquiera.

Pese á vuestros pareceres,
¿No valdría mucho más
Decir á todo : *Polvo eres,*
Y en polvo te volverás?

Mira el maestro al que cree
Llegar de Vico á la altura,
Como quien dice : (— Este lee
Los libros santos del cura. —)

Y en su silencioso afán,
Que esto imagina se infiere :
(— Dice bien el sacristán,
Todo lo que nace muere. —)

Y murmuró : (— De manera
Que mi ciencia está de más,
Si un libro santo cualquiera
Enseña esto y mucho más. —)

Y al fin, — ¡niños! — prorrumpió,
— Después de círculos tantos,
Podréis saber más que yo
Leyendo los libros santos.

Pues hoy por ellos me explico
Cómo puede ser que sea
Mucho más sabio que Vico
El sacristán de una aldea. —

LXXIV

LA HISTORIA DE AUGUSTO

I

Á Ovidio empieza á leer
Su historia el Emperador,
Pues dice que quiere ser,
Cual César, autor y actor.

Hombre sin Dios y sin ley,
Que de su provecho en pos,
Pérfido antes, se hace rey,
Necio después, se hace Dios;

En su historia disculpaba
Sus faltas cándidamente,
Cosas que Ovidio escuchaba
Con el rubor en la frente.

— ¿Verdad que al mundo hará honor
La que llamo *era Juliana?* —
Dijo á Ovidio, el salteador
De la libertad romana.

Con un dictamen muy justo
Quiso Ovidio honrar su labio;
Porque al fin perdona Augusto,
Después que se venga Octavio.

Y — francamente, señor, —
Dijo, de modestia lleno,
— Si sois bueno como actor,
Como autor no sois tan bueno. —

— Ó — con altivo semblante
Replicó el Emperador
— Que soy muy buen comediante,
Pero muy mal escritor. —

Selló el Rey su augusto labio,
Calló Ovidio, no sin susto,
Pues siempre al fin venga Octavio
Los disimulos de Augusto.

II

Cayó Ovidio en el desliz
De llamar, poco después,
Á Livia, la Emperatriz,
« Ulises con guardapiés. »

Tuvo el Rey por ofensivo
Este madrigal tan bello,
Tomando esto por motivo
Para vengarse de aquello.

Y á Ovidio desterró Augusto
De la Circasia á un rincón,
Como buen tirano, injusto;
Falso, cual buen histrión.

III

Muriendo Octavio inmortal,
Entre grandes dignos de él,
Les pregunta así : — ¿Qué tal
Representé mi papel? —

Y contesta Ovidio á Octavio
Desde la orilla del Ponto :
— Representó como un sabio
Lo que pensó como un tonto.

Murió Octavio, el iracundo;
Pereció Augusto, el sagaz;
El que dió la paz al mundo,
Ya ha dejado al mundo en paz.

Conque, *¿qué tal?* Lo repito
Con más razón que despecho:
Has hecho muy bien lo escrito,
Y escrito mal lo que has hecho.

Doy al mundo el parabién.
¡Falso! aun preguntas *¿qué tal?*
Como cómico, muy bien;
Como emperador, muy mal.

LXXV

ANTINOMIAS DEL GENIO

Sentado indolentemente,
Cierta noche de verano,
Con una pluma en la mano
Y una luz frente por frente,

Está Napoleón Primero
Sumando con mucho afán,
Puesto á un lado aquel gabán,
Y á otro lado aquel sombrero.

Suma, de intento, muy mal,
Entre espantado é iracundo,
Todas las muertes que al mundo
Costó su gloria imperial.

Y cuando ya á traslucir
Llega una cifra espantosa,
Se lanza una mariposa,
Sobre la luz á morir.

Su muerte próxima, al ver
Sintió el héroe compasión;
Que al fin, aunque Napoleón,
Era un hijo de mujer;

Y con benévola calma
La separó dulcemente,
Pues los que matan la gente
Pueden también tener alma.

Él, que *carne de cañón*
Pudo á los hombres llamar,
Ve á un insecto peligrar,
Con pena en el corazón.

Ni ella cede, ni él se para,
Y con la intención más terca,
Cuanto más ella se acerca,
Tanto más él la separa.

Tal vez el Emperador
Lloraba de sufrir tanto,
Si él pudiera tener llanto
Para el ajeno dolor.

¡Ay! una vida tan ruin.
¿No había de enternecer
Al que acababa de hacer
Del universo un botín?

¡Y luego la coalición
Dirá que no era perfecto
El que en salvar á un insecto
Funda un sueño de Colón!

Sigue la lucha emprendida
Entre él y ella, y de esta suerte,
Mientras busca ella la muerte,
Le da Napoleón la vida.

Y así el empeño siguió
Por ambos con frenesí;
La mariposa en que sí,
Y Napoleón en que no.

La salva al fin, y — ¡victoria! —
Exclama con alegría
El que hacía y deshacía
Á cañonazos la historia

¡Victoria! ¡Victoria, pues!
¡Dios inmenso! ¡Dios inmenso!
¡De esa acción suba el incienso
Hasta tus divinos pies!

Aquella alma generosa
Que vertió de sangre un mar,
¡Cuánto luchó por salvar
La vida á una mariposa!

¡Que alguno de tal bondad
Cuente á la Francia la gloria
Luego la Francia á la historia,
Y ésta á la posteridad!

Y tú, ciega multitud,
Pobre *carne de cañón,*
Di por él: — ¡Oh compasión,
Tú eres sólo la virtud! —

LXXVI

LAS DOLORAS

Á DOÑA JUANA BARRERA DE CAMPOS.

¿Conque una buena dolora
Me pides, Juana, tan llena
De candor?
Tal vez tu inocencia ignora
Que será, si es la más buena,
La peor.

¿Te he de alabar, fementido,
Desventuradas venturas
Que gocé,
Y amores que he aborrecido
É inagotables ternuras
Que agoté?

Perdona si en mis doloras
Siempre mi pecho destila
La ansiedad
De unas sombras vengadoras
Que asaltan mi no tranquila
Soledad.

Jamás en ellas escrito
Dejaré, imbécil ó loco,
El error
De que el bien es infinito,
Ni que es eterno tampoco
El amor.

Bueno es que, aunque terrenales,
Nuestras venturas amemos;
Pero ¡ah!
Bienes de acá son mortales,
¡La dicha y el bien supremos
Son de allá!

¡Qué inconsolables cuidados
Da el ver, desde la rendida
Senectud,
Los tesoros disipados
De la por siempre perdida
Juventud!

¡Qué manantial tan ecundo
De engañosas esperanzas
Es amor!
¡Qué doctor es tan profundo
En útiles enseñanzas
El dolor!

¡Cuán ciego el amor, cuán ciego,
Falta al deber más sagrado!
Y es de ver
¡Cómo al amor faltan luego
Los que primero han faltado
Al deber!

¡Pérfido amor, y cuál huye
Tras los primeros momentos
Del ardor!
¡Santa amistad, que concluye
Por cumplir los juramentos
Del amor!

¡Siento á fe que esta dolora
Hiera, Juana, tu ternura!
Mas ya ves
Que toda dicha de ahora
Es siempre la desventura
De después.

Por eso, olvidado, quiero
Ya sólo el eterno olvido
Esperar,
Aunque del mundo en que espero,
Más siento el haber venido
Que el marchar.

Hasta de mí, el pensamiento
Hastiado, y arrepentido
Del vivir,
Huye cual remordimiento
Que del crimen cometido
Quiere huir.

Aunque, de dolor ajenos,
La vida ven placentera
Los demás,
Si la despreciara menos,
Yo acaso la aborreciera
Mucho más.

Deja ya, corazón mío,
Cuanto encuentras deleitable,
Sin saber
Que al gozar, mueres de hastío,
Galeote miserable
Del placer.

¡La vida! ¡Cuán fácil fuera
Sus más aciagos momentos
Soportar,
Si en el pecho se pudiera
Algunos remordimientos
Enterrar!

Mas ¡ay! Juana encantadora,
¡Cuál de espanto retrocede
Tu candor,
Al mirar que esta dolora,
Si es buena, tampoco puede
Ser peor!

Y es que derramo sincero
De mi dolor la medida
Sin querer,
Siempre que las aguas quiero
De mi soñolienta vida
Remover.

Ya, cual todo penitente
En el lodo derribado
Por su cruz,
Me agito impacientemente
Por revolverme hacia el lado
De la luz.

Yo antes vivir anhelaba,
Mas hoy morir sólo fuera
Mi ilusión,
Si estuviese como estaba
El día de mi primera
Comunión.

¡Juana! el respeto adoremos
Que aun nos liga complaciente
Al deber,
Y los lazos desatemos
Que habrá el tiempo tristemente
De romper.

¿Á qué esperar á mañana
En dejar esto, y de aquello
En huir,
Si aunque tú lo sientas, Juana,
Lo que no dejemos, ello
Se ha de ir?

Al fin, de tu santo celo
Las huellas de buena gana
Sigo fiel.
Cuando va el perfume al cielo,
Todo lo que siente, Juana,
Va con él.

Ya en mi inútil existencia
Sólo el ímpetu modero
Del dolor,
Con paciencia y más paciencia,
Ese valor verdadero
Del valor.

Y hoy que humilde, si antes tierno,
Sus culpas el alma mía
Va á expiar,
¡Perdóname, Dios eterno!
¡Entonces ¡ay! no sabía
Sino amar!

Ya en nada inmutable creo
Más que en Dios omnipotente;
Y también
En que engaña mi deseo
Por llevarme más clemente
Hacia el bien.

¡Sí! me lleva al bien cumplido
Que busco cual nunca, fuerte,
Pues ya sé
Que, aunque todo me ha vencido,
Hoy venceré hasta la muerte
Con la fe.

Y adiós, Juana, que extasiado,
Del supremo bien que anhelo
Voy en pos.
¿Quién será el desventurado
Que sólo mirando al cielo
No halle á Dios?...

LXXVII

LA GRAN BABEL

Á DON RAFAEL CABEZAS

I

Refiere el vulgo agorero
Que de los cantos del mundo,
El *tarará* fué el primero,
Y el *tururú* fué el segundo.

Y hay quien cree que estos sonidos
De *tururú* y *tarará,*
Son los últimos gemidos
Que una lengua al morir da.

Oye, y al fin de esta historia,
¡Dichosos, Rafael, los dos,
Si al perder la fe en la gloria,
Aun nos queda la de Dios!

II

Á un romano un caballero
Regaló un pájaro un día
Que, lo mismo que un Homero,
Voces del griego sabía.

Y es fama que el patrio idioma
Charloteaba con tal fuego,
Que al pájaro toda Roma
Le llamó el *último griego*.

Si con preguntas la gente
Le importunaba quizá,
Respondía impertinente
El pájaro : — *Tarará*.

— ¿ Qué es *tarará?* — preguntó
Lleno el romano de celo.
Soñó un sabio y contestó:
— *¿ Tarará?* Patria del cielo. —

Que á un sueño, hambrienta de fama,
Se agarra la tradición,
Como un náufrago á la rama
Prenda de su salvación.

Después de mucho aprender,
Ni al cabo de la jornada
Llegó el romano á saber
Que *tarará* no era nada.

Sólo por presentimiento
Pudo asegurar un día,
Que era el pájaro del cuento
El que más griego sabía.

Y es que sin duda perece,
Cual lo mezquino también,
Hasta aquello que merece
De Dios y la historia bien.

III

Pues dando á esta historia cima,
Refiere otra tradición
Que siendo virrey en Lima
Nuestro conde de Chinchón,

Le regalaron un día
Un loro experto en historia,
El solo eco que existía
De la peruviana gloria.

— ¿Quién fué, le pregunta el Conde,
— El primer rey del Perú? —
Habla el loro, y le responde
En ronca voz: — *Tururú.*

— ¿Sabremos qué frase es ésta? —
Dice á un sabio el español.
Sueña el sabio y le contesta:
— *¿Tururú?* Patria del sol. —

El pobre sabio aquí miente,
Cual mintió iluso el de allá:
¿Quién renuncia fácilmente
Á la ilusión que se va?

Toda lengua y toda gloria,
Cumplida ya su misión,
Se tiende sobre la historia
Como un fúnebre crespón.

Pues lo mismo aquí que allá,
En Roma y en el Perú,
Como el griego á un *tarará,*
Llegó el inca á un *tururú.*

¡Paciencia! en queriendo el cielo
Nuestras glorias eclipsar,
No nos deja más consuelo
Que el consuelo de llorar.

IV

Muy pronto, Rafael, quizá,
Por más que de ello te espantes,
Cual Homero un *tarará,*
Será un *tururú* Cervantes.

¡Cuánto los hombres se humillan
Viendo el eclipse total
De estas estrellas que brillan
En nuestro mundo moral!

¡Ay! esta lengua en que está
Brillando un vate cual tú,
¿Dará fin en *tarará,*
Ó acabará en *tururú?*

Corre el tiempo, y confundido
Lo grande con lo pequeño,
Juntos en perpetuo olvido
Los une un perpetuo sueño.

Mas tú, cual yo, á Dios alaba,
Pues ya sabemos los dos,
Que allí donde todo acaba
Es donde comienza Dios.

LXXVIII

TODO Y NADA

— ¡Cuánta dicha! y ¡cuánta gloria! —
Dije, entre humillado y fiero,
Leyendo una vez la historia
Del emperador Severo.

Y cuando á verle llegué
Subir á rey desde el lodo,
— Yo en cambio, — humilde exclamé, —
No fuí nada, y nada es todo. —

Mas con humildad mayor,
Vi que al fin de la jornada
Exclamó el Emperador :
—Yo fuí todo, y todo es nada. —

LXXIX

LOS DOS CETROS

1860

Á S. A. R. EL PRÍNCIPE DE ASTURIAS.
(DON ALFONSO XII.)

I

Vine un convento á heredar,
Y al mismo convento, anejo
Un templo á medio arruinar,
Donde hallé un santo muy viejo
Encima de un viejo altar.

Cogí un bastón que tenía
De caña el santo bendito,
Y dentro un papel había
Que, por don Pelayo escrito,
De esta manera decía:

II

—Escucha, lector, la historia
Del postrer rey español,
Y á los que amengüen su gloria,
Les ruego que hagan memoria
Que hay manchas hasta en el sol.

Meses anduve cumplidos
Del rey don Rodrigo en pos,
Desde el día en que, vendidos,
Fuimos en Jerez vencidos
Los del partido de Dios.

Hallé al fin al rey de España
Al pie de este santüario,
Llevando un cetro de caña,
Pobre pastor solitario,
Rey de una pobre cabaña.

Y al verme, casi llorando,
Rodrigo habló de esta suerte:
— *Por que te estaba esperando,*
No me hallo ya descansando
En los brazos de la muerte.

Llegué aquí desesperado,
Cuanto mi trono se vió
Por traidores derribado...
¡Dios les haya perdonado
Como les perdono yo!

Desde entonces, entre flores,
Vagando por los oteros,
Recuerdan á mis dolores
El cetro, amigos traidores,
La caña, mansos corderos.

Tú, elegido por mi amor
Y mi heredero por ley,
Escoge aquí lo mejor
Entre este cetro de rey
Y esta caña de pastor.

Sé humilde ó grande. Yo ahora
Me quedo á ejercer contento
La virtud que el cielo adora,
Que es el arrepentimiento,
Que en la sombra reza y llora. —

Dijo, y siguiendo el destino
De su alegre adversidad,
Lleno de un fervor divino,

Tomó Rodrigo el camino
De la eterna soledad.

Yo, Pelayo, es doy la historia
Del postrer rey español,
Y á los que amengüen su gloria,
Les ruego que hagan memoria
Que hay manchas hasta en el sol.

¡Dios eterno! ¿y de estas flores
He de dejar los senderos,
Recordando á mis dolores
El cetro, amigos traidores,
La caña, mansos corderos?

¡Sí! que aunque mi alma cansada
Tomaría de buen grado
El arado por la espada,
Tomo por ti, patria amada,
La espada en vez del arado.

Parto, y lo escrito, al marchar,
Con la caña al santo dejo.—
Caña que á mí vino á dar
Cuando hallé aquel santo viejo
Encima de un viejo altar.

Y he aquí por que suerte extraña
Del rey don Rodrigo, así
Han llegado cetro y caña,
Grande el cetro al rey de España,
Y humilde la caña á mí.

III

Á vos, Príncipe y Señor,
Desde la cuna rodeado
De todo humano esplendor,
Os escribo ésta, sentado
Sobre unas hierbas en flor.

Vinimos por suerte extraña
Á un rey á heredar los dos,
Vos su cetro, y yo su caña;
Vos el cetro real de España,
Yo el que humilde llevó Dios.

Cansancio ó tedio espantoso
El cetro os dará algún día;
La caña, más venturoso,
Al menos ¡ay! os daría
En la oscuridad reposo.

Yo, en vez de rey desdichado,
Seré un dichoso pastor,
Pues ya el mundo me ha enseñado
Que, entre el cetro y el cayado,
El cayado es lo mejor.

¡Cuánto seréis bendecido
Desde mi humilde rincón,
Cuando os lleven perseguido,
La calumnia, si vencido;
Si vencéis, la adulación!

Cuando yo ande indiferente
Por el monte ó por el llano,
Á vos os dirá la gente,
— ¡Rey débil! — si sois clemente;
Si justiciero, — ¡tirano!

¡Cuál será vuestro cuidado,
Mientras que todo, Señor,
Yo lo olvidaré, olvidado,
En mi trono recostado
De humildes hierbas en flor!

Noble, cual vuestra Nación,
Á vuestra madre imitad,
En cuyo real corazón,

Se aman justicia y perdón,
Se abrazan dicha y verdad.

Y Dios, para bien de España,
De su gracia os dé el tesoro.
Dado en mi pobre cabaña;
Yo, el rey de cetro de caña,
Á mi Rey de cetro de oro.

FIN DE LA TERCERA ÉPOCA

CUARTA PARTE

LXXX

LOS DOS MIEDOS

I

Al comenzar la noche de aquel día,
Ella, lejos de mí,
—¿Por qué te acercas tanto?—me decía;
—¡Tengo miedo de ti!—

II

Y después que la noche hubo pasado,
Dijo, cerca de mí:
—¿Por qué te alejas tanto de mi lado?
¡Tengo miedo sin ti!—

LXXXI

LA ÚLTIMA PALABRA

Cuando yo con el alma te quería,
¿Quién presumir pudiera
Que á despreciar ¡infame! llegaría
En ti y por ti la humanidad entera?...

LXXXII

Á REY MUERTO REY PUESTO

El principio de toda tentación es no ser uno constante...
(KEMPIS, lib. I, cap. XII.)

Murió por ti; su entierro al otro día
Pasar desde el balcón juntos miramos;
Y espantados tal vez de tu falsía
En tu alcoba los dos nos refugiamos.
Cerrabas con terror los ojos bellos.
El *requiéscat* se oía. Al verte triste,
Yo la trenza besé de tus cabellos,
Y — ¡traición! ¡sacrilegio! — me dijiste.
Seguía el *de profundis* y gemimos...
El muerto y el terror fueron pasando...
Y al ver luego la luz, cuando salimos,
— ¡Qué vergüenza! — exclamaste suspirando.
Decías la verdad. ¡Aquel entierro!
¡El beso aquel sobre la negra trenza!...
Después ¡la oscuridad de aquel encierro!...
¡Sacrilegio! ¡Traición! ¡Miedo! ¡Vergüenza!

LXXXIII

HASTÍO

Sin el amor que encanta,
La soledad de un ermitaño espanta.
¡Pero es más espantosa todavía
La soledad de dos en compañía!

LXXXIV

LAS DOS COPAS

I

Le dijo á Rosa un doctor :
— « Se curan de un modo igual
Las dolencias en amor,
En higiene y en moral.
» Yo, aunque el método condene,
Lo dulce en lo amargo escondo :
Esta copa es la que tiene
Dulce el borde, amargo el fondo.
» Y por si quiere esa boca
Cumplir una vez mi encargo,
Tiene esta segunda copa
Dulce el fondo, el borde amargo.
» Dios, sin duda, así lo quiso,
Y esto siempre ha sido y es :
Tomar lo amargo es preciso,
Bien antes ó bien después. » —

II

Rosa luego, de ansia llena,
Dice en su amoroso afán:
— « Mezclados cual dicha y pena
Lo dulce y lo amargo van.
» Merced á doctor tan sabio,
Ve, aunque tarde, mi razón,
Que aquello que es dulce al labio
Es amargo al corazón.
» Yo, que hasta el postrer retoño
Agosté en mi edad primera
Brotar no veré en mi otoño
Flores de mi primavera.
» Fuí dejando, por mejor,
Lo amargo para el final,
Y esto, según el Doctor,
Sabe bien, mas sienta mal.
» Cumpliré una vez su encargo:
Tú, copa segunda, ven,
Pues tomar antes lo amargo,
Si sabe mal, sienta bien.
» ¡Oh, cuán sabio es el Doctor
Que cura de un modo igual
Las dolencias en amor,
En higiene y en moral! »

LXXXV

MAL DE MUCHAS

¿Qué mal, Doctor, la arrebató á la vida?—
Rosaura preguntó con desconsuelo.
— Murió, dijo el Doctor, de una caída.
— Pues ¿de dónde cayó?—Cayó del cielo.—

LXXXVI

BODAS CELESTES

Te vi una sola vez, sólo un momento;
Mas lo que hace la brisa con las palmas
Lo hace en nosotros dos el pensamiento;
Y así son, aunque ausentes, nuestras almas
Dos palmeras casadas por el viento.

LXXXVII

LAS DOS ESPOSAS

Sor Luz, viendo á Rosaura cierto día
Casándose con Blas,
—¡Oh, qué esposo tan bello! se decía,
¡Pero el mío lo es más!—
Luego en la esposa del mortal miraba
La risa del amor,
Y, sin poderlo remediar, ¡lloraba
La esposa del Señor!

LXXXVIII

CONVERSIONES

Brotó un día en Rosaura el sentimiento
De su primer amor, y en el momento
Volando un ángel, con fervor divino,
Para guiarla al bien del cielo vino,
Mientras un diablo del infierno, ardiendo,
Para arrastrarla al mal, llegó corriendo.
Ante Rosaura bella,
Ángel y diablo, enamorados de ella,
Divinizado el diablo se hizo bueno,
Y el ángel se impregnó de amor terreno;
Y al ser transfigurados de este modo,
Por voluntad del que lo puede todo,
Fué el ángel al infierno condenado,
Y el diablo al cielo fué purificado.
¿De qué gracia y malicia estará llena
Mujer que con mirar salva ó condena?

LXXXIX

MEMORIAS DE UN SACRISTÁN

I

Dos de abril. —Un bautizo. — ¡Hermoso día!
El nacido es mujer, sea en buen hora.
Le pusieron por nombre Rosalía.
La niña es, cual su madre, encantadora.
Ya el agua del Jordán su sien rocía;
Todos se ríen, y la niña llora.
Cruza un hombre embozado el presbiterio;
Mira, gime y se aleja : aquí hay misterio.

II

Á unirse vienen dos de amor perdidos.
El novio es muy galán, la novia es bella.
¿Serán en alma como en cuerpo unidos?

Testigos, primas de él y primos de ella.
En nombre del Señor son bendecidos.
Unce el yugo al doncel y á la doncella.
Dejan el templo, y al salir se arrima
Un primo á la mujer, y él á una prima.

III

¡Un entierro! ¡Dichosa criatura!
¿Fué muerto, ó se murió? Todo es incierto.
Solos estamos sacristán y cura.
¡Cuán pocos cortesanos tiene un muerto!
Nacer para morir es gran locura.
Suenan las diez. La iglesia es un desierto.
Dejo al muerto esta luz, y echo la llave.
Nacer, amar, morir: después... ¡quién sabe!

XC

EL ANÓNIMO

Sobre la tumba de ella escribió un día :
— ¡Por darte vida á ti, me mataría! —
Y al otro día, por autor incierto,
Con lápiz al final se vió añadido :
— Si ella hubiese vivido,
Ya de hastío tal vez la hubieras muerto. —

XCI

NUEVO TÁNTALO

Hay un rincón maldito en el infierno
Desde el que, en vaga y celestial penumbra,
Para aumentar el sufrimiento eterno,
Otro rincón del cielo se columbra.
¿Por qué de mi alma el tenebroso invierno
La hermosa luz de tu semblante alumbra,
Si es mirarse en tus ojos retratado
Hacerle ver el cielo á un condenado?

XCII

EL ALMEZ

I

Junto á este mismo almez, á *Rosa* un día
Hice votos de amarla eternamente.
Se está oyendo en el aire todavía
De mi acento el rumor.
¿Por qué siento, mis votos olvidados,
Esclavo de otra fe, nuevos ardores?
Pasa el tiempo de amar y ser amados,
Mas no pasa el amor.

II

Otro día, á *Rosaura* encantadora
Al pie del mismo almez juré lo mismo,
Y recuerdo que, entonces, como ahora,
Cantaba un ruiseñor.

Pasó el tiempo, y los nuevos ruiseñores
Vinieron á cantar á otra hermosura:
Porque se van amados y amadores,
Pero queda el amor.

III

Después, al pie de este árbol, he sentido,
Extático mirando á *Rosalía,*
Momentos de emoción, en que he perdido
Para siempre el color.
¡Ay! ¿Pasarán, como pasaron antes,
Si no el amor, las almas que lo sienten?
¡Sí! ¡que es siempre, siendo otros los amantes,
Uno mismo el amor!

IV

Almez, á cuyo pie tanto he adorado;
De amores, que aun vendrán, altar querido;
Que enciendes, recordando mi pasado,
De mi sangre el ardor...
Tú morirás, cual muere nuestra llama,
Y otro árbol nacerá de tu semilla,
Porque, aunque es tan fugaz todo lo que ama,
Es eterno el amor.

V

Y cuando el mundo al fin sea extinguido
Y se oiga en las regiones estrelladas
Del orbe entero el último crujido
En inmenso fragor,
Dios de nuevo la nada bendiciendo,
De ella hará otros almeces y otros mundos,
É irá un hervor universal diciendo:
— ¡Amor! ¡amor! ¡amor!... —

XCIII

¡ASÍ!

I

—Mira hacia allá. Tu eléctrica mirada
¿Por qué se clava con ardor en mí?
¡Es mi pecho un volcán! ¡muero abrasada!
¡No me mires así! —

II

— Mira hacia acá. Tus ojos inconstantes
Ya no se clavan con ardor en mí;
Si he de vivir, mírame *así*... como antes...
Fíjate bien : *¡así!* —

XCIV

EL ALMA EN VENTA

Así con Satanás Julio habló un día:
— ¿Quieres comprarme el alma? — Vale poco.
— Tan sólo por un beso la daría.
— Antiguo pecador, ¿te has vuelto loco?
—¿La compras?—No.—¿Por qué?—Porque ya es mía

XCV

EL OJO DE LA LLAVE

No te ocupes en cosas ajenas, ni te entremetas en las cosas de los mayores.
(KEMPIS, lib. I, cap. XXI.)

I

Á LOS QUINCE AÑOS

Dos hablan dentro muy quedo;
Rosa, que á espiar comienza,
Oye lo que le da miedo,
Ve lo que le da vergüenza.
Pues, ¿qué hará que así le espanta
Su amiga á quien cree una santa?
No sé qué le da sonrojo,
Mas... debe ver algo grave
Por el ojo,
Por el ojo de la llave.

El corazón se le salta
Cuando oye hablar, y después
Mira... mira... y casi falta
La tierra bajo sus pies.
¡Ay! si ya á vuestra inocencia
No desfloró la experiencia,
No miréis por el anteojo
Del rayo de luz que cabe
Por el ojo,
Por el ojo de la llave.

Desde que á mirar empieza,
De un volcán la ebullición
Sube á encender su cabeza,
Va á inflamar su corazón.
Claro; el ser que piensa y siente,
Siempre, cual ella, en la frente,
Tendrá del pudor el rojo
Cuando de mirar acabe
Por el ojo,
Por el ojo de la llave.

De aquel anteojo á merced
Mira más... y más... y más...
Y luego siente esa sed
Que no se apaga jamás.
Mas, ¿qué ve tras de la puerta
Que tanto su sed despierta?

¿Qué? Que á pesar del cerrojo,
Ve de la vida la clave
Por el ojo,
Por el ojo de la llave.

Haciendo al peligro cara,
Ve caer su ingenuidad
La barrera que separa
La ilusión de la verdad.
Pero ¿qué ha visto, señor?
Yo sólo diré al lector
Que no hallará más que enojo
Todo el que la vista clave
Por el ojo,
Por el ojo de la llave.

Siguen sus ojos mirando
Que habla un hombre á una mujer,
Y van su cuerpo inundando
Olëadas de placer.
Su amiga de gracia llena,
¿No es muy buena? ¡ah! ¡sí, muy buena!...
¿Pero hay alguien cuyo arrojo
De ser mirado se alabe
Por el ojo,
Por el ojo de la llave?

II

Á LOS TREINTA AÑOS

Mas, quince años después, Rosa ya sabe
Con ciencia harto precoz,
Que el mirar por el ojo de la llave
Es un crimen atroz.

Una noche de abril á un hombre espera:
La humedad y el calor
Siempre son en la ardiente primavera
Cómplices del amor.

Húmeda noche tras caliente día...
Rosa aguarda febril.
¡Cuánta virtud sobre la tierra habría
Si no fuera el abril!

Y como ella ya sabe lo que sabe,
Después que el hombre entró,
De hacia el frente del ojo de la llave
Cual de un espectro huyó.

Y cuando al lado de él, junto á él sentada,
En mudo frenesí

Se hablan ambos de amor, sin decir nada,
Rosa prorrumpe así :

— ¿El ojo de la llave está cerrado?
¡Ay hija de mi amor!
Si ella mirase, como yo he mirado...
Voy á cerrar mejor.

XCVI

MIS LECTURAS

Después de Job, para templar mi enojo
Leo cantos de Byron con ardor;
Pero, espantado de los dos, arrojo
Si á Job con pena, á Byron con horror.

Entre un vil muladar y un negro infierno
Me quita éste la fe, y aquél la calma;
Y al fin, entre el antiguo y el moderno,
Prefiero el Job del cuerpo al Job del alma.

XCVII

A...

—

No doy los tristes pensamientos míos
Por tus sueños ligeros y rosados,
Porque, á cráneos vacíos,
Prefiero corazones disecados.

XCVIII

LO DE SIEMPRE

I

Un galán la adoraba,
Y ella reia, mientras él lloraba.

II

Después de cierto día,
Mientras ella lloraba, él se reía,

XCIX

TEJER Y DESTEJER

Gracias á ti, he caído
En el horrible estado
De olvidar cuanto puedo lo pasado,
Y despreciar después cuanto no olvido.

C

LA VIUDA Y EL FILÓSOFO

ELLA : — Muerto mi bien, me matará la pena.
ÉL : — ¡Ay! ¡cuánto envidia ese dolor mi hastío!
ELLA : — ¡Urna es mi corazón de polvo llena!
ÉL : — Mi pecho es un sarcófago vacío.
ELLA : — ¡No hay suerte tan cruel como mi suerte!
ÉL : — ¡Dichosa la que amó y ha sido amada!
ELLA : — ¡Hoy en mi corazón reina la muerte!
ÉL : — ¡En el mío es peor, reina la nada!

CI

Para querer á un rico, que es un necio,
Por pobre me entregaste al abandono.
Si ha sido por codicia, te desprecio;
Si ha sido por amor... ¡te lo perdono!

CII

NO HAY VIDA SIN TI

¿Por qué quieres saber, Ana querida,
En qué vive mi espíritu ocupado?
Después que mi cariño has despreciado,
Me ocupo sólo en despreciar la vida.

CIII

ELLOS Y ELLAS

Se quieren dos; y él y ella
De amor, ó de bondad, el pecho lleno,
Mientras él nos pregunta —¿es bella, es bella?—
Ella va preguntando: —¿es bueno, es bueno?

CIV

EL AMOR Y LA FE

AL PIE DEL RETRATO DE QUINTANA, EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORA CONDESA DE ANTILLÓN.

Jamás cantó la fe ni los placeres,
Pero probó su musa soberana
Que no son ilusiones los deberes,
Ni el patriotismo una palabra vana.
Mas, no adorando á Dios ni á las mujeres,
¿Cómo amaba y creía el gran Quintana?
Yo, exceptuando el amor, nada deseo.
Si suprimís á Dios, en nada creo.

CV

CUESTIÓN DE NOMBRE

De una hermosa pagana la existencia
Salvó un cristiano, y, con fervor divino,
La pagana dió gracias al *Destino*
Y el cristiano alabó la *Providencia*.

CVI

EL GAITERO DE GIJÓN

Á MI SOBRINA GUILLERMINA CAMPOAMOR Y DOMINGUEZ.

I

Ya se está el baile arreglando.
Y el gaitero ¿dónde está?
— Está á su madre enterrando,
Pero enseguida vendrá.
— Y ¿vendrá? — Pues ¿qué ha de hacer?
Cumpliendo con su deber
Vedle con la gaita... pero,
¡Cómo traerá el corazón
El gaitero,
El gaitero de Gijón!

II

¡Pobre! ¡Al pensar que en su casa
Toda dicha se ha perdido,
Un llanto oculto le abrasa
Que es cual plomo derretido!
Mas, como ganan sus manos
El pan para sus hermanos,
En gracia del panadero,
Toca con resignación
El gaitero,
El gaitero de Gijón.

III

¡No vió una madre más bella
La nación del sol poniente!...
¡Pero ya una losa, de ella
Le separa eternamente!
¡Gime y toca! ¡Horror sublime!
Mas, cuando entre dientes gime,
No bala como un cordero,
Pues ruge como un león
El gaitero,
El gaitero de Gijón.

IV

La niña más bailadora,
— ¡Aprisa! — le dice — ¡aprisa!
Y el gaitero sopla y llora,
Poniendo cara de risa.
Y al mirar que de esta suerte
Llora á un tiempo y los divierte,
¡Silban, como Zoilo á Homero,
Algunos sin compasión
Al gaitero,
Al gaitero de Gijón!

V

Dice el triste en su agonía,
Entre soplar y soplar:
— ¡Madre mía, madre mía,
Cómo alivia el suspirar!
Y es que en sus entrañas zumba
La voz que apagó la tumba;
¡Voz que, pese al mundo entero,
Siempre la oirá el corazón
Del gaitero,
Del gaitero de Gijón!

VI

Decid, lectoras, conmigo :
¡ Cuánto gaitero hay así !
Preguntáis ¿ por quién lo digo ?
Por vos lo digo, y por mí.
¿ No veis que al hacer, lectoras,
Doloras y más doloras,
Mientras yo de pena muero,
Vos las recitáis, al son
Del gaitero,
Del gaitero de Gijón ?...

CVII

LOS EXTREMOS SE TOCAN

Mientras la abuela una muñeca aliña
Y, haciéndose la niña, se consuela;
Haciéndose la vieja, usa la niña
El báculo y la cofia de su abuela.

CVIII

LA CONDICIÓN

Al regresar del otero,
Lleno de gozo y cariño
Les dió á una niña y un niño
Dos pájaros un cabrero.
Dándole un beso primero,
La niña al suyo soltó;
Al pájaro que quedó
No se le pudo soltar,
Porque el niño, por jugar,
El cuello le retorció.

CIX

LAS TRES NAVIDADES

I

Colgó un zapato Luz con blanca mano
En la noche de Reyes al sereno.
Pasó, haciendo de rey, Ana su tía,
Y, al despertar la niña muy temprano,
Viendo de dulces el zapato lleno,
Se puso colorada de *alegría*.

II

Puso Luz su zapato á la ventana
En la noche de Reyes con recato.
Pasó un rey, que era un joven de alma pura,
Y Luz, al despertar por la mañana,
Encontrando una flor en el zapato
Se puso colorada de *ternura*.

III

Ya es Luz una mujer; mas suele ahora
El zapato colgar lo mismo que antes;
Y un Creso, que en poder no hay quien lo venza,
Pasa haciendo de rey, y ella á la aurora
Al ver lleno el zapato de brillantes,
Se pone colorada de *vergüeñza*.

CX

CUESTIÓN DE FE

Ya el amor los hastía
Y hablan de astronomía;
Y en tanto que él, impío,
Llama al cielo *el vacío,*
¡Ella, con santo celo,
Llama al vacío *el cielo!*

CXI

AMOR AL MAL

Por más que me avergüenza, y que lo lloro.
No te amé buena, y pérfida te adoro.

CXII

VERDAD DE LAS TRADICIONES

I

Vi una cruz en despoblado
Un día que al campo fuí,
Y un hombre me dijo : — « Allí
Mató á un ladrón un soldado. »

II

Y ¡oh pérfida tradición!
Cuando del campo volví,
Otro hombre me dijo : — « Allí
Mató á un soldado un ladrón. »

CXIII

MAL DE AMOR

¡Ya no tengo esperanza
De que acabe jamás la pena mía,
Pues al perder en ti mi confianza
No he perdido el amor que te tenía!

CXIV

LA NOCHE-BUENA

I

Son hija y madre; y las dos
Con frío, con hambre y pena,
Piden en la Noche-Buena
Una limosna por Dios.

II

— Hoy los ángeles querrán —
La madre á su hija decía,
— Que comamos, hija mía,
Por ser Noche-Buena, pan. —

III

Y al anuncio de tal fiesta,
Abre la madre el regazo,
Y sobre él á aquel pedazo
De sus entrañas acuesta.

IV

Al pie de un farol sentada,
Pide por amor de Dios...
Y pasa uno... y pasan dos...
Mas ninguno le da nada.

V

La niña con triste acento
— Pero ¿y nuestro pan? — decía,
— Ya llega — le respondía
La madre... y ¡llegaba el viento!

VI

Mientras de placer gritando
Pasa ante ellas el gentío,
La niña llora de frío,
La madre pide llorando.

VII

Cuando otra pobre como ella
Una moneda le echó,
Recordando que perdió
Otra niña como aquella.

VIII

— Ya nuestro pan ha venido —
Gritó la madre extasiada...
Mas la niña quedó echada,
Como un pájaro en su nido.

IX

¡Llama... y llama!... ¡Desvarío!
¡Nada hay ya que la despierte :
Duerme; está helando, y la muerte
Sólo es un sueño con frío!

X

La toca. Al verla tan yerta,
Se alza; hacia la luz la atrae,
Se espanta, vacila... y cae
Á plomo la niña muerta.

XI

Del suelo, de angustia llena,
La madre á su hija levanta.
Y en tanto un dichoso canta :
— ¡Esta noche es Noche-Buena!...

CXV

LAS BUENAS PECADORAS

Después de días de tormentas llenos
Te vi en misa rezar con santa calma,
Y dije para mí : — « Del mal el menos;
Da el cuerpo al diablo, pero á Dios el alma. »

CXVI

LA LEY DEL EMBUDO

De su honor en menoscabo,
Faltó un esposo á su esposa;
Ella perdonó amorosa,
Y el público dijo: — ¡Bravo!
Faltó la mujer al cabo,
Harta de tanto desdén,
Y el falso esposo ¿también
Perdonó á la esposa? No:
El esposo la mató,
Y el público dijo: — ¡Bien!

CXVII

ROGAD Á TIEMPO

Marchando con su madre, Inés resbala,
Cae al suelo, se hiere, y disputando
Se hablan así después las dos llorando :
— ¡Si no fueras tan mala!... — No soy mala.
— ¿Qué hacías al caer?... — ¡Iba rezando!

CXVIII

HERO Y LEANDRO

I

Á Hero Leandro adoraba,
Y, por verla, enamorado
El Helesponto cruzaba
Todas las noches á nado.

II

Y, según la fama cuenta,
Hero una luz encendía
Que en las noches de tormenta
De faro al joven servía.

III

Una noche á Hero, cansada
De mirar hacia Bizancio,
Rendida, aunque enamorada,
La hizo dormirse el cansancio.

IV

Y esto su amor no mancilla,
Pues todas, lo mismo que Hero,
Tienen el cuerpo de arcilla
Aun teniendo alma de acero.

V

Y lo más triste es, que apenas
La pobre Hero se durmió,
Cuando un aire desde Atenas
La luz, soplando, apagó.

VI

Viendo él la luz apagada,
Sintió aquel olvido tanto,
Que maldiciendo á su amada,
Abrasó el mar con su llanto.

VII

Y queriendo, ó sin querer,
De pena se dejó ahogar,
Sin que él pudiese saber
Si le ahogó el llanto ó la mar.

VIII

Lo cierto es que al desdichado,
Al rayo del sol primero,
La tormenta le echó, ahogado,
Al pie de la torre de Hero.

IX

Y cuando muerto le vió,
Hero, cual Leandro fiel,
Se arrojó al agua y murió,
Como él, por él, y con él.

X

¡Que ellas, fuertes en amar
Y flacas en resistir,
Si duermen para esperar,
Despiertan para morir!

CXIX

GUARDAS INÚTILES

I

— Ya anocheció: ¿quieres que hablemos, Lola,
Aquí, á solas los dos?
— La que es buena, señor, nunca está sola,
Pues está con su madre ó está con Dios.

II

— Lola, ¿es verdad que un día os encontraron
Solos, allí, á los dos?
— Eso es porque aquel día se quedaron
Mi madre en casa y en el cielo Dios.

CXX

CONTRASTES

I

¡Mucho le amaste y te amó!
¿Recuerdas por quién lo digo?
Era tu amante y mi amigo.
¡Amaba, sufrió... y murió!
Cuando su entierro pasó,
Todos te oyeron gemir.
Mas yo, Inés, al presentir
Que lo habías de olvidar,
Sentí, viéndote llorar,
La tentación de reir.

II

Al año justo ¡oh traición!
Al baile fuí de tu boda,

Y allí, cual la villa toda,
Vi el gozo en tu corazón.
¿Y el muerto? ¡En el panteón!
¡Ay! ¡cuando olvidada de él
Á otro jurabas ser fiel,
Yo, al verte reir, gemí,
Y dos lágrimas vertí
Amargas como la hiel!

III

Primero amor: ¡luego olvido!
Aquí tienes explicado
Por qué en el baile he llorado
Y en el entierro he reído.
¡Siempre este contraste ha sido
Ley del sentir y el pensar!
¡Por eso no hay que extrañar
Que, quien lee en lo porvenir,
Vaya á un entierro á reir
Y acuda á un baile á llorar!

CXXI

UN CIELO EN EL INFIERNO

Quiero morir contigo, si el destino
Nos ha de conducir á aquel infierno
En que, unidos en raudo torbellino,
Se dan *Paolo* y *Francesca* el beso eterno.

CXXII

DOS LIBROS DE MEMORIAS

I

LO ESCRITO EN EL LIBRO DE ÉL

Así se hace uno querer.
¡Cuánto gusto á aquella fatua
Con mis posturas de estatua!
Miro... y mira... al fin, mujer.
Escribe para hacer ver
Que tiene las manos bellas.
¿Se va? Pues sigo sus huellas,
Porque prueba su rubor
Que ya está muerta de amor.
Ésta es como todas ellas.

II

LO ESCRITO EN EL LIBRO DE ELLA

Aquel don Juan de parada
Pone para enternecerme
Los ojos como quien duerme.
Cree el muy necio que me agrada.
¡Qué osadía en la mirada!
¡Qué modos tan importunos!
Me voy, me voy; hay algunos
Que, amantes dignos de algunas,
Creen que todas somos unas
Porque ellos todos son unos.

CXXIII

EL GRAN PROTEO

Porque amaste en tres años á tres hombres,
¿Te juzgas una infiel? No, vida mía.
El amor se transforma, y no varía;
Un mismo amor puede tener mil nombres.

CXXIV

LO QUE SE PIENSA AL MORIR

I

Cree la vulgar opinión
Que el alma de un moribundo
Piensa, más que en este mundo,
En Dios y en la salvación.
Oye, Leonor, la canción
Que hirió el pensamiento mío
Al son del eco sombrío
De mi funeral campana:
— « CUCÚ, *cantaba la rana,*
CUCÚ, *debajo del río.*

II

Partiste, y del sentimiento
En cama enfermo caí.

Y cuando á exhalar por ti
Iba ya mi último aliento,
Embargó mi pensamiento,
En vez de tu amor y el mío,
Este cantar tan vacío
Que oí de niño á mi hermana:
— « Cucú, *cantaba la rana,*
Cucú, *debajo del río.* »

III

Y como todo el que olvida
Es de salud un dechado,
Después que te hube olvidado
Volví otra vez á la vida.
Aun vivo muerto, querida,
Pensando con hondo hastío
Que tú, en vez del canto mío,
Oirás, al morir, mañana:
— « Cucú, *cantaba la rana,*
Cucú, *debajo del río.* »

IV

¿Á qué tan grande inquietud
Para llenar la memoria
De tantos sueños de gloria,
De amor y de juventud,

Si, al llegar al ataúd,
Podrán tu pecho y el mío
No oir más que el tema frío
De esta canción de mi hermana:
— « Cucú, *cantaba la rana,*
Cucú, *debajo del río?* »

CXXV

LOS PROGRESOS DEL AMOR

I

Así un esposo le escribió á su esposa:
— « Ó vienes, ó me voy. ¡Te amo de modo
Que es imposible que yo viva, hermosa,
Un mes lejos de ti!
¡Mi amor es tan profundo, tan profundo,
Que te prefiero á todo, á todo, á todo!... » —
Y ella exclamó: — « No hay nada en este mundo
Que él quiera como á mí! » —

II

Mas pasan unos meses, y la escribe:
— « ¡Qué hermoso debe estar nuestro hijo amado!
¡Sólo él, él sólo, en mis entrañas vive!
Piensa en él más que en ti.

Su cuna se pondrá junto á mi cama.
No hay cielo para mí más que á su lado. » —
Y ella prorrumpe : — « ¡ Es que, el ingrato, ya ama
Al hijo más que á mí ! » —

III

Después de algunos años la escribía :
— « Espérame. Ya sabes lo que quiero :
Mucho orden, mucha paz y economía.
¿ Estás ? Yo soy así.
Cierra el coche ; me espanta el reumatismo.
Avísale que voy al cocinero. » —
Y ella pensó : — « Se quiere ya á sí mismo
Más que al hijo y que á mí ! » —

CXXVI

EL ÚLTIMO AMOR

I

Ve un hombre amante á una mujer muy bella;
Mas, por fatal disposición del hado,
Ella es más joven, y él
Calla su amor, porque le apartan de ella
Treinta años, en que el triste ha derramado
Un mar de llanto y hiel.

II

¿Qué pasa luego? Nada. Que entre tanto
Que ella un amor inmenso, aunque tardío,
Mira en él con piedad,
Por la parte de allá del mar de llanto,
« ¡Adiós — dice él — último sueño mío,
Hasta la eternidad! »...

CXXVII

VENUS SACRATÍSIMA

Una estatua de Venus Citerea
Vió un Abad en un huerto abandonado;
La vistió, y con fervor
Llevándosela al templo de una aldea,
Transformó aquella afrenta del pasado
En virgen del pudor.

¡Grande impiedad! La diosa que en Oriente
Se hace adorar porque al desnudo ostenta
Su hermosura carnal,
Cubierta con un velo, en Occidente
Encantando á los fieles, representa
La belleza moral!

¡Hondos misterios de la fe que ignoro!
Se deja Venus contemplar sin velo,
Y es ideal lo real.
Mas se cubre después con seda y oro,
Y Venus pasa del Olimpo al Cielo,
Y es lo real ideal.

CXXVIII

UNA CITA EN EL CIELO

— «En la noche del día de mi santo »
(Á Londres me escribiste)
« Mira la estrella que miramos tanto
La noche en que partiste. »

Pasó la noche de aquel día, y luego
Me escribiste exaltada :
— « Uní en la estrella á tu mirar de fuego
Mi amorosa mirada. » —

Mas todo fué ilusión; la noche aquella,
Con harta pena mía,
No pude ver nuestra querida estrella...
Porque en Londres llovía.

CXXIX

ROSAS Y FRESAS

I

Porque lleno de amor te mandé un día
Una rosa entre fresas, Juana mía,
Tu boca, con que á todos embelesas,
Besó la rosa sin comer las fresas.

II

Al mes de tu pasión, una mañana
Te envié otra rosa entre las fresas, Juana;
Mas tu boca, con ansia, y no amorosa,
Comió las fresas sin besar la rosa.

CXXX

EL GRAN FESTÍN

I

De un junco desprendido, á una corriente
Un gusano cayó;
Y una trucha, saltando de repente,
Voraz se lo tragó.
Un martín-pescador cogió á la trucha
Con carnívoro afán;
Y al pájaro después, tras fiera lucha,
Lo apresó un gavilán.
Vengando esta cruel carnicería,
Un diestro cazador
Dió un tiro al gavilán, que se comía
Al martín-pescador.
Pero ¡ay! al cazador desventurado
Que al gavilán hirió,

Por cazar sin licencia, y en vedado,
Un guarda lo mató.
Á otros nuevos gusanos dará vida
Del muerto la hediondez,
Para volver, la rueda concluída,
Á empezar otra vez.

II

¿Y el amor? ¿Y la dicha? Los nacidos,
¿No han de tener más fin
Que el de ser comedores y comidos
Del universo en el atroz festín?...

FIN DE LA CUARTA ÉPOCA

QUINTA PARTE

CXXXI

LA LEY DEL HAMBRE

Corre la madre al motín,
Adonde el rencor la llama,
Dejando un niño en la cama
Bello como un serafín;

Niño que al ver junto al lecho
De una Virgen el retrato,
Que da alegre y sin recato
Á un niño Jesús el pecho,

Con hambriento frenesí
Ansioso á la Virgen toca
En los pechos y en la boca,
Como diciendo: « ¡á mí, á mí! »

Pero, aunque con vivo anhelo
El niño el pecho pedía,
La Virgen se sonreia
Más impasible que el cielo.

Y mientras la madre hiere
Gritando: « ¡muera el tirano! »
Y hambrienta y puñal en mano
Lucha y lucha, y mata y muere.

El niño, exánime y yerto,
Hunde el dedo en el papel,
Gime airado, tira de él,
Rasga el cuadro, y cae muerto.

¡Así, venciendo á los dos
Del hambre la dura ley,
Ella, inicua, mata al Rey,
Y él, impío, rasga á Dios!

CXXXII

LO QUE ES EL OLIMPO

¿Qué es el Olimpo? — Para el niño un juego
De pájaros, de músicas y flores. —
¿Qué es para el joven? — Lupanar de amores,
Eterna forma del Elíseo griego. —
¿Qué es para el hombre? — Para el hombre ciego
Es un templo de glorias y de honores;
Y el viejo se lo finge en sus dolores
Como un rincón de paz y de sosiego. —
Y el viejo ya senil, ¿en qué convierte
Del Olimpo la espléndida morada? —
En un *no ser,* que es menos que la muerte.
¡Así la infancia y la vejez helada
Van cambiando el Olimpo de esta suerte
En *flores,* en *amor,* en *paz,* en *nada!*

CXXXIII

LOS TRES GUARDAPELOS

I

La madre de mi amor, que está en el cielo,
Cuando era niño aún, como un tesoro
Llevaba en un hermoso guardapelo
Cabellos míos del color del oro.

II

Otra mujer, que con el alma toda
Me quiere, tan leal como hechicera,
Aun guarda desde el día de mi boda
Un rizo de mi obscura cabellera.

III

¡Ay! ¡como nadie, por horror al frío,
Quiere hoy tocar de mi cabeza el hielo,
Ya sólo para ti, cabello mío,
Mi sepulcro será tu guardapelo!

CXXXIV

VIAJE REDONDO

I

Á LA IDA

Parte el buque, y lo bate inútilmente
La tempestad. ¿Por qué?
Porque al ir, la tormenta es impotente
Contra el genio y la fe.

Sobre el buque los pájaros cayeron
Cansados de sufrir.
Los hombres, sin piedad, se los comieron;
Salió el sol, y ¡á vivir!

¡Qué hermoso es el principio de la vida!
¡Sentir, creer, triunfar!
¡Un viaje, en buque nuevo, es á la ida
Un festín sobre el mar!

II

Á LA VUELTA

Nada, á la vuelta, á resistir alcanza
Los ímpetus del mar.
¡Sin juventud, sin fe, sin esperanza,
Es inútil luchar!

De pedazos del buque haciendo naves,
Y ansiando otro festín,
En cómoda actitud vieron las aves
El naufragio hasta el fin;

Y haciendo ellas después lo que antes vieron,
Con un hambre voraz
Las aves á los hombres se comieron...
Y ¡todo quedó en paz!

CXXXV

CABALLOS Y CABALLEROS

I

Cercado un francés quedó,
Pero, escapando ligero
El caballo, al caballero
De los prusianos salvó.
De éstos el corcel huyó
Con tanto ardor y constancia,
Que el francés con arrogancia,
Después que pasó el rastrillo,
Desde su propio castillo,
Libre gritó: — ¡Viva Francia! —

II

Sitiado por hambre, y fiero
Destrozándolo á sablazos,

Se fué comiendo á pedazos
Al caballo el caballero.
— ¿Al que lo salvó primero
Lo pudo él matar después? —
¡Sí! ¡por un vil interés
Hacen mil gentes que callo
Lo que hizo con su caballo
El caballero francés!

CXXXVI

LA INSURRECCIÓN DEL AGUA

Una fuente de un valle en Santa Elena
Ve correr Napoleón,
Cierto día de invierno en que la pena
Le atrofia el corazón.

— « Como yo — murmuró — que impenitente
Caeré en el ataúd,
Aspirando á ser mar vive esta fuente
En perpetua inquietud. » —

Y una pobre aguadora que le oía,
Contestó á Napoleón :
— « El agua con su eterna rebeldía
Huye de la opresión.

¿Cómo, señor, el agua de las fuentes
Tranquila podrá estar,
Si la arrastran, en tierra las pendientes,
Los vientos en el mar? » —

Sintiendo un frío que le llega al alma,
Dice el héroe : — « Es verdad :
Buscando el agua en su nivel la calma,
Busca la libertad.

La insurrección del agua de esta fuente
No se podrá calmar
Hasta que halle cabida suficiente
En la extensión del mar.

Con los diques que alzó mi tiranía
He faltado al deber,
Y trajo, en vez del orden, la anarquía
Mi omnímodo poder.

¡Sí! ¡sí! ¿Pese á mi nombre, no es la historia
Una vieja locuaz,
Cuando dice que el mundo, antes que gloria,
Pide á los dioses paz. » —

Y terminó diciendo : — « En el planeta,
La loca humanidad,
Como esa agua que corre, estará quieta
Cuando esté en libertad. » —

¡Y al pensar que ha llevado el desconcierto
Al mundo su poder,
Con la cara más lívida que un muerto
Mira el agua correr!...

CXXXVII

LA FE DE LAS MUJERES

Cierto monte por su altura
No dejaba ver el mar
Desde la casa del cura
De un lugar.

Para ampliar el horizonte,
Con un cuento baladí
Trasportó el cura aquel monte.
— ¿Cómo? — Así:

— «Á las que una piedra — dijo —
Lleven de aquel monte, Dios
Les dará á algunas un hijo,
Y á otras dos.» —

Hubo mujer diligente
Que se llevó de una vez,
No una piedra solamente,
Sino diez.

Con fe rubias y morenas
Fueron al monte á buscar
Más hijos-piedras que arenas
Tiene el mar.

Despojando grano á grano
Las niñas el monte aquel,
Lo pusieron con el llano
Á un nivel.

Perdió así el monte su altura,
Y al fin vino á resultar
Que desde casa del cura
Se vió el mar.

¡Como cree con las entrañas
Toda mujer, cuando cree,
Trasporta hasta las montañas
Con la fe!

CXXXVIII

EL SOL PERDIDO

I

Un sabio, á cuya hija fué la muerte
De la cuna á arrancar,
Como sabio, á la madre de esta suerte
La quiere consolar:

— « ¡Oh, qué inmenso dolor! ¡esas estrellas
Que ves resplandecer,
Circundaban á un sol más grande que ellas
Que se ha apagado ayer!

¡Cuántos hijos y padres sin consuelo
Habrán muerto quizás
En ese sol que se perdió en el cielo
Para siempre jamás! » —

II

Mirando con desprecio al firmamento
Mientras el padre habló,
— «¿Qué le importa tu ciencia al sentimiento?
La madre replicó : —

Si hoy falta en el espacio de una estrella
El pálido arrebol,
La cuna de tu hija está sin ella
Como el cielo sin sol.

No hay locura mayor que la locura
De querer comparar
Un sol con aquel ser cuya hermosura
Al cielo fué á alegrar.

¡Ha muerto un sol, mas de la niña bella
Al invencible imán,
En el espacio azul, al paso de ella,
Mil soles brotarán.

¡Ay! ¡desde el día en que sus labios fríos
Quedaron sin color,
No habrá sol que á los tuyos ni á los míos
Les devuelva el calor!

¡Ya esta cuna vacía nos condena
Á eterna soledad!... » —
Y el sabio murmuró con honda pena:
— « ¡Es verdad! ¡Es verdad! » —

III

¡É implorando los padres sin fortuna
La clemencia de Dios,
Se abrazaron, cayendo ante la cuna
De rodillas los dos!

CXXXIX

EL BUEN EJEMPLO

Dejó un proyectil perdido,
De una batalla al final,
Junto á un asistente herido,
Medio muerto á un general.

Mientras grita maldiciente
El general : — « ¡Voto á brios!... »
Resignado el asistente
Murmuraba : — « ¡Creo en Dios! »

Callan, volviendo á entablar
Este diálogo al morir :
— ¿Tú qué haces, Blas? — ¿Yo? Rezar.
¿Y vos, señor? — ¡Maldecir!

¿Quién te enseñó á orar? — Mi madre.
— La mujer toda es piedad.
— ¿Y á vos á jurar? — Mi padre.
— Claro, siendo hombre... — ¡Es verdad!

— Rogad, señor, como yo.
— Eso es tarde para mí.
Yo no creo... porque no.
Tú, ¿por qué crees? — Porque sí.

— Ya hay buitres en derredor
Que nos quieren devorar.
— ¡Son los ángeles, señor,
Que nos vienen á salvar! —

Y ambos decían verdad,
Pues á menudo se ve
Que halla buitres la impiedad
Donde halla ángeles la fe.

— ¡Adiós, señor! — ¿Dónde vas?
— Voy allí... — ¿Dónde es allí?
— Á la gloria... — ¿Y dejas, Blas,
Á tu general aquí?

No me dejes, mal amigo.
— Pues venga esa mano. — Ten;
Y aunque dudé, iré contigo
Creyendo en tu Dios también. —

Y así, cuando ya tenían
Una misma fe los dos,
Abrazados repetían
El « ¡creo en Dios! » « ¡creo en Dios! »

Y como era ya un creyente,
Pasó, lo que es natural,
Que, abrazado á su asistente,
Subió al cielo el general.

FIN DE LA QUINTA ÉPOCA

ÍNDICE

Pág.

PRÓLOGO. VII

DOLORAS

PRIMERA PARTE

I. Cosas de la edad. 1
II. Glorias de la vida. 5
III. Ventajas de la inconstancia 7
IV. Los sollozos 10
V. Quien vive olvida 11
VI. Las dos almas. 14
VII. No hay dicha en la tierra. 17
VIII. La virtud del egoísmo. 19
IX. Propósitos vanos. 21
X. La ciencia de la vida 25
XI. Vanidad de la hermosura 27
XII. Vivir es dudar 29
XIII. Poder de la belleza 31
XIV. Todo se pierde 35
XV. La compasión. 37
XVI. Corta es la vida 42
XVII. Virtud de la hipocresía. 44
XVIII. El concierto de las campanas. 47
XIX. Glorias póstumas. 49
XX. Vivir muriendo 52
XXI. Nada de nada, nada por nada. 55
XXII. Vaguedad del placer. 57
XXIII. Últimas abjuraciones 61
XXIV. Quien más pone pierde más. 64

		Pág.
XXV.	Adiós para siempre.	67
XXVI.	Beneficios de la ausencia	68
XXVII.	El amor inmortal	71
XXVIII.	Buenas cosas mal dispuestas	74
XXIX.	¡Ay del que nace ó muere!	87
XXX.	Historia de un amor	88
XXXI.	Porvenir de las almas	93
XXXII.	Todos son unos.	96
XXXIII.	Proximidad del bien	101
XXXIV.	Placeres tristes	103
XXXV.	La dicha es la muerte.	105

SEGUNDA PARTE

XXXVI.	La opinión	107
XXXVII.	¡Quién supiera escribir!	109
XXXVIII.	Amar al vuelo	113
XXXIX.	El beso.	118
XL.	Lo que es eterno.	123
XLI.	Fuente inagotable	126
XLII.	¡Más!... ¡Más!	131
XLIII.	Cosas del tiempo	136
XLIV.	Engaños del engaño	136
XLV.	Todo está en el corazón	137
XLVI.	¿Qué es amor?	138
XLVII.	Las dos grandezas	142
XLVIII.	Achaques de la vejez	145
XLIV.	Sufrir es vivir	150
L.	Los dos espejos.	152
LI.	La Fe y la Razón	153
LII.	Las creencias.	159
LIII.	Amor y gloria	167
LIV.	Nunca olvida quien bien ama.	168
LV.	Todo es uno y lo mismo.	169
LVI.	El sexto sentido.	177

Pág.

LVII. Los dos pecadores 181
LVIII. Muertos que viven. 182
LIX. Las dos linternas. 183
LX. El mayor castigo. 186
LXI. Músicas que pasan. 187
LXII. El café. 189
LXIII. Dramas desconocidos 195
LXIV. La metempsicosis 196
LXV. Las dos tumbas 199
LXVI. La comedia del saber 200

TERCERA PARTE

LXVII. La verdad y las mentiras. 211
LXVIII. La ambición 213
LXIX. Los grandes hombres 214
LXX. Los relojes del rey Carlos. 217
LXXI. Lo que hace el tiempo. 220
LXXII. Fin y moral de la *Iliada* 228
LXXIII. La ciencia nueva de Vico 230
LXXIV. La historia de Augusto. 234
LXXV. Antinomias del genio 238
LXXVI. Las doloras 242
LXXVII. La gran Babel 250
LXXVIII. Todo y nada. 255
LXXIX. Los dos cetros 256

CUARTA PARTE

LXXX. Los dos miedos. 263
LXXXI. La última palabra 264
LXXXII. Á rey muerto, rey puesto. 265
LXXXIII. Hastío 266
LXXXIV. Las dos copas 267
LXXXV. Mal de muchas. 269

		Pág.
LXXXVI.	Bodas celestes	269
LXXXVII.	Las dos esposas	270
LXXXVIII.	Conversiones	271
LXXXIX.	Memorias de un sacristán	272
XC.	El anónimo	274
XCI.	Nuevo Tántalo	275
XCII.	El almez	276
XCIII.	¡Así!	279
XCIV.	El alma en venta	280
XCV.	El ojo de la llave	281
XCVI.	Mis lecturas	286
XCVII.	A....	287
XCVIII.	Lo de siempre	288
XCIX.	Tejer y destejer	289
C.	La viuda y el filósofo	290
CI.	. . . . .	291
CII.	No hay vida sin ti	291
CIII.	Ellos y ellas	292
CIV.	El amor y la fe	293
CV.	Cuestión de nombre	294
CVI.	El gaitero de Gijón	295
CVII.	Los extremos se tocan	299
CVIII.	La condición	300
CIX.	Las tres Navidades	301
CX.	Cuestión de fe	303
CXI.	Amor al mal	303
CXII.	Verdad de las tradiciones	304
CXIII.	Mal de amor	305
CXIV.	La Noche-buena	306
CXV.	Las buenas pecadoras	310
CXVI.	La ley del embudo	311
CXVII.	Rogad á tiempo	312
CXVIII.	Hero y Leandro	313
CXIX.	Guardas inútiles	316
CXX.	Contrastes	317

		Pág.
CXXI.	Un cielo en el infierno	319
CXXII.	Dos libros de memorias	320
CXXIII.	El gran Proteo	322
CXXIV.	Lo que se piensa al morir	323
CXXV.	Los progresos del amor	326
CXXVI.	El último amor	328
CXXVII.	Venus Sacratísima	329
CXXVIII.	Una cita en el cielo	331
CXXIX.	Rosas y fresas	332
CXXX.	El gran festín	333

QUINTA PARTE

CXXXI.	La ley del hambre	335
CXXXII.	Lo que es el Olimpo	337
CXXXIII.	Los tres guardapelos	338
CXXXIV.	Viaje redondo	340
CXXXV.	Caballos y caballeros	342
CXXXVI.	La insurrección del agua	344
CXXXVII.	La fe de las mujeres	347
CXXXVIII.	El sol perdido	349
CXXXIX.	El buen ejemplo	352

Paris. — Imprenta de Garnier hermanos.

0

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ
6511
D6
1892
v.1

Campoamor y Campoosorio,
Ramón María de las Mercedes
de
Doloras y poemas por
Ramón de Campoamor

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 11 03 16 004 4